6545

La Evolución

Sociológica

Argentina

OBRAS MÉDICAS DEL AUTOR

- Dos páginas de psiquiatria criminal.—1 vol. de 126 páginas. Edición de «Criminología moderna», Buenos Aires, 1900.
- La Psicopatología en el Arte. 1 vol. de 120 pág. Editor Etchepareborda, Buenos Aires, 1902.
- La Simulazione delle Pazzia.—1 vol. de 460 págs. «Biblioteca Antropológico-Giuridica», Torino, 1903. (7.ª Edición).
- Rehabilitación de Alienados.—1 vol. de 100 pág. Editor Etchepareborda, Buenos Aires, 1904.
- Histeria y Sugestión. 1 vol. de 370 págs. Editores F. Sempere y Compañía, Valencia. 1904 (4.ª Edición)
- Nuova classificazione dei delinquenti.—Edición de la «Biblioteca di scienze polítiche e sociali», Roma, 1907. (2.ª Edición).
- Le langage musical et ses troubles hystériques.—1 vol. de 220 páginas. Editor Félix Alcan, París.

OTRAS OBRAS

- La simulación en la lucha por la vida.—1 vol. de 300 páginas. Edit. Sempere Valencia, 1905. (5.ª Ed.
- Législation du travail dans la République Argentine.—

 1 volumen de 200 pags. Editor Cornély. París 1903.
- Al Margen de la Ciencia.—1 vol. de 450 págs. Editor Lajouane, Buenos Aires, 1908. (3.ª Edición).

JOSÉ INGEGNIEROS PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

LA EVOLUCIÓN SOCIOLÓGICA ARGENTINA

DE LA BARBARIE AL IMPERIALISMO

BUENOS AIRES

LIBRERÍA J. MENENDEZ

196 B. DE IRIGOYEN ~ CUYO 820

1910



La humanidad es una especie biológica que evoluciona según leyes que la sociología procura conocer. La nacionalidad argentina es un conjunto de individuos de esa especie; en determinadas circunstancias de tiempo, modo y lugar, ellos constituyen un agregado social para luchar por la vida — dentro de condiciones mesológicas que les son comunes — con otros grupos de la espe-

constituyen un agregado social para luchar por la vida — dentro de condiciones mesológicas que les son comunes — con otros grupos de la especie humana y con el resto de los seres vivos.

¿Cómo determinar la trayectoria de la evolución sociológica argentina?, ó, en otros términos, ¿cómo ordenar en serie sistemática las principales variaciones del agregado social argentino desde su constitución hasta nuestros días, señalando su causalidad? El punto de vista general — y, por ende, filosófico, — es ageno á las preocupaciones descriptivas y analíticas de los cronistas ó historiadores, no obstante servirse de

sus datos, en cuanto ellos consignan hechos reales y nó cuando traducen sentimientos ó creencias subjetivas, que es lo común. Fuera de eso, como lo habrá advertido el lector en nuestros ensavos precedentes, la sociología no puede considerar á un agregado social sinó como una parte de la especie humana que vive y se reproduce en la superficie del planeta que habitamos. Por ser una especie viviente está sometida á leves biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales se subordina á leyes sociológicas, que dependen de aquellas; por ser apta á transformar y utilizar las energías naturales existentes en el medio en que vive, evoluciona según leyes económicas, especializadas dentro de las precedentes.

Todo conocimiento debe considerarse contingente y provisorio: la verdad — entendida como la concordancia entre los modos de pensar y los datos de la experiencia, en un momento dado de la evolución universal — está en continuo devenir, por ser innumerables los fenómenos que la realidad presenta incesantemente a nuestros sentidos. Sólo puede exigirse á las doctrinas que no sean contradictorias con los datos experimentales de su época y puede medirse su im-

portancia por la cantidad de hechos homogéneos que ellas permiten sistematizar ó explicar. Los hombres forman parte de un mundo en que la realidad evoluciona al mismo tiempo que sus interpretaciones.

Estudiada la evolución sociológica argentina con ese criterio, es evidente que las opiniones expuestas á continuación no pueden corresponder á las tendencias de ningún partido político ó de tal cronista. Nada hace creer que esa circunstancia agregaría ó quitaría autoridad á lo escrito. La interpretación de la experiencia sociológica no ha sido nunca la norma de la acción política colectiva; los cronistas han reflejado sus sentimientos personales ó los de su grupo inmediato, supeditando los hechos á su interés político ó estético, cuando nó á las naturales inclinaciones de su temperamento imaginativo.

Los cambios sociológicos suelen operarse sin que las colectividades adviertan el rumbo de su propio itinerario. La especie, las razas, las naciones, los partidos, los grupos, los individuos, son arrastrados por necesidades naturales que engendran sentimientos y se reflejan en creen-

cias útiles. Las nociones sociológicas que pueden constituirse independientemente de esas creencias se aproximan á veces al conocimiento objetivo de los fenómenos, pero no los determinan; pensar la realidad, en el mejor de los casos, no significa crearla; el conocimiento científico nace de la experiencia, como la superficie de un lago tranquilo refleja la imagen de la realidad que existe independientemente de ella.

Así como en los indivíduos el área conciente solo abarca una porción mínima de la actividad psicológica, en el orden sociológico las colectividades suelen actuar con un limitado conocimiento de sus eventualidades ulteriores. La lucha por la vida entre los grupos humanos se opera inconcientemente las más de las veces, ignorando la orientación del esfuerzo colectivo movido por creencias útiles, sin que por ello sea aquél menos intenso. Los grupos sociales suelen ser como bajeles que marchan sin brújula, arrastrados por corrientes cuyo secreto reside en causas geológicas y biológicas que la conciencia social no sospecha.

Por eso algunas conclusiones enunciadas en esta construcción sintética deben contrastar con muchas ideas aceptadas por hábito y por inercia

mental; desvíanse de las normas consagradas por la rutina, rebelde siempre á toda nueva síntesis, magüer se funde ésta en el análisis previo de la realidad que continuamente deviene.



Para deducir de los hechos sus leyes más generales v sus relaciones más constantes, el pensamiento científico se vale de dos actividades intelectuales cuyos resultados se complementan. La sociología no puede interesarse en el conocimiento de los hechos particulares sinó para determinar las leyes generales que ellos expresan; el sociólogo no es un coleccionista de datos, sino su interpretador. Mientras la abstracción y la generalización no permitan diferenciarlos entre si y agruparlos después según sus semejanzas, una crónica de hechos constituve una experiencia empírica y nó un conocimiento científico; el análisis de los hechos y la síntesis de ese análisis son los dos procesos intelectuales necesarios para sistematizar los datos de la experiencia. Los espiritus analistas escrutan y preparan los materiales que más tarde unifican los espiritus sintetizadores. El exámen objetivo y prolijo de los fenómenos parciales constituye

la primera etapa del conocimiento, la narración histórica; su fusión en generalizaciones sintéticas representa la finalidad del proceso, la interpretación sociológica. El análisis no completado por la síntesis es una función incompleta; la síntesis no precedida por un análisis suficiente suele ser arriesgada y estéril. Del flujo y reflujo entre ambas operaciones resulta el equilibrio que aproxima las construcciones del pensamiento á los datos de la realidad. Para formular esta concepción sintética de la evolución sociológica argentina, el autor ha tenido en cuenta los datos analíticos consignados por los historiadores y ha criticado los ensayos 'sociológicos escritos en el país sobre épocas, sucesos ó personajes determinados.

Pensado sin preocupaciones de raza, nacionalidad, clase ó partido — lo que es más fácil en un medio instable y heterógeneo como el argentino — el presente ensayo tiende á mostrar las aparentes antinomias que se desenvuelven en torno de dos orientaciones: la evolución de la la barbarie indígena hacia el régimen económico capitalista (en el orden interno) y la evolución del coloniaje hacia el imperialismo (en el orden internacional). Antes que una generalización improvisada ó prematura, es la expresión sistemática de ideas lentamente constituidas y fragmentariamente expuestas en estudios críticos, de valor muy desigual, durante diez años (1).

(1) De la Barbarie au Capitalisme, en «l'Humanité Nouvelle», Paris, 1908, y en «Revista de Derecho, Historia y Letras», Buenos Aires, 1899.

Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas, en «La Escuela Positiva», Corrientes 1898.

La teoria cientifica de historia y la política argentina, en «La Escuela Positiva», Corrientes, 1898.

Las Multitudes Argentínas, en «Rev. de D. H. y L.», Buenos Aires, 1899; en «La Razón», Paraná, 1899; en «Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas», Madrid, 1900.

La Ciudad Indiana, en «Rev. de D. H. y L.», Buenos Aires, 1900; en «La Nueva Era», Madrid, 1900.

Estadios Americanos, en «Mercurio de América», Buenos Aires, 1900.

El Economismo Histórico y la Sociología Americana, en «Actas del Congreso Científico», Montevideo, 1901.

Nuestra América, en «Rev. de D. H. y L.», Buenos Aires, 1903.

La Anarquía Argentina y el Caudillismo, en «Rev. de D. H. y L.», Buenos Aires, 1904; en «Archivos de psiquiatría y Criminología», Buenos Aires, 1904; en «La Revista Socialista», Madrid, 1905.

Politica e Socialismo nell'Argentina. - «Avantil» - Roma, 1905.

* *

Los tres capítulos en que se divide esta síntesis sociológica giran en torno de conceptos fundamentales nuevos. El uno establece el criterio generál que permite resolver el aparente conflicto entre las dos teorías sociológicas mejor consolidadas; en los siguientes se aplica ese criterio al examen de la lucha por la vida entre los grupos que se agitan dentro del agregado social, y entre éste y los demás agregados humanos.

1º Asimilación de la sociología económica á la sociología biológica, hasta hoy consideradas como sistemas antitéticos.

Les causes économiques de l'évolution argentine — «Le Mouvement Socialiste» — Paris, 1906.

La evolución política argentina y sus bases económicas. - «La España Moderna, Madrid, 1906.

La législation du travail dans la Rép. Argentine — 1 Volumen, Paris, 1906.

El Imperialismo, en el libro «Al Margen de la Ciencia», Buenos Aires, 1908. Las razas inferiores, idem.

La Evolución sociológica argentina—«Renacimiento»—Buenos Aires, 1909.

La sociología como ciencia natural de la especie humana. — «Argentina Médica» — Buenos Aires, 1910.

2º Interpretación económica de la evolución política argentina, desde las manifestaciones iniciales de la vida colonial hasta la formación presente de la nacionalidad.

3º Explicación de la política imperialista según la sociología económica, no obstante el divorcio habitual de los partidarios de uno y otro sistema.

El primer concepto lleva á considerar la politica nacional y la internacional como simples manifestaciones de la lucha por la vida entre los agregados sociales.

El segundo permite inferir la evolución de la política interna en harmonía con los intereses actuales del régimen económico capitalista que se desenvuelve en las naciones de raza blanca y hacia una progresiva socialización de las grandes funciones colectivas en manos del estado.

El tercero deja entrever la futura acción tutelar de la Argentina sobre los países sud-americanos y la probable orientación de su politica internacional hacia un imperialismo pacifista.

PREMISAS

PARA UNA

SOCIOLOGÍA ARGENTINA

Formación de la Sociología. – 2. La Sociología como ciencia natural – 3. Función sociológica de la política nacional é internacional. – 4. Los dos problemas de la Sociología argentina.

1) Formación de la Sociología.—La evolución del pensamiento científico no ha sido uniforme. Los progresos de las disciplinas históricas—que cuando llegan á ser científicas tienden á confundirse con la sociología—no han corrido parejos con el desenvolvimiento de las ciencias físicas y biológicas. La razón es obvia: en la evolución universal los fenómenos sociales ocupan un sitio posterior á los fenómenos de orden cósmico, geológico y biológico. El es-

tudio del hombre en sus fenómenos más evolucionados, es decir, en su psicología individual y social, es necesariamente posterior al estudio de los fenómenos físicos, químicos y biológicos que preceden su génesis y sus transformaciones.

El devenir de la historia es progresivo, como el de todos los ramos del conocimiento humano. Bernheim ha resumido la cuestión, distinguiendo en ella tres faces principales. La primera, narrativa ó expositiva, trata simplemente de exponer los hechos ocurridos. La segunda, instructiva ó pragmática, coordina la narración de los hechos de tal manera que converjan à la demostración de una tesis determinada; á menudo es unilateral. La tercera, evolutiva ó genética, intenta explicar el determinismo del fenómeno histórico, su significación v sus relaciones con los otros fenómenos antecedentes, concomitantes ó consecutivos. La primera sólo se ocupa de los datos y relaciones extrínsecas de los hechos; la segunda de las intrinsecas; la tercera de ambas por igual.

La concepción de la historia ha sido falsa durante muchos siglos. De las interpretaciones mitológicas, propias de todos los pueblos primi-

tivos, se cavó en sistemas teológicos ó místicos, igualmente absurdos; Bossuet fué su más genuino representate. Mas tarde florecieron las teorias individualistas de la historia, pretendiendo que ella era el simple resultado de la inteligencia y la voluntad de pocos hombres geniales: ese criterio fué extremado por Carlyle, Emerson y Mackaulay, generando otro error: la historia biográfica. Contra ella surgieron historiadores v filósofos de valer, considerando erróneo atribuir demasiada influencia á los héroes v hombres representativos, no siendo éstos más que el producto natural del ambiente en que aparecen, condensadores de necesidades v aspiraciones que están en todo el pueblo; Buckle v Taine pusieron cimientos sólidos á esta nueva escuela. Pero pronto se observó que todas esas teorías eran excluyentes ó aprioristas. La historia no podía enquistarse en ninguna de esas concepciones ni debia permanecer ajena à la canalización de la ciencia contemporánea en el amplio cauce del evolucionismo determinista. Después de la aplicación genial hecha por Laplace á los fenómenos cósmicos, por Lyell á los fenómenos geológicos, por Lamarck y Darwin á los fenómenos biológicos. Comte y Spencer ensayaron su aplicación á los fenómenos sociales. Ya en las intuiciones de Schelling, Hildebrand, Guizot, Tierry, Quetelet, Thomson, Morgan, Buckle, Taine y otros, se comenzó á comprender que el hombre era ante todo un animal vivo, con necesidades materiales que debía satisfacer tomando su subsistencia en el ambiente donde vivía. Ese criterio puso de relieve la base económica de la evolución histórica, formulándose en algunos ensayos de Marx y Engels, hasta adquirir caracteres de sistema en las obras de Aquiles Loria.

Es imposible desconocer que algo se ha marchado hacía la sintesis interpretativa de la evolución humana, antes objeto de la filosofia de la historia y hoy de la sociología. Un progreso innegable nos separa de las primeras interpretaciones teológicas y de todos los sistemas puramente metafísicos que las siguieron; entre ellos incluimos las concepciones idealista ó intelectualista, á la manera de Hegel ó Comte, y las teorias caratuladas de materialistas, como las difundidas por Buchner, Moleschott ó Vogt. Todas ellas fueron concebidas fuera del método científico, todas fueron metafísicas; iban de la inteligencia al fenómeno y no del fenómeno

á la inteligencia. En ésto la filosofia positiva y la sociología naciente no pudieron substraerse á la influencia de los métodos y tendencias filosóficas que las precedieron.

Pero la historia científica, es decir, la sociologia, no se detuvo alli. Ei estudio de la evolución humana se ha iniciado con métodos más seguros, aunque desde puntos de vista parciales. Cada escuela, cada autor, ve una faceta de su prisma complejo y se inclina á subordinarle todas las demás. Así Buckle, sin desprenderse de cierto intelectualismo, subordina la evolución histórica á las influencias del medio fisico; otros, como Kidd, y en parte Le Bon, consideran fundamental el fenómeno religioso y sus transformaciones; Demolins da influencia máxima á la topografía, creando la sociología geográfica y viendo en los grandes caminos sociales la causa de los tipos sociológicos; Ardigó entiende que lo esencial en la historia humana es la evolución del fenómeno jurídico; otros lo subordinan todo á la raza y la lucha por la vida, como Lapouge ó Gumplowicz, ó bien al factor antropológico, en diversos sentidos, como Simmel ó Folkmar; etc. En fin, dos vastas escuelas disputan el primer

puesto en la sociología moderna. Por una parte los organicistas, cual Worms, Lilienfeld, Schaffle y Novicow, empeñados en considerar las sociedades humanas como organismos y pretendiendo aplicarles las leyes de la biología; por otra parte los economistas, como Loria y De Molinari, que intentan reducir la sociología à problemas de economía política.

¿Se equivocan todos? Probablemente, aunque algunos más que otros. Pero cada uno ha aportado materiales serios á la obra total; éste un grano de arena, aquél un sólido bloque de granito ó una columna poderosa. Por ésto la ciencia de la historia, sin ser aún como la química ó la cosmografía, es mucho más que una alquimia ó una astrología.

La evolución operada en el estudio de la historia impide menospreciar la importancia fragmentaria de toda la vasta labor de los sociólogos contemporáneos, aunque se les considere unilaterales é incompletos. Las disciplinas sociológicas, sin darnos una pauta definitiva para estudiar la evolución argentina, nos ofrecen algunas conclusiones fundamentales y sólidos criterios normativos cuya aplicación permitirá sacar de las habituales narraciones históricas

algunos principios generales, cada vez menos inexactos.

2) La sociología como ciencia natural.— Antes de ensayar una interpretación genética de la evolución argentina (fenómeno particular) conviene fijar algunos criterios aplicables á toda la evolución humana (fenómeno general); para ello será indispensable prescindir de todo apriorismo ó preconcepto finalista, de todo prejuicio en favor de un principio ó de una teoría.

Las bases deben buscarse con los métodos comunes á todas las ciencias naturales, pues el estudio objetivo de los fenómenos sociológicos solo permite ver en ellos la combinación de una serie de hechos físicos, biológicos y psíquicos, como los que son materia de estudio para las demás ciencias. En este sentido podrían concretarse las fórmulas siguientes, que son la sintesis de una compleja elaboración conceptual.

El hombre no es aereolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales; es una complicada manifestación de la vida,

como ésta lo es de la materia y de la energía universal. El hombre es un ser viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intricadas hasta lo infinito, pero sin escapar á las leyes comunes de la biología y á sus principios generales. Lo mismo que los demás seres vivientes, lucha por la vida para satisfacer necesidades elementales é indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La humanidad, considerada como grupo biológico, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces ó la mala hierba; esa falta de finalidad excluye la existencia de principios morales absolutos. El resorte que pone en juego la actividad social del hombre — su conducta — es la suma de sus necesidades; la conciencia de éstas - sometida á un determinismo riguroso-solo es el móvil aparente de toda acción individual 6 colectiva.

Ese primer punto de partida concuerda con las ideas comunes á todos los partidarios del economismo histórico, entendido en su más amplia acepción: las necesidades materiales de la vida son el móvil de la actividad de los conjuntos humanos que estudia la sociología, prescindiendo de toda finalidad trascendental.

Pero, al mismo tiempo, nos muestra que la base de los factores económicos está en las necesidades puramente biológicas del hombre, considerado como especie. Las necesidades elementales de la humanidad son las misma que las de toda especie animal y las de cada agregado ó grupo sociológico son equivalentes á las de toda agrupación de seres vivos, ya sea una colonia de microbios, una colmena de abejas, una manada de potros ó una tribu de hombres.

Las condiciones propias del progreso humano desarrollan, en verdad, algunos elementos esenciales en la lucha por la vida, entre los cuales prima la necesidad de producir los medios de subsistencia; pero este desenvolvimiento—que puede considerarse característico de la especie animal á que pertenemos—sólo es una forma superior, muy evolucionada, de la tendencia á satisfacer necesidades fundamentales, comunes á todos los seres vivos. La esencia de los factores económicos está constituida por las necesidades puramente biológicas del hombre, considerado como una de tantas ramas de la polimorfa evolución filogenética.

Estas consideraciones – que, por sintéticas, no son menos terminantes y claras — nos in-

ducen á plantear una segunda premisa que resuelve en forma nueva el conflicto doctrinario que perturba toda la sociología contemporánea: el «organicismo» y el «económismo historico,» lejos de ser concepciones antagónicas, son dos modos parciales de interpretar el problema genético de la formación sociológica. Caben dentro de una teoría biológica que considere á los agregados sociales como simples grupos de una especie biológica, la humana, y nó como «superorganismos».

Dentro de ese criterio la sociología es una simple historia natural de los grupos en que está dividida la humanidad; es el capítulo más complicado de la zoología y el que más nos interesa. La disidencia entre el organicismo y el economismo puede reducirse á términos sencillos.

Las necesidades biológicas comunes á todas las especies vivientes, inclusive la humana, generan un fenomenismo regido por leyes que presiden la evolución y la lucha por la vida, tomadas en su sentido más lato: en ese criterio se funda la sociología biológica, ciencia natural que debe sustituir al organicismo speceriano. Pero esas mismas necesidades fundamen-

tales son modificadas en la especie humana por el incremento de la asociación en la lucha por la vida, agregando caracteres específicos que constituyen el desenvolvimiento del fenomenismo económico y la creación de relaciones nuevas entre los grupos que componen la especie, entre las clases que componen los grupos y entre los individuos que componen las clases; en ese criterio se funda el economismo sociológico ó materialismo histórico.

Los sociólogos biologistas remontamos el problema á su fase general, biológica; los sociólogos economistas lo encaran desde su fase particular, humana. Pero el fenómeno esencial que preside toda la evolución social es uno: las necesidades que los agregados humanos tienen que satisfacer para su doble finalidad biológica, la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La economía política es la aplicación á la especie humana de leyes biológicas elementales que rigen la lucha por la vida.

En este sentido — no previsto por los sociólogos de una y otra escuela — entendemos que el economismo histórico puede interpretarse como una simple aplicación de la sociología biológica al estudio evolutivo de las sociedades humanas. Busquemos en nuestro propio medio social una corroboración de esa vista doctrinaria y general.

Podemos, pues, repetir que la sociología biológica, considerada como una historia natural de la especie humana, (distinta del primitivo «organicismo» spenceriano) y la sociología económica (materialismo histórico), lejos de ser concepciones antagónicas, son dos modos parciales pero concordantes de interpretar el problema genético y evolutivo de los agregados sociales.

3) Función sociológica de la política nacional é internacional — Siendo el hombre un ser vivo y teniendo que satisfacer necesidades materiales para conservar y reproducir su vida, lo mismo que las otras especies biológicas, la existencia de los grupos sociales está subordinada á contigencias semejantes, que son primordiales.

Todos los pueblos en su desenvolvimiento histórico atraviesan fases evolutivas determinadas por las condiciones intrínsecas del doble ambiente natural-económico en que se desarro-

lian; ese molde engendra las diversas formas de organización asumidas por cada sociedad humana y es el substratum que arraiga y sustenta á las instituciones políticas, jurídicas, morales, etc., que constituyen la super-estructura de las sociedades en cada momento de su evolución.

Esta interpretación naturalista de la historia. que en el terreno de la Sociología Científica preferimos à las diversas interpretaciones teológicas é idealistas, lleva á considerarla como un conjunto de fenómenos encadenados por inevi-_ tables relaciones de causalidad y no por finalidades independientes del mundo y de la vida; cada fenómeno histórico tiene factores determinantes que no podrían haber dejado de producirlo y, á su vez, determina inevitablemente otros fenómenos históricos. Este criterio, al que arriba la ciencia contemporánea en sus más recientes interpretaciones, evidencia que los hechos sociales deben ser estudiados en sus modalidades objetivas y como manifestaciones muy complicadas de la materia viviente que evoluciona en la superficie del planeta que habitamos; es tan vano pretender investigar sus trascendentalidades metafísicas como dar participación al hado, al acaso ó á un fin incognoscible que presidiera á la creación de la materia y de la vida. Para la ciencia ellos no tienen importancia positiva.

La humanidad nos presenta, simplemente, el caso de una especie animal luchando por la vida en un medio físico limitado, la tierra. Esa especie tiene variedades que son las razas y el medio en que ellas luchan por la vida es heterogéneo. Esas causas fundamentales determinan diferencias geográficas y étnicas que son primarias en la constitución de los diversos grupos sociales; por la interferencia de otros factores innumerables esos grupos evolucionan y constituyen las nacionalidades, que son agregados sociales transitorios frente al tiempo infinito.

Si se intenta abarcar, en una mirada de conjunto, el panorama complejo de las diversas actividades desarrolladas por el hombre que vive en sociedad, salta á la vista, aún para el más superficial de los observadores, que el principio darwiniano de la lucha por la vida sigue rigiendo en el mundo social, aunque sufre las importantes modificaciones que ya hemos señalado. El hombre, como especie biológica,

está sometido á los rigores de la lucha por la vida contra el reino vejetal y contra las demás especies animales; como animal susceptible de asociarse en agregados ó grupos está sujeto á nuevas formas de lucha: sea como miembro de un agregado social, sea como individuo.

Tres formas de lucha son posibles entre los hombres: 1.º Entre agregados sociales; 2.º entre agregados é individuos; 3.º entre individuos alslados. Dos naciones que se arruinen reciprocamente en una guerra de supremacia económica, encuéntranse en el primer caso. Un delincuente que cometa acciones antisociales, representa el segundo. Dos salvajes que se disputen en cualquier forma una ralz alimenticia, se encuentran en el tercero.

Las formas de lucha por la vida entre los agregados sociales — así como entre los grupos colectivos que viven dentro de cada agregado — varian al infinito; sus relaciones reciprocas son constantemente diversas, debido al persistente acicate det antagonismo de intereses. Una primera causa de antagonismo nace de las desigualdades étnicas; tenemos luchas de las razas, estudiadas por Gumplowicz, Ammond, Lapouge, Winiarsky; en la evolución histórica

se atenúan, siendo cada vez menos numerosos sus conflictos, tendiendo á unificarse bajo la hegemonía de las mejor adaptadas para la lucha por la vida, como ha tiempo demostraron Colajanni y otros. Dentro de una misma raza, la diversidad de condiciones económicas de desarrollo, debida á la influencia del ambiente natural, determina la formación de diversos agregados políticos; se constituyen estados distintos, apareciendo entre ellos antagonismos é intereses que son causa de las luchas entre las naciones; baste recordar los estudios de Novicow. La diversidad de la función social de cada sexo y las necesidades superiores de la conservación de la especie, determinan la lucha entre los sexos, brillantemente analizada por Viazzi, procurando cada uno ejercer mayor autoridad sobre el otro, conquistando el derecho al amor á precio del menor esfuerzo posible. Dentro de cada agregado social la división del trabajo determina la aparición de clases sociales que, con el tiempo, pueden llegar á tener intereses antagónicos ó divergentes: aparacen asi las luchas de clase, estudiadas por los sociólogos marxistas. Desde otro punto de vista, más estrecho, la solidaridad de intereses entre los que viven del ejercicio de una misma aptitud ó función engendra una lucha entre ellos y el resto de la sociedad, en formas que oscilan desde las complicidades morales del espíritu de cuerpo hasta los sindicatos económicos de capitalistas y proletarios. Podrían señalarse cien formas especiales de lucha por la vida entre colectividades, pues siempre que existe una solidaridad de intereses, permanente ó transitoria, hay lucha colectiva contra el resto del agregado social ó alguna de sus partes.

En los agregados sociales ya evolucionados y constituidos en naciones, todas estas formas de lucha por la vida se polarizan en torno de dos grandes manifestaciones: 1.º Lucha de intereses entre los diversos grupos componentes de un mismo agregado social (política interna) 2º. Lucha de intereses entre los diversos agregados sociales que coexisten en el tiempo y se limitan en el espacio (política internacional).

Por eso puede plantearse este problema en los términos siguientes:

La política nacional es la expresión de la lucha por la vida entre los diversos grupos que tienen intereses heterogéneos, dentro del interés común que sirve de base á la nacionalidad. La política internacional es la expresión de la lucha por la vida entre los diversos agregados sociales evolucionados hasta constituir nacionalidades diferentes, con la cooperación del medio físico y de la raza, ó sin ella.

4) Los dos problemas de la sociología arargentina.—Además de sus ventajas particulares para el agregado social que estudiamos, conviene en general à la sociología el estudio genético de los agregados de más reciente formación; su desarrollo evolutivo resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros grupos sociales han durado muchos siglos. Es un caso particular del principio general establecido por Aquiles Loria, según el cual la evolución económica de las colonias contemporáneas permite observar en resúmen la evolución de los estados, cuya civilización data de antiguas épocas y se ha operado con lentitud. Este principio sociológico no es, por otra parte, más que una aplicación al mundo sociológico de una ley demostrada por Haeckel en el mundo biológico:

la evolución ontogenética reproduce en el individuo toda la evolución filogenética atravesada antes por la especie.

La historia de América no necesita admitir, aprioristicamente, respecto del origen de los grupos sociales precolombianos la hipótesis monogenista de Spencer, que, admitiendo la multiplicidad de las sociedades primitivas, les atribuve un mismo carácter de homogeneidad relativa ó imperfecta diferenciación,—ni la hipótesis poligenista, sostenida por Tarde y Gumplowicz, que supone una absoluta diversidad de formas sociales desde el primitivo origen de las sociedades. Preferimos á esas opiniones teóricas las admirables intuiciones antropogénicas de nuestro eminente paleontólogo Florentino Ameghino. Bástenos con saber que, en general, todos los pueblos para llegar al estado de civilización han debido atravesar, en su proceso de sucesivas integraciones y desintegraciones—que diría Saint Simón: periodos críticos y períodos orgánicos, por las diversas etapas del salvajismo y la barbarie, cuya sucesión está determinada por los diferentes sistemas que caracterizan la producción en cada forma de organización social. (Marx, Engel, Loria). Este factor económico, derivado

de las necesidades biológicas fundamentales mediante una evolución superior que solamente alcanza la especie humana, es el que determina, principalmente, la morfología de todas las instituciones sociales, desde las sencillisimas de la horda depredatríz hasta las complicadas del capitalismo industrial.

Sin embargo, aunque las etapas del proceso evolutivo son, en general, las mismas para todos los grupos sociales, la fase en que cada uno se encuentra es completamente variable en el tiempo y en el espacio, pues las condiciones cósmicas y artificiales del medio no son las mismas simultáneamente en todas las partes labitables de la superficie terrestre.

El agregado social argentino encuentrase todavía en incesante formación; un siglo de independencia política no ha bastado para organizar definitivamente la vida Institucional de la República. La razón de ello es simple: ningún agregado social puede alcanzar una organización definitiva de su régimen político si antes no se consolida la constitución económica que le sirve de fundamento, ya sea con la apropiación y explotación de la tierra libre, ya sea con el desarrollo progresivo de la producción industrial capitalista.

Partiendo de esas premisas trataremos de bosquejar, en el caso particular de la Argentina, los problemas que la lucha por la vída plantea en todo agregado social, el uno referente á la constitución de la nacionalidad y el otro á la posición que después de constituida le corresponde entre las demás.

FORMACIÓN ECONÓMICA

DE LA

NACIONALIDAD ARGENTINA

r. - La invasión europea. - 2. La formación colonial. - 3. La emancipación. - 4. El caudillismo anárquico. - 5. El caudillismo organizado. - 6. El paréntesis unitario. - 7. Hegemonía de la burguesia rural. - 8. La iniciación del capitalismo. - 9. Bases ecocómicas de la futura política nacional. (1)

1) La invasión europea.—La formación de la nacionalidad argentina — y de todos los países americanos, primitivamente poblados por una raza inferior — es en su origen un simple episodio de la lucha de razas y de su adaptación

^(!) Las «indicaciones bibliográficas» de este enpítulo solamente sirven para señafar has obras en que puede estudiarse cada uno de los períodos ó fenómenos fundamentales á que se hace referencia en el texto.

á las condiciones geográficas del medio cósmico. En la historia de la humanidad podría figurar en el capítulo que estudiara la expansión de la raza blanca y la progresiva preponderancia de su civilización, cuya estructura económica y social no interesa analizar aquí en detalle.

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural, inviolable à la larga para el hombre como para las demás especies animales, tiende á extinguir las razas de color toda vez que se encuentran frente á frente con la blanca. Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sablos, oponen artificiosas razones á esa realidad; Jean Finot ha sintetizado recientemente los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer á la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones. absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola al negar la lucha por la vida entre las razas que componen la especie humana.

Por una parte encontramos á los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, á la manera de Lapouge ó de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos à Ernest Seillière, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo ó, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocéfalos y braquicéfalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase, que Finot pretende resolver sobreponiendo su buena intención á la verdad objetiva de los hechos. Por eso Max Nordau, en el mismo artículo crítico en que se entusiasmara por su libro, no pudó menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo que no cabía hablar de las razas de color, estando su caso perfectamente definido y siendo su inferioridad incontestable.

En suma, el problema inicial de la colonización americana consistió en el desplazamiento de las razas indígenas, poco evolucionadas, por las razas europeas más evolucionadas que ellas. Veamos cuales eran sus condiciones económicas y sociales al efectuarse la invasión europea.

Ì

A fines del siglo XV casi todos los pueblos europeos habían pasado, hacía ya mucho tiempo, del primero al segundo período de la civilización, respectivamente caracterizados por el sistema de producción con trabajo de esclavos (Grecia, Roma y pueblos de igual desarrollo) y con trabajo de siervos (Feudalismo), preparando y desenvolviendo las fuerzas económicas que determinarian su advenimiento à la tercera faz. el capitalismo industrial, caracterizado por el trabajo de asalariados. En cambio los pueblos de América se encontraban en los diversos periodos de las épocas salvaje y bárbara, desde los grupos nómades hasta los Incas y los Aztecas que llegaron á periodos superiores de la barbarie. (Letourneau, Morgan, Prescott.)

El aumento de la capacidad productiva de los pueblos europeos determinó la extensión del cambio internacional de los productos y, por consiguiente, la expansión del comercio, junto con la necesidad de buscar para su producción nuevos mercados que constituyeran proficuas fuentes de riqueza. Solamente podían reunir estas condiciones aquellos pueblos que estuvieran en fases menos ayanzadas de su desenvol-

vimiento y que habitaran comarcas cuyas riquezas naturales fueran abundantes y de fácil explotación; en tales circunstancias era lógico, por uno de esos fenómenos llamados de darwinismo social, que los pueblos más civilizados emprendieran la conquista y la explotación de aquellos que, siéndolo menos, poseían riquezas mayores.

Aparecieron entences los pueblos casi exclusivamente comerciales (Venecia, Holanda, Génova, Liga Anseática, etc.) resurgiendo en ellos las cualidades que en otros momentos históricos determinaron la función sociológica de los Fenicios y los Cartagineses.

Dadas esas condiciones económicas de Europa, eran inevitables el descubrimiento de América y del camino de Buena Esperanza para llegar á las indias erientales, cuyos productos eran tan codiciados y cuya conquista era una dorada perspectiva después de las deslumbradoras narraciones de Marco Polo y otros viajeros.

Colón y Vasco de Gama, pese á Carlyle y á todos los que tienen de la historia una concepción individualista heroico—genial, no fueron más que dos productos de su momento histórico; Mackaulay, en su espléndido estudio so-

bre Dryden, afirmó con exactitud que, sin Colón, América habría sido igualmente descubierta en esa época; verdad extensiva á Vasco de Gama.

Causas de orden exclusivamente geográfico antes que moral ó político—hicieron de España y Portugal los países necesariamente destinados á auspiciar esos descubrimientos; explicándose de la misma manera que fueran los países marítimos del N. O. de Europa los que auspiciaran el descubrimiento y la conquista de Groenlandia primero y más tarde del continente Norte americano.

Descubierta América, encontráronse frente á frente dos grandes fuerzas que representaban dos momentos distintos de la evolución de las sociedades humanas, correspondiendo á diversas formas de capacidad y organización económica: Europa feudal, en vías de transformarse en Europa industrial, y América salvaje ó bárbara.

De esta presencia de dos distintos exponentes de civilización era inevitable la lucha de la conquista y también el triunfo de aquella raza que hubiera alcanzado un grado más alto de desenvolvimiento. Ninguna sociedad civilizada ha sido en realidad vencida por otras que lo fueran menos; ella ha triunfado, en último análisis, imponiéndose á sus propios dominadores, obligándolos á aceptar cuanto ella tenía de bueno, de superior. Bagehot, estudiando las leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones, advirtió que una de las condiciones
más importantes para que un pueblo domine á
otro ú otros, es que él se encuentre en un período más elevado de desarrollo.

Y, efectivamente, la civilización venció y se impuso á las razas americanas. Dominó con suma facilidad á las tribus salvajes que aún no formaban Estados; con alguna dificultad á los pueblos que vivian en las formas superiores de la barbarie, casi en el dintel de la civilización. A mayor diferencia entre los índices de desenvolvimiento correspondió una menor resistencia á la dominación, y viceversa.

En menos de cuatro siglos han desaparecido del continente americano la casi totalidad de los pueblos aborígenes que no pudieron adaptarse á la nueva modalidad de existencia introducida por los conquistadores. De las sociedades Azteca é Incásica, organizadas sobre el sistema de la propiedad de clase — y no sobre el de la propiedad común, como erróneamente afirman Prescott y otros historiadores que olvi-

dan la diferencia que existe entre ambas — no quedan sinó los riquísimos materiales de estudio que apenas han sido desflorados por la sociología, la etnografía, la antropología y ciencias afines. Esas constituciones sociales muestran fases evolutivas caracterizadas por formas de producción, de propiedad, de estado y de familia que serán de fecunda cosecha para la Sociología.

2) La formación colonial. — Dominados los americanos, los civilizadores se repartieron el territorio de América para colonizarlo y explotar sus riquezas naturales. Por las razones geográficas apuntadas, la América del Norte—menos Méjico—cayó bajo el dominio de Inglaterra, y la del Sur en manos de España; ésto en líneas generales, prescindiendo de las pequeñas colonizaciones francesa y holandesa, y considerando á la portuguesa como semejante á la española.

Esta diferencia en el origen de la colonización, como lo entrevió Sarmiento, ha determinado la modalidad con que evolucionaron y se desenvolvieron los países del Norte y los del Sur, pues contribuyó á que se formaran dos ambientes esencialmente diversos por el heterogéneo desarrollo alcanzado por las fuerzas económicas (1).

Inglaterra, económicamente, marchaba á la cabeza de Europa, alcanzando antes que cualquier otro país del mundo las formas superiores de producción y de cambio que preludiaron al sistema capitalista; al conquistar la América del Norte trasplantó allí—no por abstractos sentimientos altruistas, más por la clara conciencia de su propia utilidad económica—todos los elementos y los factores de su adelanto, sus métodos productivos; inoculó virus de fuerza y superioridad, sembrando gérmenes que se traducen, ahora, por la supremacía económica de ese país sobre el continente americano, de la misma manera que Inglaterra la tuvo entonces sobre el continente europeo.

España, por el contrario, al emprender la conquista de América estaba agotada por una larga guerra de reconquista que había durado siglos. El XVI señaló para ella el comienzo de la época de decadencia que la llevó á ocupar uno de los grados inferiores en la escala de los

D. F. Sarmiento: «Conflicto y armonias de las razas en América».

pueblos civilizados. El agotamiento de su gobierno era tan grande que, no atreviéndose á gastar su escasa vitalidad en conquistas ultramarinas, concedió completa libertad à los aventureros que quisieron venir á este continente para intentar por su esfuerzo personal la conquista de sus inmensos territorios y riquezas. Los Cortés, Pizarro, Almagro, Mendoza, venieron en esas condiciones á explotar el continente y á repartir tierras é indios.

Esa forma de conquista, determinada por la situación ecónómica de España, fué de resultados desastrosos para el porvenir de la América del Sur; el sistema que permitió la lucha entre los mismos colonizadores por el derecho de apropiación y explótación, se ha continuado hasta nuestros días revistiendo la forma de caudillaje—régimen de gobierno despótico-regional, semejante al de los jefes de las hordas primitivas de tipo militar—que aún encuentra causas para persistir en varios países sudamericanos.

El desórden económico que resultaba de ese sistema produjo una reacción que hizo necesaria, por parte del gobierno español, la organización administrativa de sus colonias americanas. Entonces, divididas en Virreinatos y Capitanfas, fueron sometidas á un régimen de triple explotación: la primera en favor del gobierno de España, la segunda en favor del gobierno colonial y la tercera en favor de los mismos colonizadores (1).

En cambio de todo eso España nada podía dar á sus súbditos de América, pues cada día su decadencia económica y política era mayor, Desde que la América latina fué descubierta hasta que se emancipó fueron, para la peninsula, tres siglos de empobrecimiento y disgregación, durante los cuales se nutrió con las riquezas de América, sometida á la acción perniciosa de esa forma trans-oceánica del parasitismo colectivo que podría completar en el terreno de la biología social la concepción del parasitismo órganico, ya ampliada por Massart y Vandervelde con sus estudios sobre el parasitismo de clase. Esta forma nacional del parasitismo, por su ampliación é intensificación, representa una etapa degenerativa mayor; una nación parásita está, colectivamente, más degenerada que una

⁽f) Vicente G. Quesada: «Virreinato del Rio de la Plata». — f. A. Garcia: «El régimen colonial».— f. A. Garcia: «La ciudad indiana». — E. dei Valle Ibarlucea: «El régimen colonial español». (Carso de historia en la Facultad de Filosofia y Letras, 1909).

clase parásita, la cual á su vez lo está más que un individuo parásito.

España poco pudo dar á su América. Durante el período del coloniaje no introdujo ninguno de los descubrimientos científicos ó industriales que las demás naciones europeas aplicaron á la producción. En cambio Inglaterra se apresuró siempre á introducirlos en la América del Norte. Pué así que al clarear la aurora del sigio XIX estas colonias españolas fueron sorprendidas en una situación poco diferente de la que había encontrado Juan Díaz de Solis, en 1516.

Inglaterra sometió el Norte á un sistema de explotación inteligente y progresiva, mientras que España explotó el Sur con sistemas retrógrados y primitivos; dadas las condiciones económicas de ambas metrópolis no podía suceder de otra manera.

En suma, las dos corrientes de raza bianca que conquistaron y colonizaron el continente americano se encontraban en diversas etapas de evolución económica, por cuyo motivo contribuyeron á la formación de ambientes sociológicos heterogéneos.

Echeverría, (1) entre otras recomendables intui-

⁽i) Echeverria: «Plan Económico», «Obras».

ciones que merceen desglosarse de su obra semiculta y confusa, expresó claramente que para el conocimiento de la formación histórica de la nacionalidad argentina es indispensable estudiar las etapas iniciales de su vida económica, clave fundamental para comprender el mecanismo evolutivo de su régimen político y de sus instituciones. Alberdi (1) tuvo también claras visiones al respecto. Ambos son los precursores de esta nueva manera de tratar la historia argentina.

3) La emancipación. — Es regla general que, en todos los países conquistados, los conquistadores tengan al principio absoluto predominio sobre los nativos; si se trata de una raza inferior acaban por destruirla. Esto mismo sucedió en América.

Pero cuando los hijos de los conquistadores, nacidos en el país conquistado, se ven excluidos de ciertos derechos y ello determina su inferioridad económica, — advirtiendo al mismo tiempo la degeneración que sobreviene en la ra-

⁽¹⁾ Alberdi. «Estudios Económicos», «Obras».

za conquistadora por el goce del poder y de los privilegios que le son inherentes, y formándose una conciencia de la capacidad productiva del país en que han nacido y en el que viven desposeídos, — tienden á rebelarse á sus progenitores, adquiriendo una conciencia de clase política y económicamente inferior, que los induce á esa rebelión.

España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron, ni podían dar vida á sus colonias. Sin capacidad productiva natural ni industrial, sin instituciones sociales evolucionadas, solo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indigena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo ó destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: aquí el encomendero de indios y alií el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, á costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluidos de toda actividad económica productiva,

comprendieron que podían librarse de la onerosa tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal.

Así nacen todas las luchas por la independencia nacional. La necesidad de la émancipación económica determinó á los americanos á luchar por su emancipación política, para dejar de ser una clase económicamente inferior respecto de la constituida por los dominadores extranjeros.

Observando el curso de los fenómenos históricos en la América del Sur, española, se advierte que la Independencia fué el resultado lógico de la decadencia económica y política de España y del deseo, naciente en los americanos, de sacudir la odiosa tiranía de los monopolios de la metrópoli que encarrilaban toda la vida comercial de estos pueblos en beneficio exclusivo de España; la invasión de José Bonaparte á ese país influyó accidentalmente en la emancipación política de América: fué un factor ocasional, pero de ninguna manera un factor determinante.

El sistema de monopolios con que España desgobernaba á América ya había despertado una reacción de parte de los Americanos; ha-

bíase traducido en la agitación económica que precedió en Buenos Aires á la revolución de 1810, y en ella participaron Moreno, Belgrano, Vieytes, y otros, en la prensa y en aigunas instituciones de carácter económico que con ese objeto se fundaron (1).

La Revolución surgía, pues, de las «condiciones de hecho» por que atravesaban las colonias. Llegado su momento histórico la emancipación política se impuso y fué inevitable.

El siglo que desde entonces ha transcurrido fué para la América latina un siglo de organización y de educación en la vida colectiva. Estos pueblos han debido improvisar las instituciones políticas y económicas que España no pudo legarles. La tarea ha sido larga é improba, chocándose con la suma dificultad de obtener que las instituciones fueran un reflejo real de las condiciones de hecho en que se encontraban (2), sobre todo porque esas condiciones fueron hasta hace poco tiempo sumamente variables é indeterminadas. Las guerras civiles, el caudillaje, las revoluciones de los bandos poli-

Mariano Moreno: «Escritos». — B. Mitre: «Historia de Belgrano».—Iden: «Historia de San Martin».—P. Groussae: «Liniers».

⁽²⁾ Adolfo Saldias: «La evolución de la idea republicana»,

ticos, la inmoralidad económica y política de los gobiernos, han sido la suprema ley que ha regido, casi siempre, su vida; todo ello interrumpido por períodos de tiranías durante las cuales un progreso económico real ha compensado, generalmente, la poca libertad perdida.

Así como las condiciones geográficas predeterminaban que España, Portugal é Inglaterra fueran los países que debían colonizar y civilizar el Nuevo Mundo, condiciones geográficas semejantes determinaron en los diversos pueblos americanos, y muy especialmente en la República Argentina, la dirección que siguieron los elementos de civilización al incorporarse á su vida política y económica. En la Argentina comenzó necesariamente por las provincias que están en comunicación con el inmenso estuario del Plata: esta circunstancia del ambiente natural determinó, á su vez, una gran diferencia en el desarrollo del ambiente económico alcanzado por las provincias del litoral y las del interior. causa de heterogeneidades sociológicas que aún persisten, manifestándose, en formas cada vez menos violentas, en todos los actos de la vida política del país.

En las páginas siguientes restringiremos á la

Argentina el estudio de las bases económicas de la evolución sociológica, tomando como su exponente más tangible el fenómeno político.

4) El caudillismo anárquico.—Al emanciparse de la dominación española, cuyo sistema colonial fué negativo para la vida económica de sus colonias, la Argentina se encontró con una producción rudimentaria, sin embrión alguno de vida industrial y con un comercio mezquino, carcomido por el contrabando.

Los criollos, politicamente libres, se encontraron desorientados. Durante los primeros veinte años de la vida política argentina (1810-1830), la ausencia de intereses bien definidos se tradujo por una completa desorganización económica; ésta fué la base sociológica de una política personalista y caótica que los historiadores llaman «el periodo de la anarquía argentina». Este régimen fué una especie de feudalismo bárbaro. Los propietarios de la tierra eran verdaderos señores en sus dominios: resumían en su propia persona la autoridad política y el privilegio económico. El latifundio fué, al mismo tiempo, la causa primordial del caciquismo y

de la aniquilación político-económica del proletariado rural; estudiando la «Ley de Enfiteusis» de Rivadavia. Estrada hizo notar todos los inconvenientes que había tenido para nuestra vida civil el latifundio improductivo y los que tendria después la progresiva desaparición de la tierra libre para la evolución del gaucho, tipo genuino del asalariado criollo en una sociedad exclusivamente. pastora (1). Los señores feudales tenían el nombre de caudillos, agrupándose los más débiles en torno de los más poderosos para constituir facciones políticas generalmente inorgánicas, puesto que no respondian á unidad de interes económicos, sinó á pasiones é intereses de orden personal. Este régimen político, llamado caudillismo, fué la superestructura política natural de un régimen económico todavía indefinido. Cuando la acción de los partidos políticos no está determinada por intereses comunes, la influencia personal de los jefes es la única fuerza que orienta á las facciones para disputarse el ejercicio del poder (2).

fosé M. Estrada: «Lecciones sobre la historia de la República Argentina».

⁽²⁾ V. F. López: «Historia Argentina».—General Paz: «Memorius».—C. O. Bunge: «Nuestra América».—Lucas Ayarragaray: «La

La característica objetiva de este régimen es la ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de una organización cualquiera del trabajo productivo. En este primer período no existen, pues, verdaderos partidos políticos, sino influencias personales fundadas en la riqueza ó en la audacia de los caudillos.

5) El caudillismo organizado. — Cuando la producción comienza á desarrollarse, definense en el país diversos intereses económicos, aunque vagamente; entonces el régimen del feudalismo inorgánico se transforma en feudalismo organizado. A la «anarquía de los caudillos» se substituye el «régimen caudillista organizado» que, en cierto modo, refleja la parte más importante de los intereses económicos en formación.

Estos devienen orgánicos cuando la agricultura y la ganadería se desarrollan metódicamente, reemplazando el primitivo pastoreo por la estancia; se acentúan más tarde cuando se inicia

Anarquia Argentina y el Candillismo».—P. F. Sarmiento: «Facundo».— David Peña: «Juan Facundo Quiroga».—C. M. Urien: «Quiroga».

la vida industrial y se desarrolla el comercio.

Esos fenómenos económicos (á igualdad de capacidad productiva de la tierra) se realizan primero en las regiones cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos. Por eso, en cierto momento de la evolución sociológica argentina, encontramos que la ciudad de Buenos Aires y parte de las provincias llamadas del litoral, situado sobre los grandes afluentes del Rio de la Plata (el Paraná y el Uruguay), se encuentran en un grado de civilización ayanzada, mientras que las provincias mediterráneas, on el Oeste y Norte del país, permanecen en plena barbarie feudal. Este deseguilibrio natural entre la evolución económica de dos zonas del país fué la causa de graves disidencias que duraron medio siglo; persistent todavia, aunque transformadas.

En primer lugar apareció el conflicto entre la anarquía económica y el régimen económico feudal. El caudillismo inorgánico vino á resolverse en la sistematización del feudalismo, cu-yo exponente político fué el caudillismo organizado. Esta primera evolución de la política argentina, representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños seño-

res feudales, tuvo su personaje representativo en D. Juan Manuel de Rosas (1). En este sentido puede decirse que él constituyó de hecho, aunque no de derecho, la nacionalidad argentina sobre el caos inorgánico del período anárquico. Conviene advertir que, después de vencerlo, sus enemigos políticos han desfigurado su rol histórico, presentándolo simplemente como un tirano implacable; tuvo, es cierto, los defectos políticos de su época y empleó procedimientos tan extremos como los de sus propios enemigos.

Mientras se organizaba así la burguesía feudal argentina, con el nombre de partido federal (representando, sin saberlo, la gran masa de los intereses del país, eminentemente feudatarios y pecuarios), comenzó á constituirse lentamente otra facción sobre la base de la burguesía urbana de Buenos Aires, más evolucionada, con el nombre de partido unitario; formaron en sus filas algunos intelectuales doctrinarios, muchos publicistas vehementes y los enemigos políticos de la facción gobernante, pero todos juntos no

⁽¹⁾ J. M. Ramos Mejia: «Rosas y su tiempo», - Ernesto Quesada: «La época de Rosas»,

representaron nunca la mayoria de los intereses económicos del país (fué el anticipado representante de intereses que solamente más tarde aparecerían, al constituirse una burguesía industrializada y desarrollarse el comercio). Huelga demostrar que esas tendencias políticas ignoraban en absoluto su propio fundamento económico; por otra parte, esta clasificación sociológica de los partidos argentinos debe tomarse como una interpretación general, en un sentido amplio; no pretende corresponder en detalle á todos los acontecimientos particulares.

El rasgo característico de este segundo período es el conflicto entre dos etapas distintas de la evolución económica. El interior del país, su casi totalidad, vivía del pastoreo primitivo, sin que se observara ninguna tendencia á industrializar la ganadería; al mismo tiempo, en la zona del país favorecida geográficamente se inició el sistema de producción moderna, tanto en el orden agrícola y ganadero como en la actividad industrial y comercial. Las dos partes del conflicto podrían simbolizarse en estos términos: la ciudad comercial, con su aduana, y las provincias agropecuarias, con sus feudos, tomadas en un sentido sociológico general, como expre-

siones representativas de tendencias económicas que preparaban su porvenir. Estas dos tendencias, cuyos intereses son heterogéneos (conteniendo en germen el conflicto económico universal entre el interés y la renta), fueron la base de una larga guerra civil, disfrazada con los nombres de Unitarismo y Federalismo. Esos dos partidos representan las dos formas fundamentales que más tarde revestirá la naciente burguesía argentina. El proletariado rural, ignorantísimo, apoyó en esta lucha á la tendencia burguesa menos evolucionada, á la feudal (1).

El hecho fundamental de la época es que los intereses de la burguesía feudal eran los más importantes en la vida económica argentina; por eso le correspondió lógicamente el predominio político (1825-1850) (2).

6) El paréntesis unitario.— El partido unitario, que no representaba la mayoria de los intereses económicos del país, suplantó al federal gracias á una división de éste. Urquiza, señor feudal

⁽¹⁾ J. M. Ramos Mejla: . Las multitudes argentinas.

⁽²⁾ Adolfo Saldius: «Historia de la Confederación Argentina».

de las provincias del Este y lugarteniente de Rozas, aliése con sus naturales enemigos, contribuyendo á que el gobierno del país pasara á manos del partido que se llamaba unitario. Este anuló á Urquiza y sus cronistas difamaron el régimen caído. (1)

Sin embargo, la fuerza de los hechos pudo mas que las nomenclaturas políticas. El triunfo de los unitarios fué puramente nominal; los intereses económicos del país eran los que servian de base al partido llamado federal; el país. después de la caída de Rozas, adoptó una Constitución federal y siguió siendo, de hecho, un sistema caudillista organizado, aunque atenuadas va sus violencias anteriores. No obstante la designación de «federalismo», es innegable cierta evolución hacia un régimen político unitario, á medida que las instituciones se homogeneizan y la organización nacional se convierte en una realidad sociológica (2). Los hombres representativos del titulado unitarismo fueron dos estadistas geniales, Bartolomé Mitre y Domingo

⁽I) J. Victorica: «Urquizn y Mitre»; Rulz Moreno: «La Organización Nacional»; A. de Vedia: «La Constitución Argentina»: Elisa Ferrari Oyhanarie: «Cepeda».

⁽²⁾ R. Rivareta: Del régimen federativo al régimen unitarios.

Sarmiento, que se sucedieron en la presidencia de la República.

Durante ese período (1850-1874) los intereses mediterráneos que antes convergieron á formor el Partido Federal, se reorganizan y concurren á la formación del Partido Autonomista Nacional, frente á grupos porteños que continúan la política del Partido Unitario, detentando el poder político con el apoyo de la provincia de Buenos Aires.

Entonces la organización político-social argentina comienza á delinear bien sus contornos. La burguesía feudal se define con intereses de clase cada vez más netos y evolucionados; frente á ella se inicia el desarrollo del régimen de la producción capitalista.

Conviene observar que la evolución económica es simultánea en la producción agropecuaria y en la producción industrial capitalista. En Buenos Aires despiertan las industrias, se amplía el comercio, la actividad económica tiende á nivelarse con la de países económicamente más evolucionados. En las provincias la primitiva producción feudal va substituyéndose por sistemas de agricultura y ganadería cada vez más técnicos é industrializados; en pocos años

la producción rural se eleva á cifras relativamente enormes, centuplicando la riqueza nacional.

Al terminarse este período la escisión de los intereses económicos es fácilmente visible y se refleja netamente en la vida política: hay una clase rural poderosa y una clase capitalista naciente.

7) Hegemonia de la burguesia rural.—En este periodo recuperan su natural hegemonia los intereses de la clase rural; representan la enorme mayoría de la riqueza del país y les corresponde la administración política. Con la presidencia de Nicolás Avellaneda se inicia el advenimiento del Partido Autonomista Nacional, cuya fuerza arraiga en las provincias mediterráneas, como antes la del Partido Federal.

Su influencia ha sido continuamente contrastuda por varios grupos políticos, cuyas tendencias concordarían con la del Partido Unitario y la política de Mitre; esos partidos (Liberal, Cívico, Radical, Demócrata, Republicano, Autonomista, etc.), solo encuentran simpatías en la ciudad de Buenos Aires y en parte de la región litoral, es decir, en la zona de producción más evolucionada, en la burguesía capitalista. Pero en la balanza de la riqueza del país estos intereses gravitan incomparablemente menos que los de la agricultura y la ganadería, siendo esa la base económica del predominio del Partido Autonomista Nacional.

Julio A. Roca, presidente dos veces, dotado de mucha perspicacia y gran sentido de las realidades prácticas, fué el representante de esta política y el jefe de ese partido. Durante los últimos treinta años, el Gobierno ha representado los intereses de la gran masa de la producción nacional, esencialmente agropecuarios. Toda política favorable á los intereses de la burguesía capitalista (que es una pequeña minoría) ha sido una política de especulación sobre la economía del trabajo social, pues las verdaderas fuentes de la riqueza colectiva son la agricultura y la ganadería.

Durante este período (1874-1904) el sistema político se hace cada vez menos *caudillista*. El partido Autonomista Nacional es una sistematización de los intereses económicos propios de la burguesía rural y conservadora; los

partidos opositores metropolitanos son portavoces inconcientes de la burguesia capitalista y liberal. Sin embargo, todos esos partidos son empíricos, pues no tienen conciencia clara de su propia función económica ni de los intereses que representan en la vida política. Todos tienen programas de una vaguedad incomprensible, cuya fórmula más concreta suele ser la «moralidad política y administrativa».

Es muy posible que esa falta de finalidades económicas conscientes pueda atribuirse á la excesiva riqueza del país, debida á su enorme producción agropecuaria; ese fenómeno atenúa el choque de los diversos intereses heterogéneos y no deja trasparentar los conflictos económicos, quitándoles esa violencia que los caracteriza en países menos ricos.

8) La iniciación del capitalismo.—En las últimas décadas se ha acentuado en los países de raza blanca la evolución hacia las formas económicas propias de la faz superior de la civilización: el capitalismo.

El desarrollo rápido de las fuerzas productivas, que implica la necesidad de intensificar esas mismas fuerzas, hace que el ambiente económico se transforme rápidamente para dar lugar à nuevas relaciones económicas entre los individuos y entre las colectividades.

En la industria es la máquina la encargada de realizar la más grande de las revoluciones que ha presenciado la historia: la revolución que emancipará al hombre del trabajo, haciéndole posible una cantidad cada vez mayor de satisfacciones de sus necesidades con un esfuerzo cada vez menor. Actualmente la revolución industrial se traduce por una tendencia progresiva á la centralización de los capitales, requerida por el desarrollo de la gran industria que tiende à suplantar à la pequeña; el artesano libre y el pequeño industrial son vencidos por la gran industria que, disponiendo de fuerzas productivas más intensas, produce á un precio más reducido v compite ventajosamente con la pequeña hasta reducirla á la impotencia. La gran producción industrial trae, como consecuencia del perfeccionamiento cada día mayor de los medios de producción, un relativo exceso de ésta que conduce á la competencia entre los mismos industriales; el número de industrias poco explotadas, que dan al capital un interés más elevado que el corriente en plaza, es cada día menor.

Europa ha venido á sembrar sus millones en la América del Sur, fomentando así el desenvolvimiento de ciertas industrias; pero, en cambio, cada año se lleva enormes intereses que nos hacen verdaderos estados tributarios de algunos países. Casi todas las grandes empresas y compañías de producción y de transporte pertenecen á sindicatos, que cada día se enriquecen más y más, en virtud de las condiciones mismas de la producción capitalista.

Como han observado muchos seciólogos, ese trabajo de eliminación de los más débiles por los más fuertes, de unificación de las fuerzas productivas, de intensificación de su capacidad productora, de concentración de todas las riquezas económicas, ese trabajo es precedido, acompañado y seguido por crisis periódicas en algunos casos, continuas en otros, que mantienen en constante desorden la producción. Y de esas crisis no resulta más que el continuo engrandecimiento de las grandes industrias á expensas del continuo fracaso ó empequeñecimiento de las más pequeñas. La estadística lo evidencia en los países donde el capitalismo

ha llegado á su completo desarrollo; promete evidenciarlo en éstos, que siguen las mismas huellas.

Las industrias agropecuarias están llamadas á concentrarse más ó menos rápidamente. La gran producción agrícola dificulta los esfuerzos de los pequeños agricultores que están obligados á enfeudarse con grandes acaparadores.

La situación del comercio es exactamente la misma que la de la industria y la propiedad territorial, pues está vinculada y subordinada à ellas: el gran comerciante triunfa en la competencia, anonadando al pequeño. A ese fenómeno universal se agrega como grave complicación la especial instabilidad del comercio latino-americano que solamente encuentra un correlativo en la instabilidad política concomitante.

Este advenimiento del sistema capitalista implica necesariamente, y esa es su característica, la generalización del trabajo asalariado y, por ende, la formación de una clase proletaria cuyos intereses serán divergentes de los de la clase capitalista. La extensión del trabajo á salario alcanza ya, en la Argentina, á las mujeres y los niños.

Actualmente el «standard of life» del obrero industrial en la Argentina es superior al de casi todos los países europeos; al mismo tiempo existen facilidades reales para que el colono extranjero se haga propietario. La división social en clases no es un hecho estable y definitivo. Fuera de un pequeño núcleo cuyo abolengo remouta escasamente á pocos lustros ó á un siglo, todo el resto de la clase social dirigente y rica es de formación contemporánea; millares de proletarios industriales y colonos agrícolas han participado del enriquecimiento general de la nación, cuyo factor primordial ha sido la cultura progresiva de enormes extensiones de tierra libre. La capilaridad social ha permitido el encumbramiento del proletariado inmigratorio, cuyas aptitudes para el trabajo son infinitamente mayores que las del proletariado criollo, educado en la escuela de la vagancia por el régimen caudillista.

Este período de transición, caracterizado por la instabilidad de la división en clases sociales, solo puede durar mientras prosiga la valorización de la tierra cultivable; una vez concluida la tierra libre el problema económico se planteará en términos precisos y la diferenciación social

en clases será un fenómeno concreto, acompañado por los mismos conflictos de intereses internos que la historia ha señalado en todas las épocas.

La constitución de un proletariado—ya bien neta en los centros urbanos y en la economia industrial—creará intereses de clase. No puede olvidarse que los salarios tienden en general á aproximarse al mínimum necesario para mantener y reproducir la fuerza de trabajo, encarnada en la persona del obrero, en las proporciones requeridas por las necesidades de la producción; sobreentiéndese que ese mínimum es variable en el tiempo y en el espacio. A esa tendencla general, que tomada en el sentido de ley absoluta no resulta cierta, no podrá substracrse el naciente capitalismo sudamericano.

9) Bases económicas de la futura política nacional.—La República Argentina marcha, pues, hacia el período de evolución económica que precede á una diferenciación neta de los partidos. La ausencia de grandes cuestiones históricas, religiosas y políticas es la mejor presun-

ción de que sus partidos futuros podrán ser francamente económicos.

El desarrollo de la barguesía rural y el incesante crecimiento de la producción industrial la una en las campañas y la otra en los grandes centros urbanos—señalan el próximo devenir del régimen capitalista en sus dos grandes manifestaciones agro-pecuaria é industrial. Esas nuevas condiciones de vida económica determinarán un proletariado—en el sentido sociológico y político de la palabra—con intereses propios, destinado á diferenciarse progresivamente de las dos fracciones conservadoras.

El balance sociológico de la economía social argentina revela que en el momento histórico actual existen—formadas ó en formación—tres grandes manifestaciones de intereses económicos, llamadas á ser la base de la futura política nacional.

a) La clase rural, cuyos intereses son los más importantes del país, pues se refieren á la riqueza agricola y ganadera; esa fracción es favorable al incremento de la renta fundiaria. Sus grandes gestores políticos han sido el Partido Federal y el Partido Autonomista Nacional; su poder se arraiga en las provincias medite-

rráneas y constituye una fuerza política eminentemente conservadora. Serían los *tories* de la República Argentina.

- b) La burguesía más evolucionada, representante de los intereses industriales y comerciales, surgida por el desenvolvimiento del régimen capitalista, favorable al incremento del interés sobre la renta y el salario. Podrían desarrollarse en su seno varias tendencias secundarias: industriales - proteccionistas, comerciantes-librecambistas, etc. Su tradición política la formarían el Partido Unitario y los diversos partidos opositores constituidos en Buenos Aires para contrarrestar la influencia de las provincias. Representa la minoria de los intereses nacionales; por eso su intervención en el Gobierno ha sido siempre accidental ó secundaria. En general, puede considerarse como un elemento progresista en el desenvolvimiento institucional del pais. Sería el partido de los whigts:
- c) El proletariado, en formación todavía, se desenvuelve bajo dos aspectos: rural é industrial. El primero será durante mucho tiempo un instrumento de los conservadores y por ahora lo es del Partido Autonomista Nacional; el industrial ha sido un instrumento de los partidos

opositores formados en Buenos Aires, pero comienza á evolucionar hacia el socialismo. Tiende al incremento proporcional del salario sobre el interés y la renta.

Dada la riqueza general, que atenúa los conflictos de clase, los intereses del proletariado argentino podrán concordar á menudo con los de una ú otra fracción de la burguesia, dando lugar à acciones políticas fundadas sobre la «cooperación de clase» junto con las propias de la «lucha de clase».—Además, el proletariado puede obtener ventajas indirectas aprovechando los conflictos entre las dos fracciones conservadoras. La política socialista (entendida como el devenir de la evolución económica que constituve el núcleo fundamental de esa tendencia) puede ser bilateral; dependerá por una parte de la acción económica y política de los trabajadores mismos, y por otra de la acción de los partidos gubernamentales en idéntico sentido. En determinadas circunstancias esapolítica podrá ser realizada por otros partidos, independientemente del proletariado organizado y aun contra él. Roberto Peel, el más grande reformador inglés, fué un conservador que se apropió de una gran parte del programa de los

progresistas; de igual manera, en la República Argentina un ministro de la clase conservadora, Joaquin V. Gonzalez, presentó en 1904 al Parlamento el más completo de los proyectos de legislación del trabajo conocidos hasta entonces y cuya actuación progresiva está confiada á un embrionario «Departamento Nacional del Trabajo».

Estas son las inducciones permitidas por la sociología sobre la evolución política argentina en el orden interno. La necesidad de sintetizar en pocas páginas varios siglos de formación histórica justifica su carácter demasiado esquemático, limitándonos á resumir nuestros diversos ensayos críticos sobre la sociología sudamericana.

III. - EL DEVENIR DEL

IMPERIALISMO ARGENTINO

r. El imperialismo ante el materialismo histórico.
 2. Génesis de la política imperialista.
 3. Los núcleos del imperialismo contemporáneo.
 4. La hegemonía Argentina en

Sud América.

a) El imperialismo ante el materialismo histórico. — Tal es, á grandes rasgos, la influencia de los factores cósmico y económico en el desenvolvimiento interno de la nacionalidad argentina; su inteligente comprensión permite entrever la magnitud de su función política dentro del futuro desarrollo continental. El estudio de su presente potencialidad de producción, del progresivo aumento de su población y de las condiciones mesológicas que favorecen su incremento en el siglo actual, puede darnos la medida exacta de las causas sociológicas que le asignarán una función tutelar sobre toda la América Latina.

Esta función imperialista, benéfica para las demás repúblicas sudamericanas, le corresponde naturalmente; los países que pudieran disputarle esa hegemonía—Brasil y Chile—se desenvuelven en condiciones étnicas ó geográficas que son desfavorables á su engrandecimiento económico.

No hay por qué vacilar ante la palabra imperialismo. Se trata de un hecho sociológico propio de la evolución económica presente; el mismo principio de la concentración capitalista enunciado por Marx (y admitido como verdadero en el devenir industrial y comercial), tiene esta aplicación en el órden político internacional. Así como la gran industria tiende á reemplazar ó cooperativizar al pequeño productor, los grandes estados tienden á coordinar en torno de los propios los intereses de los estados pequeños. Es tan ilógica la declamación de las naciones débiles contra el imperialismo, como la protesta de los artesanos independientes contra los grandes trust de producción y de cambio. Las necesidades naturales del mercado universal y el equilibrio económico son sus propulsores más eficaces.

Esta explicación del imperialismo por la interpretación económica de la historia debe parecer un tanto peregrina á aquellos secuaces de Marx que pretenden amenguar el núcleo exacto de su sistema limitándolo á la simple explicación de la política interna de los estados mediante la teoría de la lucha de clases. Creemos necesario, sin embargo, sustraer esa concepción general de la historia al descrédito con que la comprometen los que se limitan á usar-la como simple justificación de su política de clase.

Sobre los intereses parciales de los partidos que actúan ó actuarán en la política interna de los naciones, existen intereses generales comunes á todos los partidos, que se refieren á la actuación colectiva dentro de la política internacional. La cooperación de los partidos á los fines del progreso y el engrandecimiento nacional es una necesidad en la lucha entre los agregados sociales, superior á las divergencias que agitan á las partes que los componen.

La teoría marxista de la lucha de clases, exacta en sentido estrecho y relativo, deja de serio si pretende extenderse como tal fuera de la política interna; los intereses comunes entre

un estanciero y un peón de la Pampa son más reales que los existentes entre un peón argentino y un peón de Java, ó entre un estanciero argentino y otro de Australia.

La teoría marxista de la lucha de clases. unilateral y sencilla, es accesible á los propagandistas ignorantes y simpática á las masas: pero ya se ha señalado que ella parte de premisas falsas. No hay una burguesía y un proletariado, ni existen dos intereses, ni éstos son siempre y necesariamente antagonistas. La actividad económica de un país crea varios intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea intereses diversos correspondientes á los obretos industriales, á los agricultores, á los medianeros, á los pequeños propietarios. De alli el error fundamental de la división empírica y absoluta de los componentes de un agregado social en burgueses y projetarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases solo puede ser cierta como caso particular de la lucha por la vida dentro de los agregados sociales, que abarca otras fases ito menos complejas é importantes. El antagonismo ó la concordancia de intereses no son tan simples como

desearían los marxistas perturbados por la política socialista; hay intereses colectivos que son comunes á toda la humanidad, á toda una raza, á una nación, á una clase, sexo, gremio, grupo ó familia.

La política internacional es la expresión concreta del juego de los intereses comunes á todos los componentes de una nación respecto de los componentes de otras naciones; en mil circunstancias hay intereses que son comunes al millonario y al hambriento, al católico y al judío, al blanco y al negro, siempre que ellos formen parte de un mismo agregado político toda vez que sean miembros de una misma nacionalidad.

Por eso no hay contradicción al observar la orientación de la política interna de un país hacia la socialización de sus grandes funciones colectivas en manos de estado, al mismo tiempo que su tendencia al imperialismo dentro de la política internacional. Son dos casos distintos de la lucha por la vida entre los agregados sociales, susceptibles de orientarse en discordancia con las preocupaciones teóricas ó doctrinarias de los diversos partidos que actúan en su vida política interna.

寒寒

b) Génesis de la política imperialista. — El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenage ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; solo entreabre su secreto á los críticos despreocupados. Conviene señalar con ánimo indiferente el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus venideras modalidades en esta parte del mundo civilizado.

Es preocupación ingenua, puerilidad harto difundida, la de juzgar los fenómenos históricos á través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades ó antipatias; ese criterio suele convenir á los políticos y es útil para arrastrar á las muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro. La vida universal

constituye un proceso en formación continua. de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad debe atribuirse á que el hombre representa la manera más compleja de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en si mismas; resultan necesaria é inevitablemente de las fuerzas que concurren á determinarias, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas á la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos ó de los gobiernos.

La ley de la lucha por la vida y la consiguiente selección de los mejor adaptados á sus condiciones, domina ampliamente en la evolución del orden biológico. En el mundo social las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho, que ya hemos señalado, engendra otro principio general: la asociación de los hombres para la lucha por la vida. Su exponente psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades no es un hecho improvisado. De la familia á la tribu, de ésta á la raza, de ésta á la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen á los débiles, los asimilan como provincias ó los explotan como colonias. La potencia de un pueblo se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la politica imperialista. Después del apogeo viene la decadencia, la nación se desorganiza y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

La superioridad no es puramente antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua ó anula el rol social de los pequeños estados, cuya actividad queda enteramente subordinada á la que desenvuelven las grandes potencias.

En este sentido, la política imperialista trae como consecuencia necesaria un recrudecimiento del militarismo, que solo es necesario por la tentativa de resistencia opuesta siempre por las naciones débiles á las que naturalmente les imponen su hegemonía. En una humanidad compuesta de hombres perfectos y lógicos la preponderancia de las naciones más evolucionadas económicamente sería aceptada sin resistencias y la política internacional se resolvería en una confederación de todos los pueblos civilizados bajo la superintendencia de los más fuertes y en beneficio de cada uno.

Pero mientras esa bella utopia no sea realizable, el imperialismo (entendido como función tutelar de las grandes naciones sobre sus vecinos pequeños), tendrá como consecuencia inevitable una intensificación del militarismo, que es el órgano colectivo con que ejercitan su fuerza las naciones.

Las condiciones presentes de la vida econó-

mica tienden á intensificar esa absorción ó subordinación de los estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables á ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, agena á las intenciones y deseos de pueblos y gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material del pueblo argentino lleva en si los factores que orientarán su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y su afectividad hacia el sentimiento colectivo del imperialismo.

* *

c) Fases de la evolución imperialista. — A : pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pue-

blos fuertes se consideran encargados de tutelar à los otros, extendiendo à ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débites suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» à la fuerza del «hecho»; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los débites y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación ó una raza—debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

Las causas que concurren á la formación histórica del imperialismo son múltiples. Se ha sostenido recientemente que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo ó raza; ese criterio lleva á buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado

social, convergiendo todos ellos á orientarlo y estableciendo entre sí relaciones de reciproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recojer del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son en primer término el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según viven.

Las naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Dentro de esos padrones debe medirse la situación de los diversos países sudamericanos si se quiere determinar á cual corresponderá la hegemonía futura.

Desde ya, manteniéndonos en la órbita del problema general, podemos afirmar que en el proceso constitutivo del imperialismo contempo-

ráneo pueden distinguirse tres fases: 1.º El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; 2.º ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; 3.º la organización militarista sirve para proteger á todo el sistema.

> * * *

d) Los núcleos del imperialismo contemporánco. — El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto, de buenos clientes, que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir planteará problemas que modificarán la situación.

La politica de los grandes estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania é Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que los convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana: se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean Ingiaterra que envejece, ni la Alemania que vemos en plena vi-

rilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente, es probable que la Argentina y la Australia despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero.

En la psicología colectiva de los argentinos ha podido observarse, en los últimos años, una intensificación del sentimiento nacionalista (1); es, por muchos conceptos, un preludio del sen-

Con estos párrafos termina mi último libro, «Al Margen de la Ciencia»:

[«]Amar á este hogar común es dignificarse à si mismo. Hacer que se robustezca el tronco de este árbol que à todos jantos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoismo colectivo.

[«]Procuremos para ello ser célulos vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenido por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintos que concurran à combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamafio, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

[«]Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien alto, ante propios y extrafies. Propongámonos vivir una vida propia, enorgallecedora.

[«]Aspiremos à crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira á ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos tambien à que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad».

timiento imperialista que despierta, alimentado por el vertiginoso incremento de la riqueza nacional. Son conocidas las tendencias que ha impreso á la educación su ilustre director Ramos Mejía y las ideas difundidas acerca del nacionalismo por Ricardo Rojas (1).

e) La hegemonía argentina en Sud-América.—Respecto de nuestro continente es notorio que dos naciones disputan á la Argentina la hegemonía continental: Chile y Brasil.

Chile es un país intensamente militarizado, con ideales de dominación y de conquista, aclcateado por necesidades territoriales premiosas; si la supremacía política dependiera de la voluntad colectiva de un pueblo, nadie en Sud América podría disputársela al chileno. Pero tan vigorosas energias de carácter contrastan con factores materiales que lo predestinan á no realizar su ensueño de hegemonía. Su te-

⁽¹⁾ R. Rojas-«La Restauración Nacionalista»,

rritorio es pequeño, amuraliado por los Andes y ahogado por el Océano; la población que allí pueda aumentarse vivirá siempre con horizontes económicos limitados y nadie se atreverta á afirmar que el país chileno está predestinado á ser el más próspero del continente.

Por otra parte, su ubicación sobre el Pacífico austral lo mantiene distanciado de los grandes centros presentes y futuros de la vida económica; sus principales recursos—las salitreras—son inseguros y la apertura del canal de Panamá sólo podrá quitar importancia á sus costas meridionales. Su expansión territorial no es verosímil; hacia el Oriente no cabe pensarla, hacia el Norte provocaría conflictos internacionales que por ahora no le conviene suscitar.

El Brasil, en cambio, lleva á la Argentina dos grandes ventajas, muy respetables: la extensión territorial y la superioridad numérica de su población. Pero en el simple enunciado de sus ventajas está incluido el peor pronóstico para su porvenir.

El inmenso territorio brasilero es, en gran parte, tropical; el más mediocre aprendiz de sociólogo puede enseñar que la formación de grandes nacionalidades es incompatible con las condiciones climatéricas del ambiente tropical. La civilización blanca polariza sus grandes centros de cultura y de riqueza en las zonas templadas, tendiendo progresivamente á alejarse de las tórridas. El único Brasil que llena condiciones climatéricas mediocres es el austral, lindero con el Uruguay, región que vive y prospera en perpetua inminencia de desmembramiento.

A estos factores geográficos agréguese la enorme masa de negros que forman el substratum de su población.

Ocupándonos de las razas inferiores hemos emitido nuestro parecer sobre el papel de la raza negra en la formación de los pueblos americanos; si admitimos que la civilización superior corresponde actualmente á la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe descontarse como elemento de progreso. Un pais donde lo corriente es el negro ó el mestizo, no puede aspirar á la hegemonía sobre países donde el negro es un objeto de curiosidad. Tal es el caso de la Argentina, libre ya, ó poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en territorios que de hecho son agenos al país; recordemos que recientemente Mr. Root, Ferrero, France, Ferri y

Bryan se sorprendian de no haber visto negros entre el millón y pico de habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

Puede, pues, plantearse el problema de la hegemonía imperialista en Sud América. Sus factores naturales son cuatro:

- 1.º La extensión.
- 2.º El clima.
- 3.º La riqueza natural.
- 4.º La raza.

Chile carece de extensión y de fecundidad. Al Brasil le faltan el clima y la raza. La Argentina reune las cuatro, indiscutiblemente: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca.

Esas cuatro condiciones se traducen por una superioridad objetiva de progreso y de enriquecimiento. Si alguien lo duda puede comparar la rapidez con que crecen los diversos países sudamericanos, las cifras de la población, de los presupuestos, de la producción, de la exportación, del capital bancario, del movimiento de aduanas, de la valorización de la propiedad urbana y fundiaria, del kilometraje de ferrocarriles, de la edificación, del capital industrial, de todo,

en suma, lo que pueda ser un índice de engrandecimiento y de riqueza (1).

El resultado es sencillo. El Brasil conserva todavía la ventaja absoluta de su extensión y población mayor; la Argentina progresa relativamente más que el Brasil; Chile queda relegado cada vez más al tercer puesto. Pero considerado

Según esos documentos el intercambio de productos verificado en el Brasil alcanzó á la suma de 508.214.426 pesos oro y en la Argentína las importaciones y exportaciones dieron un total de 700.106.625 pesos oro.

Como se ve, la Argentina Heva al Brusil la ventaja de 191.892.199 pesos oro, que es la diferencia à favor nuestro del movimiento comercial de las dos naciones.

No pretendemos establecer un paragón entre los productos de ambos países; dada su naturaleza distinta, no es posible suponer que ellos vayan á llenar idénticas necesidades en el mercado universal de consumos.

La Argentina ha tenido durante el año 1809 una importación superior á la del Brasil, en pesos oro 115,712,896; las exportaciones son tempien mayores que las brasileñas, en pesos oro 76,179,511,

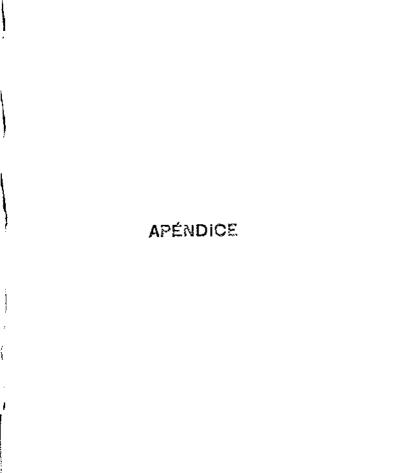
Estas diferencias á favor de la Argentina son más elocuentes que todos los comentarios. Y ellas resultan tanto más expresivas cuanto que nuestro pais apenas tiene una población de seis millones y el Brasil cuenta con más de veintidós millones de habitantes.

⁽¹⁾ Dado el caracter sintético de estas páginas, creemos superfino transcribir aqui las cifras estadísticas correspondientes. El lector podrá encontrarlas en todos los anuarios y almanaques. Solo diremos que las últimas publicaciones oficiales referentes al comercio exterior de la República Argentina y del Brasil, durante el sño 1909, permiten establecer un paralelo entre ambos países, para conocer y compurar el monto de sus respectivas importaciones y exportaciones.

el porvenir del Brasil y la Argentina, según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendididos sus factores climatérico y étnico, se advierte fácilmente que en un porvenir no remoto la superioridad argentina será real en todo ese orden de manifestaciones.

¿Debe inferirse de estos hechos que una guerra continental es posible?

No creemos que ella convenga á Chile, ni que sus espíritus claros piensen todavía en sobreponerse á la Argentina. El Brasil puede sostener sus derechos à la hegemonía fomentando su engrandecimiento económico; no es verosimil que se decida á jugar con las armas esta partida. En cuanto á la Argentina, solo puede ir á una guerra defensiva, cuando sus rivales la provoquen. Es de toda evidencia que el ideal del pueblo Argentino debe estar en la paz, siempre propicia á los que crecen más rápidamente; sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que su distanciamiento sea insalvable. Su extensión territorial, su fecundidad, su población blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los demás pueblos del continente.



I. - Objetivos económicos de la Revolución de Mayo. — II. El "Plan Económico" de Echeverría. — III. Fragmentos de un estudio crítico sobre "La Anarquía Argentina y el Caudillismo". — IV. Fragmentos de un estudio crítico sobre "Nuestra América".

I, — OBJETIVOS ECONÓMICOS DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO.

Pocas veces el sociólogo dispone de testimonios más concluyentes respecto de las causas que determinan un movimiento político; en la "Representación de los hacendados de les caupañas del Rio de la Piata, dirigida al Exmo. Señor Virrey Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, en el expediente promovido sobre proporcionar ingresos al erario por medio de un franco comercio con la nación inglesa.—Septiembre 30 de 1809-, Mariano Morno, ha legado á la posteridad la prueba explicita del conflicto económico planteado en estas colonias á principios del pasado siglo.

El prologuista de sus escritos esboza en breves pinceladas el cuadro de nquella situación. «Las comarcas que formaban el Virreinato de Buenos Aires se encontraban en una situación deplorable en los primeros años del siglo. La Metrópoli había querido que ninguna influencia extrafia pesara sobre sus colonias y babía pretendido siempre mantenerlas herméticamente cerradas à toda comunicación ó tráfico con las demás potencias. A

este propósito respondió el régimen político y económico que les impuso, cometiendo así uno de los errores más graves en que hava incurrido una nación colonizadora. El sistema mercantil del monopolio, establecido desde el principio y practicado con admirable constancia durante trescientos años, labró leptamente la ruina económica de la Colonia, ó más bien dicho. asegaró en ella el predominio del atraso, del estado primitivo. de la ignorancia, impidió el desarrollo del cultivo, de la producción, é hizo imposible el comercio internacional. - En 1809 la vida era en extremo cara: los artículos más sencillos ó más ordinarios costaban precios altísimos: los agricultores y ganaderos trabajaban estérilmente, pues no tenían mercado para los productos de sus haciendas y de sus cultivos; los pobres carecían de lo indispensable; todos los habitantes, con excepción del reducido gremio favorecido por el monopolio y de los contrabandistes, soportaban las consecuencias del enorme encarecimiento de todo. La condición de los negocios públicos no era meior: el ergrio se encontraba exhausto y endeudado; y la administración pasaba por serios aparos, necesitaba fondos con urgencia y no tenía de donde socarlos, por cuanto todas las fuentes de los recursos ordinarios estaban agotados ó poco menos. En semejente situación, reagravada por las desgracias que affifian à la madre patrin, invadida por los ejércitos del emperador francés. lo primero que preocupó al virrey fué remediar las penarias del tesoro y proveerse de recursos para atender los servicios públicos. Varios temperamentos se le sugirieron con tal fin; entre ellos el de abrir las puertas al comercio inglés. Los mercaderes se opusieron tenazmente à esta medida y procuraron demostrat cuan funesta y dañosa sería para el país. El Cabildo y el Consulado, cuso dictamen recebó el virrey, se expidieron ignelmente en contra. Los monopolistas cuidaban sus intereses. Sabían que la aportura de los paertos al comercio de Inglaterra tracría la ruina de sus priviteijos. De ahl sus esfuerzos rigurosos para impedir que tamaño atentado se consumaro.-En cambio, los hacendados y labradores de ambas múrjenes del Plata, cuyos intereses y cuyas aspiraciones coincidian con los intereses y las aspiraciones generales, sostivieron la excelencia de la medida en proyecto, de la que esperaban grandes bienes, y designaron à Moreno para que defendiese y patrocinase sus derechos ente el Gobierno.» (1)

El texto de la «Representación» abunda en conceptos que específican su carácter de reclamación económica, antes que polífica. «El apoderado de los labradores y hacendados de estas campañas de la banda oriental y occidental del Río de La Plata» (pág. 89);..., «el inmediato interés que tienen mis instituyentes en que no se frustre la realización de un plan capaz de sacurlos de la antigua miseria à que viven reducidas, les confiere legitima representación para instruir à V. E. sobre los medios de conciliar la prosperidad del puís con la del erario, removiendo los obstácules que pudieran maliciosamente oponerse á las benélicas ideas con que el Gobierno de V. E. ha empezado á distinquirse» (90);.... mis representados «justamente persuedidos de que no puede ser verdadera ventaja de la tierra la que no recaiga inmediatamente en sus propietarios y cultivadores» (90);.... sel viajero à quien se instruyese que la verdedera riqueza de esta provincia consiste en los frutos que produce, se asombraria cuando buscando al labrador por su opulencia, no encontrase sino hombres condenados á morir en la miseria» (94);.....

*Hay verdades ten evidentes que se injuris à la razón con pretender demostrarlas. Tal es la proposición de que conviene al país la importación franca de efectos que no produce al tiene, y la exportación de los fratos que abanden hasta perderse por falta de salida. (119).....

«Estas campañas producen annalmente un milión de eneros, sin las demás pieles, granos y sebo, que son tan apreciables al comercio extranjero: llenas todas nuestras barracas, sin oportunidad para una activa exportación, ha resultado un residuo urgente, que ocupando los capitales de nuestros comerciantes, les imposibilita ó retrae de nievas compras, y no pudiando éstas lijarse en un buen precio para el hacendado que vende, si no es á medida que la continuada exportación hace escasear el fruto, ó aumenta el número de los concurrentes que la compran, decae precisamente el lastimoso estado en que hoy se halla,

⁽¹⁾ Norderto Piñero: Prefacio á los Escritos de Mariano Moreno, (pág. XXIX y sig.).

desfalleciendo el agricultor hasta abandonar un trabajo que no le indemniza los alanes y gastos que le cuesta. — A la libertad de exportar sucederá un giro rápido, que, poniendo en movimiento los frutos estancados, hará entrar en valor los nuevos productos y aumentándose las labores por las ventajosas ganaccias que la concurrencia de extractores debe proporcionar, florecerá la agricultura y resultará la circulación consigniente á la riqueza del gremio que sostiene el giro principal y primitivo de la Provincia.» (122).....

Pone como ejemplo de los beneficios del comercio libre a Montevideo, que mientras estuvo ocupado por las armas inglesas, see abrió franca puerta á las introducciones de aquella nación y exportaciones del país conquistados. Y agrega: «El inmenso cúmulo de frutos acopíados en aquella cindad y su campaña fué extraido enteramente; las ventas se practicaron en precios ventajosos, los géneros se compraron por infimos valores, y el campestre se vistió de telas que nunca había conocido, después de haber vendido con estinción cueros que siempre vió tirar, como inútiles, à sus abuclos» (127.).....

«¿A que fin tanto empeño en el sumento de brazos para fementar la agricultura, si los fratos de ésta han de quedar perdidos por privárseles el expendio que innumerables concurrentes solicitan?», (159)......

Y al terminar: «Estes son los votos de veinte mil propietarios que represento, etc.». (224).

«Escritos de Mariano Moreno». — con un prólogo de Norberto Pifiero — Buenos Aires, 1806.

II. - EL «PLAN ECONÓMICO» DE ECHEVERRIA

«Util é interesante seria indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y el ganado desde fines del sigio pasado hasta hoy, calcular el número de haciendas que existia entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca han destruído sin fruto, el consumido productivamente en este período y el que hoy existe. Así podriamos averiguar si en punto á riqueza debemos algo á la revolución, ó si en

aste, como en muchos otros, hemos más bien retrogradado. Averiguar también la población de entonces y de abora, el valor de las principales mercancias peninsulares que se consumian entonces y el que han tomado nuevamente los extranjeros desde ta revolución. Calcular la riqueza, lo que se consumía en esa spoca, los objetos peninsulares de primera necesidad y lo que se consume hoy on los mismos, para ver hasta que panto han anarecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han extendido en ellas las comodidades. Si contamos hay con más riqueza real que en aquellas fechas, cuando circulaba mucho oro y plata, y estaba á granel en las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre. ratos datos y otros muchos podrian engendrar con el tiempo una riencia económica verdaderamente argentina, y estudiada nuestra industria, la ilustraria con sus consejos y le enseñaría la ley de la reproducción..... Por más que hagan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leves universales en el desarrollo de la riqueza y de la industria, no son más que sistemas ó teorias fundadas sobre bechos, es verdad, nero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad cuasi primitiva como la auestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha hecho prodigios, donde sobreabundan los capitales y los hombres, y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización, Verdad es que ellos han descabierto porción de verdades económicas que son de todos jos tiempos y climas; pero si se exceptúan estas verdades, de poco pueden servirnos sus teorias para establecer algo adecuado á nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto pero no cuando se trata de aplicarlos á un país nuevo, en donde nada hay estable. todo es imprevisto é independiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos; en donde es necesario obrar contra la corriente de las cosas para ajustarse á un principio caya verdad no es absoluta. Hemos visto, sin embargo, en nuestras ssambleas, como en política, disputar en economía cuando se

trataba de fundar un impuesto, de arbitror medios para el erario, de establecer bancos, etc. á nombre de tal ó cual economista; echar mano de la economia europea, para deducir la economía argentina, sin tener en consideración nuestra localidad,
nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los
elementos que constituyen nuestra vida social».— «Plan Econó.
mico».

III. — FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO CRÍTICO 80. BRE LA ANARQUÍA ARGENTINA Y EL CAU. DILLISMO (I)

L-PARA UNA CRÍTICA de la SOCIOLOGÍA ARGENTINA

Cuando la critica es simple glosa, rumiación pausada 6 co. mentario ágil del trabajo cerebral de los demás, sia que las propins vertientes alleguen concurso alguno à la amplificación del cauce, solo ocupa un bajo peldaffo en la escala de la latelectualidad. Peor juicio merecen las agresiones de los majonos, entregados à despulla superficialmente la obra agena, como el orin al metal, confundiendo su esfuerzo de obscura politia con la sancadora trepenación de la crítica verdadera. Si aquella es amorfa, y la segunda estéril, existe una tercera forma. decididamente nociva: las laudatorias de complaciente comaradería, que enmohecen los engranajes del tulento verdadero é inflan en desbordante marea la vanidad del mediocie.-No celdrin la pena ensayar la simple crónica bibliográfica del libro aieno: no es critica. Ni tampoco embicar la proa contra los nienos merecimientos, como si empañando los resplandores del 1 vecino pudiera encarecerse el brillo que irradian las propiss presunciones. Menos podríuse untar de miel himeta los golosos labios del escritor puérpero, encubriendo en cada galanteria la

Publicado en 1904, en la «Revista de Derecho, Historia 9 Letras».

esperanza de que alguna vez rebote el clogio sobre el propio engendro.

En el proceso evolutivo de la ciencia—en todas sus ramas—la crífica puede realizar más nobles funciones, constituyendo un eximio resorte de trabajo científico. Todos los conocimientos humanos son instables, rara vez definitivos; la verdad científica es, siempre, una «verdad actual», relativa á los conocimientos propios de la hora en que se formula; está en constante evolución. Su proceso genético, por excelencia, es la integración critica del saber.

Valen para la sociología y la crítica sociológica esas consideraciones generales. Por ende, la función de la critica, aplicada al presente caso, consiste en cooperar al conocimiento progresivo de los fenómenos sociológicos, en su géacsis, sus leyes y su evolución. Con ese criterio, ponderando las doctrinas y enfrentándolas con el propio pensar, la crítica favorece el devenir científico de in materia snalizada, ofreciendo ocasión para emanciar las propias vistas, no siempre concordantes con las del texto criticado.

La interpretación sociológica de los sucesos históricos, sencilla à primera vista, complicase al profundizarlos, y solo después de una laborica intelección recupera su primitiva claridad.

Ocurre lo mismo en todos los conocimientos humanos fundados en in observación. Imaginaos un viajero que se aproxima á una ciudad. A la distancia puede abarcarla en un sola mirada y tener de ella una visión global, vagamente fidedigna. Cuando penetra en la ciudad misma descubre innumerables hechos no sospechados á la distancia, ausculta la vida de sus pobladores, mide la riqueza de sus indastrias, escruta el detalle, analiza el movimiento complejo de sus entrañas; pero ha perdido la noción exacta del conjunto. Cuando el viajero se aleja, después de conocer los meandros de la ciudad, la visión global se rehace; ya no es la incierto: intuición apriloista, árida é infecunda para el suber, são la precisa interpretación de un todo cuyos elementos constitutivos conocemos en particular.

Ignales impresiones recogemos al estudiar muestra evolución social, cuando persegulmos, á través de los «historias», el concepto superior de su «filosofia de la historia», observando la

formación embrionaria y lenta de la sociedad argentina. El conocimiento de los fenómenos sociológicos atraviesa etapas semelantes.

Ya Hegel pretendía que las evoluciones de la vida social podian considerarse una perpetua sucesión de la tesis, la antítesis y la sintesis; Comte formuló más turde su ley de loa tres estados, reliriéndola no solo à las edades de la evolución humanateológica, metafísica y científica—sino tumbién al caso particular de la evolución del conocimiento. Sin embargo, ea Renán quien ha definido con mayor claridad y precisión este concepto fundamental en la metodología científica; el conocimiento humana, aplicado á un fenómeno cualquiera, sencillo ó complejo, revisie tres fases bien definidos: sincretismo, análisis y sintesis (1).

Es propia del sincretismo una visión general y confusa del conjunto; tras su aparente sencillez reinan la oscuridad y la incertidumbre. Todo es indistinto, uniformemente indefinido: es sincrética la visión del poeta, la intuición del metafísico, la adívinación del sucerdote; pero vano sería buscar conocimientos cientificos allí donde el empirismo preside toda la interpretación.- El análisis permite el examen distinto y preciso de las partes; pero su precio es la pérdida de la sensación global. Cada fenómeno adquiere contornos y modalidades propias, actividades netamente definidas, que no se hubieren sospechado en el periodo sincrético: «en el mundo visto antes, se descubren mil mundos». Es necesario el estudio particularizado, labor frecuentemente dolorosa, pues en el análisis aparecen los violentos choques de interpretación, reciproco pulimento de las tendencias antagónicas ó contradictorias.—Si el análisis careciese de función ulterior, fuera menguado cultivarlo; para el conocimiento general de los fenomenos, el análisis resulta más deficiente que el sincretismo primitivo. ¿De que valdría la paciente labor de tantos desmenuzadores especialistas, de tantos Implacables pordioseros del saber, si no pudiéramos sobreponerpos é su tarea, receperando la intelección sintética del conjunto? El análisis no crea, incuba. La ignorante sintesis

⁽l) «L'Avenir de la Science», Cap. XVI.

primitiva es más útil para el hombre que el análisis no reconstruído; la primera da luerza instintiva, el segundo Inhibe esa fuerza. Sólo en la síntesis consiguiente al análisis encontramos la fuerza vigorosa y fecunda. Por eso en la mentalidad equilibrada «el análisis solo se produce para dar materiales convenientemente preparados à la sintesis», según demostró Paulhan (1) recientemente.

Volviendo á la generosa fuente de Renán, recordemos la comparación de que soll i usar á menado. Tomemos—decia—min masa homogênea de cáñamo y dividámosla en distintos cabos; la masa representa el sincretismo, en el cual todos los instintos existen confusamente, y los cabos representan el análisis. Si en seguida trenzamos esos cabos, para formar una caerda, tendremos la sintesis; ésta difíere del sincretismo primítivo, pues los cabos individuales permanecen distintos aunque forman entre todos una unidad.

De Roberty (2), en un libro recientísimo, estudia «los modos esenciales del pensamiento acciológico»; establece que las manifestaciones sociales del saber siguen cierto orden estrictamente determinado. Primero se encuentra el modo analítico é hipotético, que erca la ciencia (el conocimiento particular); en seguida surge el modo sintético y apodictico, generador de la filosofía (la creencia general). En la filosofía se inspira el modo sincrético y simbólico, prepio del arte (el gusto y la invención estéticas). Sobre esos tres modos se erige, como resultante, el modo práctico y teleológico del pensamiento social: la acción (el trabajo y la conducta).

Este concepto es menos claro que el de Renán; complica la evolución del pensamiento científico con cliarte, la filosofía (como creencia) y la acción, sin que de ello resulte beneficio algano para inteligir el fenómeno estudiado.

Aplicando el concepto de Renán à la formación del pensamiento sociológico argentino, podrín interpretarse el valor geperal y la posición científica de nuestra literatura históricu,

⁽f) «Analystes et esprits synthétiques», pág. 186, Paris, 1003,

⁽²⁾ Nouveau programme de Sociologie, parte II, Paris, 1904,

puesto que la bistoria, como demuestra Seignobos (1), es el único muterial de estudio para las ciencias sociales.

En el primer período, del sincretismo, las nociones acerca de la evolución social argentina son empíricas y confusas, carecen de sistematización sociológica. Encontramos algunos libros de viajeros relativos á la época del coloniaje, la documentación oficial de la colonía, «Actas» y «Archivos» diversos, el periodismo argentino de todo el siglo pasado, las estadisticas oficiales y privadas, etc., etc., hasta los relatos históricos de Mitre. Estrada, Paz, López, Saldias, etc.

En el período analítico se concretan y selaran muchos problemas particulares, anteriormente indefinidos: permanecian velados bajo apariencias sencillos y falsas, no eran entrevistos ó formulados per los historiadores. Se prepara el huen material para nuestras sintesis sociológicas futuras; surge la monografía, ganando en intensidad lo perdido en extensión. Ya es un estadio unilateral de ciertos factores de nuestra evolución en un perfodo histórico dado tia economía del coloniaje, estudiada por A. Garcia, hijo), ya na aspecto del alma colectiva à través de toda la bistoria (las multitudes argentinus, descritas por Ramos Mejia.) ya un momento politico determinado (la anarcala argentina, por Ayarregaray), ya un fenómeno histórico ingertudo en el curso de nuestra evolución (el imperio jesustico, por Lugones), ya la biografia de un personaje representativo, estudiado con relación à su medio y su momento histórico (Facundo por Sarmiento, Liniers por Groussac), ya una modalidad de nuestras costumbres politicas (Patología politica por Alvarez, Nuestra América por Bunge), y otros que fuera largo enumerar. Agréguense à cate grupo los numerosos trabajos etnológicos, arqueotógicos, estud sticos, financieros, y las monografías de ofras ciencias atines que pueden aportar algún contingente á la constitución de la sociología argentina.

Como trabajo sintético general poscemos unensayo inconcluso de Sarmiento (Conflicto y barmonías de las razas en América), cuyo primer tomo, para la época en que fué escrito, significa el

 [«]Le méthode historique appliquée aux fuits sociaux», Paris, 1905.

más alto esfuerzo en pro de la sociología argentina. Fuera de ese ensayo, genialmente prematuro, y de las ineficaces tentativas de Alberdi, Lastarria, Samper y Bilbao, aun estamos á la espera de qua filosofia de la historia americana y argentina. En algunas de las obres entmeradas se ensayan incidentalmente interpretaciones siméticas generales, no todas felices y ninguna satisfactoria. Falla unificar el génesis y la evolución de todas las instituciones que constituyen nuestra sociedad, señalando los factores que orientan su determinismo: histórico, fijando su valor, poniendo en foco las modelidades propies de cada serie de factores, estidiando sus relaciones é influencias recíprocas, para determinar los rasgos característicos de la evolución social ergentina desde sus origenes hasta ouestros días. Así podrán inducirse enseñanzas científicas acerca de las venideras orientaciones de questra vida social, procurando adaptar la acción colectiva al sentido de la evolución misma, para no mulgastar ignorantes esfuerzos sociales y favorecer el natural evolucionismo, bascando la menor resistencia mediante una certera previsión social.

Tudo el trabajo necesario para constituir la sociología argentina debe practicarse sobre los escasos materiales históricos enumerados, cuya deliciencia sefiniamos en otros ensayos criticos y so ha podido escapar á los modernos comentaristas. «Lu bistoria argentina no ha sido escrita todavia. El primer período, del descubrimiento, conquista y colunización, ofrece una serie de laguas y de incertidambres, caya aclaración exige labor larga y paciente. La crónica de su primer sigio sagle degenerar en candoresa putraña, porque los cronistas, que los posteriores copiatos sin criterio crítico al de comprobación, eran ignorantes unas veces, y apasionados y hasta malevolentes entre si las otras. Fechas, nombres, lugares, sucesos, todo requiere escrupalosa verificación» (I). En cuanto á los errores históricos que inunden los libros correspondiente al periodo consecutivo à la revolución de Mayo, basta recordar las pacientes investigaciones de Groussac sobre diversos temas de historia argentina,

Zeballos: en la «Rev. de Derecho, Historia y Letras».—Año VII, tomo XIX, pag. 617—Buenos Aires, 1904.

cuyo resultado es una incesante enmienda à los datos de nuestros cronistas más conspicuos, Lopez en primera línea; el distinguido bibliotecario no se limita á escribir con pluma ó lapiz sus propias páginas, más acosa con papel de lija y goma de borrar los yerros de las páginas agehas.

Sin embargo, por insuficientes, no se podrá prescindir de esas fuentes históricas, aunque ellas solo sirvan para fundar su propia rectificación; sin la historia narrativa no puede elaborarse la sintesis interpretativa. La sociología tiene na «suelo natural»,—como le llama De La Grasserie (1)—un substratum sin el cual no podría nutrirse y subsistir; esa «ciencia substratum» es la historia; la s ciología dinámica no es más que «historia destilada». Existe una correlación constante entre ambas ciencias: «la solidaridad de la sociología y de la historia es una verdad que debe dominar los estudios sociológicos».

La tarea de reconstruir cientificamente la historia argentina no puede ser la obra de un solo estudioso, sino de toda una generación que aporte su tributo al edificio común. Cada ensayo debe fomentar nuevas inducciones efficas: toda obra individual equivale á someter un tema al estudio colectivo.

2-LOS ORÍGENES DEL CAUDILLISMO ARGENTINO

Mientras llega la hora de las sintesis sociológicas—formular sus términos es certero indicio de su etaboración inminente-examinemos la nueva obra de Ayarragaray, «La anarquia argentina y el caudillismo», contribución importante à la literatura histórica nacional, digna de ocupar sitio honroso entre las pocas obras similares publicadas en el país. Pueden distinguirse en este libro cinco partes principales: 1.º Los or genes del caudilismo; 2.º Su ambiente; 3.º Fonmas y evolución; 4.ª El caudillismo; 5.ª La gênesis de los partidos políticos argentinos. La monografía se completa con el estudio «constitucional» del caudillismo, la influencia del mestizaje sobre el alma y les costumbres

^{(1) «}Essai d'une Sociologie globale et synthétique», pág. 412— París, 1904.

argentinas, y la acción de la cultura intelectual sobre la evolución política.

Con lógica sencilla y certera, Ayarragaray rastrea el origen de nuestras idiosineracias políticas en los caracteres fundamentales de la política española y en la misma constitución social de las colonias. La ley de herencia psicológica, constante en la psiquis individual como en el alma de las naciones, induce à buscar en los progenitores el encubierto estigma que asume en sus hijos caracteres notables y violentos, como si el arroyuelo de la degeneración, silencioso en sus primeros culebreos, adquirlese rumores de caudaloso torrente al despeñarse por las sucesivas cataratas de las generaciones.

El caudillo argentino, al nacer, trae intensificados los vicios de sus antecesores españoles. Ayarragaray encuentra que ambos «son inmaginativos y presuntuosos, autoritarios en el poder, al que infunden el despotismo de su carácter, facciosos y levantiscos en la oposición, incapaces de esfuerzos continados. muelles y de fondo apático, débites en la acción común, amantes por el contrario de la heroicidad episódica, tal como suele reclamarlo su existencia turbulenta, y el concepto caballeresco y trágico del deber cívico. En el incongruente seno de estas ideas se engendró el instinto de la prepotencia personal, como norma para ejercer el poder». La desorganización política de América durante el coloniaie, gravitando secutarmente sobre estos pueblos, paso un sello de anarquia á todas sas instituciones embrionarias; cuando sobrevino la eclosión de los gérmenes políticos y sociales, las colonias no pudieron libertarse de las influencias desorganizadoras que minaban su organismo, desde la fase primordial. «La sedimentación secular de ideas, de hábitos, de instintos y de aberraciones, depositadas en nuestro suejo por la dominación colonial, fueron la sólida base que sustentó nuestra constitución social y política. Bajo el determinismo de las disposiciones adquiridas y tradicionales, hizo su evolución el espíritu nacional». Antes de ser país autónomo, de poseer constitución política propia, existe ya en nosotros la predisposición à la anarquia politica y el espíritu del caudillismo; escrutando la crónica del coloniaje encontramos en larga serie los «ensayos» de rebeliones salpicando la afligente monotonia

colonial, prejudiando la aparquia consecutiva à la emancipación: esas rebeliones poscen ya los caracteres que más tarde llegan à definirse con claridad. Acaso bastara su examen detenido para determinar el sentido histórico de la anarquia y del caudillismo argentino, pues ellos persistieron con sus tendencias primarias, hasta hacer inútiles las aleaciones subsiguientes de leves y estatatos. «El candillismo fué siempre puestra constitución positiva, y en vono la impostura de los partidos ó la ingenuidad de los teóricos prefendieron cubrir con instituciones importades las mostruosidades congénites de naestra constitución política». Inútil sería, pués, buscar tendencias, ideas, ordenización o doctrinas en nuestros partidos políticos primitivos; ellos signen la impulsión activa de los caudillos, generalmente encarnados en jefes militares de cultura escasa y ademán violento, «más dispaestos, naturalmente, al motin que á las ocupaciones sedentarias y técnicas que reclama un gobierno regular, porque toda iniciativa o personalismo intefectual desaparece bajo el cacique político que ejerce el dominio indisputados. Tal situación política, semejante en America y en España, predispone à reacciones enálogas toda vez que actúe una misma causa; cuando los acontecimientos sacuden el veso de tradiciones seculares, caendo flaquea y desaparece, el principio de autoridad-scá por la independencia y allá por la invasión napoleónica.—la anarquía intente desborda su cauce forzado v se manificata en ambos pueblos con caracteres semejuntes. El espiritu faccioco y la prepotencia de los caudillos militares hacen iácil presa de los partidos y del poder: Jos partidos facciosos generan la anarquía, les caudillos autoritarios instauran el sistema caudiffista.

De la misma herencia española recibimos la ampulosa grandilocuencia verbal que embriaga á los hombres de la revolución y en la misma cepa tiene arraigo el florecimiento del formalismo que enreda hasta los más insignificantes actos públicos: telaraña destinada á cobibir todo vuelo tendido hacla la acción innovadora. Esos viclos de las clases dirigentes coexisten con una profunda ignorancia de la masa popular, enyo colosal analfabetismo obsta á la germinación de una política sana ó democrática. La falsa cultura de los unos, y la crasa ignorancia de los otros, permitió la importación de instituciones exentas de afinidad con nuestra naturaleza y nuestra psicología; ese artificioso ingerto fué una de las causas más poderosas del incesante fracaso de nuestras primeras tentativas de organización.

Si tal era la fisonomia política y psicológica de España y sus colonias, no era menos desconsolador su estado económico. España vivia con una actividad industrial rudimentoria; se flegó à considerar el trabajo como tarca vil, desprecióndose la industria. Semejante metrópoli no podía ofrecernos elementos de prespecidad económica: se limitó à absorver mucha savia joven de las ricas arterias del nuevo continente, entregando su porvenir à militares y aventureros, antes que à industriales y colonizadores. Como consequencia de tal sistemo la vida económica de las colonias fué primitiva y poco próspera. «Eran las revertas continues y las extersiones sin cuenta de Adelantados. Gobernadores y Capitanes entre si, ó con los indigenes y los Cabildos, cuando á tales querellas no se aunaban las disputas teológicas y casuísticas, los intereses que dramatizaban la miserable vida pública de los colonos». El fisco colonial ten a la vista clavada en sus intereses particulares, por menados que fuesen, sperificandoles sin vactuación el bienestar presente y futuro del país; el puerto de Buenos. Aires, se miraba como un peligro administrativo, obstruyêndose cuantas operaciones se efectuaban por su intermedio: les iniciativas del embrionario comercio velanse cohibidas por una densa maraña de reglamentaciones artificiosas. «Las instituciones coloniales eran de hecho caducas, antes que asi las declarara la revolución, y la divergencia enconosa entre el fisco y los intereses de la economia nacional, generalizándose á todos los órdenes de la actividad social y política, à medida que el país se desarrollaba, suscitó entre ambas potencias una ruda antipatias.

El autor hace el inevitable parangón entre la influencia de las colonizaciones, inglesa y española, en ambas Américas. Mientras España, los virreyes y el pueblo no se preocuparon jamás «de complementar su evolución constitucional á medida que se acrecentaba el desenvolvimiento político», ésto ocurrió en el Norte; por eso, al romper con Inglaterra, todos los poderes constitutivos de una democracia representativa se encontra-

ron incorporados á la personalidad política de la Nación, por la experiencia y por los hábitos consustudinarios. Allá el derecho corresponde al hecho; aquí el derecho no guarda concordancia alguna con la realidad.

El año X los nativos substituyeron à los funcionerios, al elero y à los monopolistas en el ejercício de la autoridad, acaparando fa riqueza y las funciones públicas. Del seno obscuro de la masa surge el gobierno demagógico; ela fuerza de los cuarteles ó el fraude amistoso de las camaraderias, à golpe de espada ó golpes de palo, improvisan é imponen sus hechuras rústicas ó mediocres, y unos y ofros, por el cabildo abierto à la revolución militar, despiertan la hestia demagógica y anárquica, para lanzarla en delirante carrera».

En el seno mismo de esa etapa inicial de nuestra vida política encuentra Ayarragaray dos hechos dignos de mención, caya importancia no parece apreclar como es debido. Primeramente la división de la clase criolla hasta entonces unida en la inferioridad ante el godo-en dos clases con intereses económicos heterogéneos, preludiando à las venideras escisiones de los intereses económicos de la población argentina. «Mientras tanto, bajo el estímulo de la actividad económica que despertó la revolución de Mayo, se constituye, principalmente en Buenos Ajres, una clase de acaudalados, que separados de la política militante, ansian la paz interna y suefign con una vida regular y pacífica». «Al mismo tiempo aparece en medio de la anarquia el otro mácleo de intereses sociales, el projetariado naciente, que ve obstruido su desarrollo por la acción fumultuaria y caótica del caudillismo faccioso. «Los trastornos cada día más profundos concluyeron por suscitor un sentimiento difuso de conservación, arraigado principalmente en la clase laboriosa, la cual, con el refinamiento de las costumbres y los recursos acemaisdos, aspira à gozar el fruto de sus afanes. Es cierto que esas aspiraciones eran reducidas; ellas no reclamaban libertades politicas dignes de una democracia, sino los garantias rudimentarias, casi policiales, que amparan sus intereses y sus vidas».

Si entonces aparece un caudillo superior à los otros, capaz de imponer ciertos garantias rectamadas por esos núcleos sociales, podrá contar con el apoyo de los conservadores de toda ciase, ya scan los acaudalados que en la guerra solo pueden haber mengua en sus fortunas, ya scan los artesanos que solo en la paz pueden alcanzar el incremento de su industria é incorporarse à la pequeña burguesia industrial que va formándose.

Pero entes de que eso ocurra. Ins campañas ignorantes y bárbaras intervienen en el desberde político del país; surge la montonera, cada campanario tiene sus facciones, cada facción su caudillo. La irrupción del analiabetismo rural completó la subversión definitiva de la vida política y sus montoneras electorales propiciaron la consolidación del caudiflismo. La actividad democrática argentina se balancea entre los tamultos de los cabildos abiertos, los comicios de fuerza y las asonadas de atrie. En medio de ese caos perpetúase la violencia é imperan los rados instintos de los políticos bravos. Lus muchedambres semibárbaras de las campañas, y la población inferior y mestiza del subarbio de nuestras aldeas, encuentran en el sufragio universal un recinacimiento de su entidad política á la vez que un unómalo resorte de agitación intermitente.

Estas son, en síntesis y expuestas con ctaridad metódica, las ldens escuciales que inspiran el libro.

٠٠.

El estudio de la anarquia y el caudillismo no es nuevo en miestra literatura histórica; Mitre y López, Alberdi y Estrada, Paz y Sarmiento, de Oro, Echeverria, Vélez Sarsfield, Quesada, Zuviria, consagraron más de una página brillante á describirlos, ensayando alguna vez sa interpretación. Y si nodemos pasarnos de esa primera etapa de la bibliografia argentina, no sabriamos justificar la despreocupación de Ayarragaray por la bibliografía contemporánea. Ramos Mejia, Juan A. García (bljo), Groussac, Zeballos, Quesada, Alvarez y el que estas notas escribe, han emitido opiniones sobre el origen del caudillismo; Ayarragaray parece ignorarlo, prefiriendo la solitaria composición de sus cuartillas à la fecunda é ilustrativa crítica del parecer propio frente à la opinion de los autores que actes han escrito. Y calleria de buenas ganas sobre tal leguno,-harto grave en libro que desea ser cientifico,-- á no constrehir mi insistencia Carlos Octovio Bunge, que es un capítulo de «Nuestra América» ha

pintado, con mano experta, el cuadro del caudillismo y la política caciquista, conquistando el derecho de mención por parte de cuantos nutores diluciden, después de él, esta fase de nuestra historia política. Verdad es que Bunge, á su vez, ignoraba à Sarmiento...

La interpretación de los origenes del caudillismo,—intuida vagamente por Sarmiento en sus factores mesológicos y étnicos, no fué tratada con acierto por Bunge, quien incurre en el yerro fundamental de stribuirlo á un factor puramente psicológico, la pereza colectiva, debida á la herencia de raza, que induce á renunciar la acción política en manos del caudillo ó cacique. Aparte sus deficiencias intrinseces, ese criterio no es aplicable al caudillismo anárquico, sino al caudillismo manso del siguiente período.

Tampoco acierta Ayarragaray con la interpretación verdederamente sociológica, aunque nos ofrece una político-social más amplia y comprensiva que las anteriores: en primer lugar pone la herencia de raza, en segundo término la fulta de educación política, el mestizaje, los condiciones económicas, etc. Pero todos estos inctores no son estudiados por su rol deleminante del candillismo, sino como coexistentes con él; Ayarragaray describe fenónemos, establece la filiación conociógica entre ciertos hechos de España ó la Colonia y sua similares de la anarquia y el candillismo; la filiación es exacta, pero no es su interpretación genética. En este sentido conviene remontar más la investigación de los origenes. Y la prueba de que la obra de Ayarragaray falla por carecer de criterio sociológico, la tenemos en las contredicciones que resultan de su eclectismo al investigar los origenes del candillale.

Citando el ambiente, la raza, las tradiciones políticas, las factores ecónomicos, la cultura intelectuat, todo lo que es ó puede ser causa de un fenómeno social, se da prueba de amplitud de criterio sociológico ó de ausenela del mismo. Es evidente que entre tantas presunciones debe estar la solución descada; pero si faita la seguridad suficiente para individualizaria, córrese peligro de excluirles á todas. Pondremos como ejemplo el más concordante con las ideas que en seguida expresaremos; el

rot de los factores económicos en la determinación de la anarquia y del caudillismo.

Como se habrá visto en el precedente resúmen. Avarragaray reñala el atraso económico de la metrópoli, su falso criterio para la explotación de las colonias, el conflicto entre esa explotación y los verdaderos intereses coloniales, la unarquia económica después de la revolución, el nacimiento de la burques'a (cudataria criolla y del artesono proletario que evoluciona hacia la pequeña burguesia industrial; son hechos exactos. de cuya observación puede felicitarse el autor. Pero junto á esas observaciones emite sentencias de este corte: «Hoy, que por su ordanización capitalista, la sociedad se debate en medio de una desesperada competencia política, comercial y mundial, los pensadores positivistas colocan el principio de su existencia y sus derechos en el axioma biológico de la lucha por la vida. Este concepto, que llamaremos oportunista, pretendió dar fundamento, con interpretaciones científicas à formas y estados episódicos, fuses de movimientos «larvales» de una sociabilidad que se debatía, y se debate aún, en los primeros escaños de la evolución política. El error estriba principalmente en equiparar las caóticas manifestaciones de nuestra anarquia con formas y tipos clásicos, fratos del concarso de leyes regulares y organizuciones superiores».

Con esas palabras Ayarragaray parece renanciar á una interpretación sociológica de la anarquia y el candillaje, condenándose á empirismo perpetuo; el error que Ayarragaray imputa á los «teorizadores científicos» deriva, en este caso, de liaber interpretado mai sus propósitos. No se trata de «equiparar las cuoticas manifestaciones» con «formas y tipos clásicos», sinó simplemente de investigar las causas fundamentales de esas enócicas manifestaciones. El antor cree resolver el problema, eludiéndolo. Por eso después de acumular un rico filón de observaciones sobre los fenómenos económicos de la época que estudia.... se ganrda muy bien de inducir ninguna conclusión, de fijar una ley, de establecer un orden de importancia ó subordinación entre ese factor y otros; no completa el análisis de los factores que se limita á señalar, no induce una conclusión sintética general, una «teorización científica» a posteriori: que tal

debiera ser el Objetivo en toda buena obra de investigación sociológica.

No basta, pues, limitarse á señalar relaciones de concordancia ó coexistencia, que no dilucidan la génesis de los fenómenos; debe llegarse hasta la relación de causalidad buscando las causas de los diversos fenómenos coexistentes ó concordantes, por más que sean lejanas y suejan escapar á un examen superficial.

Creemos que la anarquía política argentina, el caudillismo, y las luchas civiles son susceptibles de una interpretación sociológica, dentro de los criterios del Economismo Histórico, que hemos aplicado sistemáticamente en diversos ensayos críticos sobre sociología argentina; en su conjunto, estas críticas involucran una completa teoría sociológica de nuestra evolución, fundada en el examen del origen y transformaciones de nuestro ambiente económico social.

.*.

Procedamos con orden. Ayarragaray, en su obligado paralelo entre ambas colonizaciones de América, olvida confrontar el estado de evolución económica alcanzado por las dos metrópolis, el desenvolvimiento de los medios productivos en ambas colonias, las condiciones de circulación de las riquezas naturales, la posición geográfica de las diversas zonas de cada colonización, la rapidez con que se opera la desaparición de la tierra libre en ambas colonias: factores que le habrian explicado la diversidad de las resultantes con mayor verdad y eficacia que las instituciones y la educación política, hechos secundarios y concomitantes con el desenvolvimiento económico de ambas colonias.

Si la independencia encontró á los Estados Unidos preparados para sus instituciones democráticas, no fué porque el pueblo tuviese hábitos políticos y nobles herencias psicológicas; fué porque los sistemas productivos estaban desarrollados por una colonización encaminada á explotar inteligentemente las colonias: fué porque había intereses organizados que la política debía tutelar. En camblo España practicó en sus colonias una explotación empírica y de rapiña, no organizó producción alguna, no creó fuerzas ni intereses ligados á la riqueza de las colonías,

contentándose con llevar cuanto más fuese posible á las areas de España ó á los bolsillos de los espuñoles. En nuestro coloniaje teníamos una constitución económica enteramente «bárbara», predominando la explotación desorganizada de las riquezas naturales, mediante procedimientos primitivos. Los criollos erun vasallos de un señor feudal extranjero. Al salir de la dominación española no existe en el país una producción organizada, ni hay intereses comunes que requieran ser tatelados por determinadas fendencias políticas; la constitución económica es indefinida, heterogénea: no hay solidaridad política donde no hay intereses solidarios.

En la base misma de la anorquia política descubrimos la unatquia económica, sirviéndole de substratum.

Falla de organización económica, ausencia de intereses comunes; encontramos esa fórmula económica detrás de la anarquia política.

En la masa inorgánica comienzan á diferenciarse dos tipos de clases sociales: el neandaiado (preludiando la burguesta rural) y el artesano (preludiando la futura burguesta industrial); estos grapos tienen intereses claros y definidos, desean la lastauración de un régimen de orden para defender esos intereses; siendo prematura la formación de partidos que los encarnen, limitánse á propiciar y aceptar la protección del caudillo pacticador. Cuando saten de la anarquía económica y se definen sus intereses, hayen de la anarquía potítica; en la imposibilidad de ercar partidos que sean el exponente de sus intereses, aceptan la Inicia del caudillo pacificador que los salva de la anarquía. Como estos núcleos son muy pequeños durante el primer cuarto del siglo XIX, no consignen modificar la fisonomía conjunta de la época, pero preparan los nuevos conflictos de intereses que desplegarán al litoral comerciante contra el interior feudal.

El caudillismo es el exponente político de la anarquía. Llamnmos caudillismo al ejercicio de la autoridad simplemente personal, con independencia de toda representación de intereses colectivos; anarquía, á la falta de intereses comunes dentro de un mismo agregado político.

Así vemos que la atenuación de la anarquía y del caudillismo comienza cuando se definen dentro del país dos grandes tenden-

cias de intereses; la anerquia y el caudillismo son formas politicas transitorias, propias de un agregado social cuya constitución económica recién empieza a concretarse. En cuanto se delínen las primeras divergencias de intereses se plantea el primer problema; el nacimiento de una burguesia rural feudataria y de una burguesia industriosa y comercial crea el conflicto: a menudo inconsciente para sus actores, más no por eso menos verdadero en su determinismo.

Sarmiento, en «Conflicto y armonías», tuvo la instuición exacta del fenómeno, aunque no pudo expresarlo como hoy podría exigirse de un sociólogo. «La lucha parec'a política y era social», dice (II: 472); social entre la «barbarie» y la «civilización». Esta lucha no ha sido bien interpretada por cuantos ensayaron aplicar al fenómeno un criterio sociológico; para García (h.), Ramos Mella, Justo y Lugones, las luchas civiles tienen su eje en una lucha de clases: el federalismo («barbarie» de Sarmiento) representa el proletariado, y el unitarismo («civilización») la burguesia naciente; Paz ha sido diestramente citado en favor de esa tosis. A tal criterio oponemos otra interpretación. Todas estas luchas no fueron entre la burguesia naciente, deseosa de sfirmar su poderio de clase, y las multitudes desheredadas que defendian la barbarie agonizante; fueron inchas, fáciles de preverse, entre las dos tendencias naturales, que debian solicitar á la clase criolia que comenzaba à tener intereses delinidos, saliendo de la anarquia econômica recibida como herencia de la economia colonial española. En un grupo, el de los primitivos acaudalados, se definió la tendencia hacia la economía feudal. sistema de producción conveniente para la burguesía rural teudotaria; en otro grupo se encarnan la industria y el comercio nacientes, propicios á la economia burguesa, propia de la fracción comercial è industriosa. La primera representaba una evolución menor en el curso natural de la transformación de los sistemas productivos, por cuyo motivo sucedió à la anerquia y precedió al advenimiento de la economía burguesa actual, que á su vez evoluciona hacia el capitalismo. Esa misma razón, de menor progreso, atrajo à la burguesia tendal las simpatias del proletariado semibárbaro, gracias á cierta «menor divergencia»

de intereses, y neaso una verdadera comunidad transitoria de conveniencias materiales.

Avarragaray presiente algunas de estas nociones; pero no aclerta à formularlas con precisión. Tiene frases que podrian ser grandes sintesis en un libro escrito con otro criterio: «Conjuntamente con el desurrolto económico de las campañas se desarrolla también la importancia política de les mismass. Es una afirmación intuida empfricamente; pero podría ser la resultante de un estudio especial: en vez de ajirmar acertando, se podría demostrar. Nosotros, por ejemplo, formularlamos de otro modo ese concepto: «Cuando en el seno de la anarquia económica ty political argentina comienzan à definirse intereses comunes à toda su población rural - ó á los propietarios rurales, ó á la burguesia feudal- estos intereses definidos y comunes deferminan una acción política de las campañas, orientada en el sentido más propicio á la defensa de sus intereses nacientes». Es el mismo concepto, sin duda; pero mientras la cita de Avarrasaray evidencia un caracter empirico de adivinación. la nueva forma traduce un pensamiento concreto y definitivo, inducido a posteriori, después de analizar las condiciones de desarrolto propias de nuestra barquesta rural.

Con estas observaciones sobre el génesis económico de la saarquia argentina y el caudillismo—páginas prematuras de una «sociologia argentina» que no osamos escribir—no pretendemos encuadrar toda la evolución histórica en el encuadenamiento sencillo y directo de jos fenómenos económicos.

En la determinación de las leyes sociales concurrer, sin duda, elementos complejos: económicos, políticos, jurídicos, familiares, morales, religiosos, intelectuales, estéticos, pudiendo cada série de elementos subdividirse en pumerosos grupos especiales. El estudio de esos fenómenos, en al mismos, complementas el estudio de esos fenómenos, en al mismos, complementas llegamos al conocimiento de su causatidad. «Cuando se constata que dos fenómenos están siempre ligidos el uno al otro, suele suceder que su relación no es reversible, es decir, que no podr a invertirse el orden en que se presenten. Si son aucesivos, el uno precederá al otro; si son simultáneos, el uno dominará ó dirijirá at otro. Et primero aparecerá, pués, como cousa del

regando. Así la idea de causo, lejos de ser excluida por la idea de ley, parece implicada por ella. La ley es una relación constante é invariable entre dos fenómenos, uno de los cuales es carsa y el otro efecto. Por ende, no es fútil ni ilógico investigar las causas. Pero es solamente en la realidad sensible donde debemos descubrirlas.» (1) Los métodos que permiten establecer las causas de los fenómenos son cuatro, según Mill. (2) 1.º Si dos fenómenos aparecen siempre juntos, puede existir entre ellos una relación de causa á efecto (método de concordancia); si la ausencia de ambos es constante (método de diferencia); si ambos varian al mismo tiempo y en proporciones semejantes (método de las variaciones concomitantes); si todos los demás fenómenos antecedentes pueden excluirse en su determinismo (método residual). Mediante esos procedimientos podría estudiarse las leyes sociológicas argentinas y las causas que presiden nuestra evolución; pero conviene tener presente que la investigación de las causas, tratándose de fenómenos sociales, será siempre imperfecta y relativa, visto el número enorme de circunstancias concurrentes á la determinación de un fenómeno dado. El estudio analítico de los innumerables lactores que concurren à su determinismo es, por si solo, inagotable; las sintesis sociológicas se efectúan después de un arálisis relativamente camplejo, y solo pueden conducirnos á establecer relaciones causales aproximadamente exactas, cada vez menos erroneas.

Las relaciones entre los fenómenos sociales se nos presentan de dos maneras: relaciones de coexistencia (la «cinámica social», Comte). Comte) y relaciones de sucesión (la «dinámica social», Comte). Las relaciones de coexistencia permiten aplicar los métodos de concordancia y diferencia para indugar las causas; el estadio de las relaciones de sucesión permite el método de las variaciones concomitantes. En realidad los resultados presentes de la seciológia no prueban la exclusividad de los factores económicos en el determinismo de todo fenómeno social en particular, pero

⁽i) René Worms, «Philosophie des Sciences sociates», vol. ii, Methode, pág. 177. Paris, 1904.

⁽²⁾ Mill, *Logique*, liv. cap. VII, 3.

evidencian su rol preponderante en la orientación general de las transformaciones sociales; nosotros no pretendemos ir más allá en nuestras inducciones sobre la evolución sociológica de nuestro país.

Así, pues, consideramos posíble determinar las condicioneeconómicas de la sociedad argentina en cada uno de los diversos periodos de su evolución (estáticamente considerados); por el exámen de las concordancias y diferencias, inferimos que las condiciones económicas priman é influyen sobre las demás coexistentes con ellas, constituyendo la substructura de todos los fenómenos sociales.—Y también consideramos demostrable que las variaciones fundamentales de la constitución económica argentina se acompañan de variaciones importantes en la superesfuerura política, intelectual, moral, etc., de la sociedad; de donde interimos, por el método de las variaciones concomitantes, un vinculo de canasilidad entre la transformación económica y la evolución conjunta de los fenómenos sociales (dinámicamente considerados). (1).

Esto, lo repetimos, no implica negar la importancia de otros factores, sino subordinar al factor esencial los factores secundarios. Los factores naturales, (geológicos, geográficos y climatéricos) conculren á la formación del ambiente econômico natural; à esos factores naturales se asocian los factores propiamente sociates, humanos, concurriendo à formar el ambiente econômico artificial. El ambiente natural ofrece las subsistencias espontáneas; el artificial crea las subsistencias mediante los procesos especiales que constituyen la producción. Esta aptitud para producir las aubsistencias, sus modos de circulación y de consumo, constituyen la base de la constitución social (estáticumente) y de la evolución social (dinámicamente), sin que ésto implique negar á los complejos factores secundarios una influencia de segundo orden ó indirecta en ci determinismo general, ó ana

⁽I) Consultese las obras de Aquites Loria: Analisi della proprietà Capitalista, La Basi Economiche della Costituzione Sociale, La Castituzione Económica Odierna, Il Capitalismo e la Selenza, Marx e la sua dottrina, La Sociologia, Problemi Sociali Contempotanei, Verso la Giustizia sociale, etc.

acción colminante en el determinismo de algunos hechos parti-

En otro estudio crítico (1) hemos enunciado ya esta neción: entre los fenómenos sociales, el económico en el fundamental é indispensable para la vida y la evolución de un agregado social, debido á que representa un grado de perfeccionamiento ulterior del fenómeno biológico al paser de la evolución orgánica á la superorgánica. Podemos aclarar el concepte; la conservación y reproducción de la vida en la especie humana está subordinada á las condiciones de su ambiente económico (natural transformado), lo mismo que en todas las especies vivas subordinase al ambiente netural (no transformado).

Esta correlación biológico-económica permite acercar las dos teorias más opuestas, hasta shora, en sociología: la biológica (con su derivación organicista) y la económica (con su mai llamado materialismo histórico). Basta señalar el problema para preveer que la interpretación económica de la historia puede encuadrarse dentro del más puro evolucionismo apenceriano, circunstancia que hasta ahora no parecen justipreciar los partidarlos del economismo histórico. (2)

En au último libro, el profesor De Greef (5) ha enunciado una delinición de la ciencia económica, desprendida de su función constante en la vida social; concuerda, en cierta manera, con los criterios generales que acabamos de exponer. «La económica,—dice,—cs esa parte fundamental de la ciencia social que se propone estudiar y conocer el funcionamiento y la estructura del sistema natritivo de las sociedades, para su conservación y perfeccionamiento, mediente la reducción progresiva del es-

⁽¹⁾ Sobre «Nuestra América».

⁽²⁾ De Johanais justifica también el economismo histórico reduciendo el fenómeno económico al simple hecho biológico de la nutrición, á la necesidad de comer y beber para vivir. «Della Universalità e preeminenza dei fenomeni economici», en Rie di Filosofia scientífica, 1865.—Puede consultarse la critica de Ennique De Marinis, en su magistral Sistema di Sociologia, Turin 1801, de pág. 151 à 155.

^{(5) «}La Sociologie Econemique», París, 1904.

fuerzo humano y por el aumento del efecto útil, en el interés y para el bienestar común del individuo y de la especie organizados en sociedad. Formulada así la definición de la economía, es evidente que ella estudia la función esencial para la vida de la sociedad, considerando á esta con el más genuino criterio biológico.

Pero el problema es de suyo dificil y es ya sobrado abuso su simple enunciación en el estudio crítico de un libro ajeno. Cerremos esta teorización de sociología general, y entremos al análisis del «ambiente», las «formas» y la «evolución» del caudillismo, así como de su influencia en el desarrollo de nuestros portidos políticos.

3-EL AMBIENTE Y LOS CARACTERES DEL CAUDILLISMO

Prustradas quedan las esperanzas del lector si espera, en el capitulo VI, un estudio del «ambiente» del caudillismo à la manera de Sarmiento ó de Taine; en el libro de Ayarragaray no hay estudio sociológico del medio y si la descripción de lus formas y caracteres revestidos por la anarquia argentina.

El antecedente de «l'acundo» imponía, sin duda, la obligación de estudiar el medio con un criterio más sociológico, más tainiano. Y aproximamos los nombres de Sarmiento y de Taine, pera señalar, en el argentino, un procursor del crítico francés.

El hombre producto del medio y exponente de una civilización: iné el concepto sociológico de Sarmiento. En «Facundo» enuncia los factores concurrentes á la formación de la nacionalidad argentina.

Un sociólogo—dice—que hubicse Hegedo à penetrar en el interior de mustra vida política, premunido del conocimiento de las teorias sociales, «hubiérase explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza à la república; habria clasificado ios elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiera asignado su parte à la configuración del terreno y à los hábitos que ella engendra; su parte à las tradiciones españolas y à la conciencia nacional Intima, plebeya, que ha deiado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte à la influencia de las ideas

opuestas que han trastornado el mundo político; su parte á la barbarie indigena; su parte à la civilización europea; su parte, en fin, à la democracia consagrada por la revolución de 1810, à la idualdud, cuyo dogma ha penetrado hasta lus capas inferiores de la sociedad» (1). Y después de este plan soberbio nos ofrece el estudio de la anarquía argentina y del caudillismo, en su ambiente cósmico y social, comenzando por estudiar el especto físico de la República Argentina,-los caracteres, hábitos é Ideas que engendra.—los rasgos originales del alma gancha: el tastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor,-la difusión de la población rural,-el predominio de los pueblos pastores sobre los agricultores y sobre la fracción comercial,—el individualismo nómade del gaucho y su asociación transitoria en la pulperia,los origenes de la revolución argentina,-basta llegar à la instauración de la anarquía y el caudillismo. Sobre esa pauta, después de agotar genialmente el estudio del escenario, examinó al protagonista, á juan Facundo Quiroga, siempre «en función del medio».

¡Taine tenía diecisiete afios cuando Sarmiento publico esa biografía del Tigre de los Llanos!

No hemos resistido à esta evocación del ilustre maestro, en flegando al capitulo IV de «la Anarquia Argentina y el caudilismo». Ayarragaray no estudia el ambiente como puede exigirse à un sociólogo contemporâneo, después de Taine: en el supuesto de que un argentino culto pueda ignorar ú omitir à Sarmiento. Recuérdese «La pintura en flolanda», ín «Literatura Inglesa», la «Escultura en Grecia», etc. y se verá que no basta presentar el cuadro aislado de un heche ó de una época para explicaria. Ayarragaray se limita à describir la desorganización política y social, es decir, la anarquia misma, pero no en el ambiente en que ella surge: restringe sus manifestaciones à lo que podríamos llamar su psicología política, consiguiendo, desde ese punto de vista, acertar impresiones execlentes.

«El mismo espiritu de nacionalidad era informe; carecía de los intereses y sentimientos solidarios que, aun desmedrados,

^{1) «}Facundo», Introducción, 1845.

la anarquia moral disociaba todavia. Y el odio entre provincianos y porteños, podrá solamente equipararse al que unos y otros profesaban á los godos». En esas condiciones, un Moldes cualquiera, intrigante, inculto, sin ideas de gobierno, basta para sintetizar los pasiones de horda que flotan en la atmósfera politica y erigirse en caudillo. Y mientras el suburblo de las ciudades («toda la gama de mestizage») crea la anarquia polifica y electoral, las turbas de las campañas se vuelcan sobre las huestes urbanas en forma de vandálicas montoneras. «Una vez cundido y héchose general el desquicio nada se respeto. A través de los campos abandonados y yermos, corre furiosu y enloquecida la montonera, como un azote de Dios, con sus estandartes rojos y sus armas primitivas, y á su paso no queda á muchas leguas á la redonda, ní un hombre, ni un caballo, ni una vaca. Y cuando la montonera y la guerra civil se generalizan, vivir de la hacienda del enemigo, talar su campo, incendiar su choza, sería un lugar común en la epopeya bárbara, porque el saqueo y el latrocinio se estimulan por la falta de integridad judicial, amparadora de todos los abusos de los clientes del poder caudillesco. Las turbas armadas, que son el único sosten de las efimeras 'dictaduras, ejecutoras de este cámulo de violencias desatinadas, ni se las paga, ni menos se las vitualla; encuentran en el merodeo un recurso para vivir, y en efecto arrebatan su subsistencia». Así la anarquía determina un estado de inseguridad que mantiene en perpetua zozobra los espiritus, agregando su obsenro tono en la paleta que refleja lu gama sentimental de las campañas anarquizadas.

En la capital, como resultado lógico de ese mismo desorden é inseguridad, aparece la mazhorea; Ayarragaray admite que no fué una creación de Rosas, sino la resultante de nuestros violentos hábitos políticos, gravitando desde temprano, como institución propia de todos los regimenes. Coincide en esto con el mismo Sarmiento: «Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plaglar á sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado friamente» (pág. 50. Edición oficial); la misma opinión comparten otros escritores nacionales, preparando así la justificación de Rosas... y acaso una relativa rehabilitación,

ŧ

demollendo las mistificaciones históricas de sus enemigos pollticos. Sarmiento, genial aun en sus pasiones, enmendando à priori los propios despordes, escribia en 1845, á rengión seguido de sus insultos: «Por otra parte, las pasiones que subleva entre sus enemigos, son demosisdo rencorosas sun para que pudieran ellos mismos poner fé en su imparcialidad ó en su insticia». (Introducción). Puede afirmarse que después de sesenta años la gituación no ha cambiado; muellos hijos heredaren la epasionada parcialidad de sus padres.-Y ya que deslizamos este juicio sobre Rosas, agredaremos que la crítica histórica debe corregir otras preocupaciones sobre la significación y el rol político de nuestros prohombres, desde Belgrano y Moreno hasta Lavalle v Uraniza. En materia de correctivos mercee especial mención el ensavo de Groussac sobre «Liniera», que además de estudiar al protagonista pone en compasiva exhibición á algunos de los Hamados «precursores» y «autoros» de la independencia argentina.

Volviendo á la sinarquia. Avarravaray nos muestra el estado mental de la época con vivos colores y pinceladas certeras. Habo proclamas oficiales que tranquilizaben al «ciadadano bonesto» y amenazaban al «osado» que «debía temblar», mientras les asonadas conmovian la ciudad al grito de «mueran los federelea», precursor del alarido antagonista que rugiría más tarde la mazhorea. Aún no figuraban en la literatura política los epitetos de inmundo, salvaje y asqueroso, pero ya los enemigos eran «execrables criminales» y los gobiernos «descargaban sobre ellos los golpes de su poder, dada la magnitud de sus crimenes». Los partidos adversos eran clasificados, en documentos públicos, como «gavillas de malyados» poseidos de «sentimientos infernales». Para completar el cuadro de la situación anárquica en que vivia todo el país,-después de aquellos socudimientos de los años 19 y 20, en un momento de tregua y tranquilidad (i) - Ayarragaray cita el conocido articulo de El Argos, que de la sensación actual de aquella indescriptible subversión de espíritus é instituciones; bien vetária la pena transcribir por entero esa cita, desgraciadamente harto extensa, cuvas áltimas palabras dicen: «Contituida sólidamente una autoridad sobre las ruinas de 12 revoluciones en poco menos de un año, de 20 goblernos durante el mismo periodo, de 6 invasiones sangrientas y desoladoras..... (1).

Sobre esa anarquia política, ruinoso escombro de una democracia necesariamente inorgànica, surgió Rosas, tipo del caudillo superior, perfecto dentro del ambiente cauditlista, que podriumes clasificar como el «liombre representativo» de su época, emersoniamente. Ayarragaray es ecuánime en su juicio: «En in tradición y en los hábitos imperantes halló los abusos y desmanes que sirvieron de resorte á su política. Poco tuvo que inventar; exageró, modificó y sistematizó procedimientos; en una palabra, dió esplendor à las monstruosas extralimitaciones que desde mestros origines implantaron el frande y el desorden en las costumbres políticas argentinas».

En el ambiente de la anarquia política, tà autoridad está representada personalmente por el caudillo; éste es el órgano natural de la actividad política arbitraria y facciosa.

«El era el partido; el era el principio y el era la bandera. Nuestra organización y nuestros contiendas fueron, por eso mismo, eminentemente personales, y la indole de la poil lea fué ente todo, sentimental». La adhesión al jele es todo el mecanismo de la acción. Dentro del criterio criollo, esencialmente simplificador, chando el desquicio avanza y el abuso sale de au cauce, basta derrocar à un hombre, y exaltar à otro. Cada bandería tiene su prohombre, su indispensable, el «libertador», el *restaurador», «el único capaz de salvarnos»; nadie confla en la eficacia de las fuerzas morales ó en el valor intrinseco de las instituciones: el caudillo es todo. De ese modo, el hombre, que es un accidente donde existen intereses definitivos é instituciones consolidadas, conviértese en factor primordial y casiúnico de nuestra vida política. Este régimen caciquista ten a ana precedentes en el sistema personal y arbitrarlo generalizado en E paña; la incorporación del elemento indigena, pasivo y sumiso, modificó poco los bábitos de propotencia personal importados por los conquistadores.

Consecuencia lógica del régimen caciquista fué la inercia, el renunciamiento de toda individualidad política en manos del cau-

⁽i) Articulo publicado en El Argos, de Buenos Aires, 1821.

dillo. Todo se espera de su accion personal y, como la sociabilidad es amorfa, cada uno inculca sus instintos y marca el diapasón moral del conjunto. Desde que él es todo y to gobierpa todo, la superficial inteligencia de los acaudillados sucie atribuirle cualquier beneficio ó perjuicio social; cuando los beneficios parecen ser los más en la balanza, el culto crece de grados, la admiración se exalta y la tarba cac en el fanatismo con todos sus errores y desmanes.

En el titulo siguiente analizaramos la evolución del candilísmo y su influencia sobre la constitución de nuestros partidos políticos.

Hemos vistos ya, en el filulo anterior, la influencia de los factores económico-sociales en la determinación de la anarquía argentina y de su forma política, sintetizada en el régimen caudillata. Tócanos ahora poner en evidencia los rasgos típicos del ambiente ecónomico durante ese período de nuestra historia.

La base económica de la annrauía es la faita de intereses comunes, la susencia de sociedad y de intereses sociales, en sentido económico. La demostración de este hecho nos la ofrece el más ilustre contemporáneo de la época, el inagotable Sarmiento. En las llanuras argentinas no existe la tribu nomade; el pastor posce el suelo con titulos de propiedad, está fijo en el panto que le pertenece; mas para ocupario ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmenan auperficie. Imaginãos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas los habitaciones á cuatro leguas de distancia unas de otras, á ocho á veces, à dos las más cercanas..; La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, alslada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, todo clase de gobierad se hace imposible; la municipalidad no existe, la policio no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar á los delineuentes... fáltale la ciudad, el municipio, la asociación intima, y por tanto fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros no tienen necesidades publicas que establecer, en una palabra, no hay res pública» (pág. 20 á 51). Hé ahí, en pocas líneas de Sarmiento, toda la clave de la anarquía: los habitantes viven desunidos y no tienea necesidades públicas que satisfacer. Ese es el engranaje económico de toda la época: no hay unidad de intereses. La vida de nuestras campañas flotaba sobre la anarquía económica. En esas condiciones de ambiente el hombre sólo está vinculado por sus sentimientos de simpatía, sólo obcdece á la sugestión del coterráneo más prestigioso por sus cualidades personales; una razón única asocia esas fuerzas dispersas: el vago sentimiento defensivo contra un enemigo común, verdadero ó imaginario.

En ese ambiente no existe ningún sistema artificial de producción. Verdud es que su característica principal consiste en el predominio del pastoreo sobre la agricultura apenas naciente. y sobre el comercio y las industrias muy embrionarlas: pero obsérvese que por entonces el pastoreo no es un arte, sino una forma natural de explotar la naturaleza rica de pastos. Esto no es simple conjetura: «la cría de ganado no es la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia». («Facundo», 29), El gaucho, en efecto, no trabaja; la familia rural prepara al hombre para la montonera: en ese ambiente, con tal naturaleza rica, criados sobre el caballo, sin obligaciones de trabajo, no es posible ninguna organización colectiva de la vida económica y política. Cuando un hombre más prestigioso que otros enorbola su pendón de aventura y de pelea, y le rodean sus amigos y los amigos de éstos: he uhi la montonera. El mismo engranaje asocia á los pequeños caudillos montoneros en torno de otro caudillo, á su vez más prestigioso. Así tenemos de nuevo planteada la fórmula; donde faltan intereses económicos definidos, los bombres se agrapan por razones de influencia y de prestigio personal. Sobre esa base se verque todo el sistema condillista. Hay cierta concordancia entre ese estado social y el fendalismo; el caudillo montonero es un señorzuelo sin títulos, con un rancho ó una estancia por castillo, que va rodeado por sus vasallos, á defender las ormas de su rey: Artigas, Facundo, Ramirez. En cierto momento la mano superior de un Rosas empuña todas las riendas, unce los bárbaros su carro escarlata, y se arroja desenfrenadamente á llenar un largo ciclo de nuestra historia.

Aunque Ayarragaray no definió la «substructura» económica de la anarquia y el caudillismo, ella ha surgido repetidas veces á su paso, sin que fuese bien avaluado su rol fundamental en la determinación del ambiente anárquico. Pero esas observaciones, de detalle en el libro, servirán para cimentar nuestra interpretación sociólogica, «La producción es radimentaria; la industria no existia: el pap, el calzado, etc. eran articulos de elaboración doméstica, el intercambio de productos casi pulo, pues en la mavoria de las provincias faitan hasta los elementos más primitivos para la industria comercial» (pág. 81). Más adelante, à través de la simplicidad pastoral del país, aprecia su estado social y económico citando á Lopez, que nos muestra la falta de «capitales flotantes, de créditos y apa de capitales fijos» (pág. 86). «El confort era totalmente desconocido, aun en las clases que enfáticamente se crejan elevadas: mientras en los arrabales y en las campañas la vida es de una simplicidad árabe. Un cabullo, un freno, un poncho y unas varas de baveta constituian todo el haber y el halo de un campesino. Si es verdod que la nutrición era abundante, era también rutinaria y simple: la constituia exclusivamente la carne, y en las compañas el pan era casi desconocido» (pág. 87). Esas felices observaciones parciales no bastaron, sin embargo, para que Avarragaray definiera la base telúrica y económica de la anarquía, intuida secenta años antes por el genio de Sarmiento.

Y que Ayarragaray no se preocupa de buscar el fenómeno esencial, oculto tras la caótica apariencia de la anarquía argentina, lo vemos en la importancia que dá i los factores psicológicos sobre los mesológicos en la génesis de la política caudillista. Vé el hombre, la acción del individuo y de las multitudes, sin descender à las causas que determinan su conducta. El sentimiento que mueve à las masns y consolida à los caudillos no es un móvil sociológico primitivo, es un epifenómeno social, el reflejo de ciertas condiciones de hecho sobre los cerebros, el indice revelador de ma ausencia de intereses materiales que le sirven de acicate y de brájula en la acción colectiva.

a-LA EVOLUCIÓN DEL CAUDILLISMO

La evolución social,—ya se la examine en conjunto ó en grupos de fenómenos especiales—realizase obedeciendo al determinismo de causas numerosas y complejus, siempre superiores al poder de las teorias y los principios abstracos, ajenas á la voluntad de los pueblos y de sus gobernantes; causas que no sabrian desviar aquellos deseos ó pasiones individuales que discordaran del curso espontámeo de los aconfecimientos.

Los pueblos no hacen su historia, como los hombres no deciden vivir según determinada biografía; mil circunstancias, ajenas á la conciencia individual y social, orientan el curso de la biografía ó de la historia. Pero así como de un hombre podemos saber su pasado, balancear su presente é inducir su porvenir (sin determinario ni influenciarlo por el simple hecho de inducirlo), puede pedirse á la sociología algúnas induciones políticas, ciertas en el conjunto y necesariamente inexactas en su detalle.

En «La Anarquia Argentina y el Caudillismo», despuén de examinar los origenes, el ambiente y los caracteres del sistema caudillista, Ayarragaray plantes dos cuestimos de particular interés para nuestra naciente sociología: la evolución del caudillismo y la formación de los partidos políticos.

«Se percibe claramente en nuestra historia política, este descenso evolutivo de la violencia caudillesca y anárquica, á medida que las tendencias impulsivas de la pasión sincera, de la idea énica, se transforman y multiplican bajo la presión dilusa de la cultura general, del acrecentamiento de las fuerzas económicas y del principiemo constitucional». «El caudillismo y in anarquia pasan de las formas violentas y musculares á las formas astutas é intelectuales». «La evolución es notoria y sus rasgos se acentúan á medida que la civilización avanza, atenuando los rudos contornos de las pasiones primitivas. Disminuida la impulsividad, se transforman los hábitos; dejan los candillos de ser agresivos y brutales, héroes de asonadas y montoneras, como cuadraba al estado de acción muscular, para maquinar sordamente con el fraude, la intriga menuda, la corrupción, el fulsenmiento de la ley, y acometer la usurpación, conservando las exterioridades legales, como cuadra á las formas

astatas de la criminalidad política, en el periodo caudillesco de la acción intelectuals. Esta evolución es el resultado de «hechos» que la hacen inevitable; y Ayarragaray repite acertadamente la frase de Saint Beuve: «hay una naturaleza de las cosas que ce impone á los hombres»; por eso el paladín impulsivo y francamente caballeresco iné el fruto de una edad subvertida y heróica, mientras el caudillo manso é intelectual es el exponente de una época de prosperidad y relativo orden.

Este concepto de Ayarragaray es verdadero en sus lineas generales, como lo es toda afirmación acerca de la variabilidad de cualquier fenómeno orgánico ó superorgánico. También es exacto que hay una naturaleza de las cosas que se impone à los hombres, y que esa evolución se opera «bajo la presión difusa de la cultura general, del acrecentamiento de las fuerzas económicas y del principismo nacional»... aunque en proporciones bastantes diversas, en mestro entender: pues mientras el desarrollo de las fuerzas económicas es un factor fundamentalísimo, nadie acertaría à definir el «principismo nacional» ni su influencia sobre las transformaciones históricas.

En vano buscamos en la obra de Avarragaray la clave sociológica de esta evolución del caudillismo. Todo sa libro resulta netamente descriptivo, escaso de interpretaciones. Describe los origenes del caudillismo presentando un buen cuadro de sus manifestaciones primeras, pero no indaga su génesis fundamental, oculta detrás de esas exterioridades; vemos la hora en el cuadrante, pero no el engranaje que pone en movimiento el minutero. Luego exibe los caracteres del ambiente anárquico, donde florece el candillismo, y los rasgos de paicologia política que caracterizan la época; muy bien descrito, igualmente, pero no interpretado. Como consecuencia de estas dos premisas, Ayarragaray enuncia los caracteres evolutivos del caudillismo, pero no explica con claridad la base sociológica de esa evolución. Y prescindimos, por ahora, de criticar el proposito politico, un tonto panfletario, que desluce todo el libro; no es posible confeccionar obras de ciencia ancial cuando la mano que escribe está inhibida por una pasión militante: y menos disculpable, en este caso, por tratarse de un partidario del más gennino representante del titujado «periodo candillesco de la

acción intelectual», el doctor Pellegrini. Procedamos con orden, para no incurrir en las mismas deficiencias criticadas, y consignemos has premisas fundamentales, expuestas en los títulos precedentes.

- 1.º La falta de unidad de intereses determina un estado de anarquía económica, que es la «substructura» del caudillismo político.
- 2." La «superestructura» política del ambiente anárquico es el caudillismo; cuando la acción de los grupos no es determinada por intereses colectivos, la influencia personal del caudillo es el único vinculo que solidariza la acción.
- 3.º El engranaje y subordinación reciproca de los caudillos constituye un sistema político especial: el caudillismo,

De estas premisas, anteriormente demostradas, inducimos dos consecuencias primordiales.

- a) La condición esencial del candillismo argentino es la unsencia de intereses económicos definidos, debida á la faita de producción organizada.
- b) Cuando la producción se organiza, definiéndose intereses económicos, el cuadiflismo tiende á ser sustituido por partidos políticos que encarnen esos intereses.

Estas nociones generales son silenciadas por Ayarragaray, aunque ya las intayô Sarmiento, con vaguedad an tanto nebalosa.

Podríamos, en suma, definir maestro concepto en cata fórmula; La evolución del sistema político caudilista es correlativa á la de todo el agregado social y está subordinada á las trasformaciones de la substructuras económica de la sociedad.

El caudittismo comienza à evolucionar à medida que la vida económica se organiza: et país se *civiliza*, para usar el exacto vocablo de Sarmiento.

Los intereses económicos se definen por la introducción de la agricultura y de la ganadería artilicial en reemplazo del pastoreo espontáneo, y por el desarrollo de las industrias, correspondiéndoles el desenvolvimiento del comercio. Estos fenómenos se producen (á igualdad de condiciones propias de la tierra) en aquellos centros urbanos, y sus inmediaciones, cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos; por eso, en cierto momento, Buenos Aires está en vias de

civilizarse, mientras el interior permanece en la barbarie feudal. Entonces comienza la evolución del caudifismo violento hacia el «manso é intelectual». La opinión de Ayarragaray está formulada sesenta años antes por Sarmiento en estas clarísimas palabras: «Facundo, provinciano, bárharo, valiente, audaz, fué reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serio él, por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo». (Introducción al «Facundo», 1345). Sarmiento no necesitó conecer a Roca para formular esa teor a y endosarle sus consecuencias.

Donde hay evolución económica-social el caudillismo se transforma. En cuanto se definen intereses los partidos políticos tienden à defenderlos, siguiendo à individuos que los representantes no à caudillos sin más representación que su prestigio personal.

Los caudillos de la anarquía argentina, hasta el año treinta son puros; Rozas es ya un caudillo evolucionado: representa los intereses de la clase conservadora (que se titula federal), contra la clase progresista, (que se titula unitaria). En este sentido, Rozas, á pesar de sus muchos errores iniustificables, encarna la constitución de la nacionalidad, es decir, la delineación más ó menos definida de intereses económicos en el país: podría celebrársele como al verdadero supresor de la anarquía. Con Rozas y su época comienza la vida política argentina, se organiza la sociedad, presa hasta entonces de agitaciones inorgânicas é indefinidas.

1

Donde persiste el emblente económico primitivo debe lógicamente persistir el caudillismo con sus caracteres iniciales; es el corolarlo de nuestra teoría. En ningún país americano persiste la anarquía económica, tal como la tuvimos nocotros de 1810 á 1830; por eso no encontramos en parte alguna el primitivo caudilloje violento é inorgánico, la montonera arrasadura, sin más fuerza de cohesión que el amor al caudillo.

En nigenos países existe la lucha, ya definida, entre la economia feudal y la economia burguesa, análoga à la de muestra gaerra civil, representando tendencias económicas semejantes à las de unitarios y federales; sin suponer por ésto que los hombres

de uno y otro bando, en conjunto, sean ahora, ni hayan sido nunca, meiores ó peores los unos que los otros. Y si Averradaray no estuviera preocupado en buscar caudillos entre los hombres políticos que no figuran en su santoral, habría podido observar la verdadera evolución del caudillismo en América. rastreando el clásico sistema caudillista, en formas va evolucionadas, en las guerras civiles que azotan el Uruquey. Y ta figara de Saravia le evocaria, por su prestigio individual v por su significación política, - no por sus dotes personales, diones de respeto y glabanza-das más descollantes siluetos del candillismo clásico, cuando un nombre reemplazaba un programa y un trapo blanco ó rojo era místico amuleto para morir en las cruzadas de nuestra caótica barbarie. Allí, como otrora entre nosotros, pagnan la capital y parte del litoral (agricultares, industriales y comerciantes) contra el interior (pastores y (eudatarios); y confiamos en el buen criterio de los lectores para que no se interprete en carácter absoluto y caquemático estas divisiones que- en materia de l'enómenos sociològicos-son siemore relativas y aproximadas.

Y si el ejemplo del Uruguay no bastara, por aisindo, tenemos la situación pelítica de Rio Grande do Sul, con el célebre Joao Francisco, aliado habitual de Saravia, como que representan la misma lucha del feudalismo contra la burguesia. Florencio Sanchez (I) ha podido estudiar al candillo en su propio feudo, con las costambres y el prestigio caudillosco de nuestros melores spécimens, surgiendo de su estudio esta forzosa conclusión: encarna la lucha de los intereses feudales contra la civilización burguesa.

La marquia y el candillismo surgen, pues, de ciertas condiciones del medio económico-social. Donde ellas existen (aparte circustancias especiales de modo y lagar) el candillismo es posible y represente el sistema político normal; canado ellas demparecen, el candillismo se atenúa progresivamente, suplantado por una política orientada según los diversos intereses que se definen en la constitución económica del agregado social.

⁽¹⁾ El caudittage en Sud América, en «Archivos de pelquiatria y criminología». Buenos Aires, Junio, 1905.

Señaladas las bases económicas de la evolución del caudilis, mo, entremos — con ánimo superior á todas las simpatías y odiosidades—al análisis de la evolución de nuestros partidos políticos, en sus relaciones con el sistema caudilista.

5.- EVOLUCIÓN DE LA POLÍTICA ARGENTINA

La característica de los «partidos argentinos» (nosotros diriamos «facciones» ó «bandos») durante la anarquia es la falta de rumbos fijos, de concepto político positivo. Este es uno de los puntos más claramente enunciados en la obra de Ayarragaray, concordando con todos nuestros historiadores y ensayistas de sociología. El cuadro está pincelado hermosamente, aunque á ratos se viola todo precepto cronólogico, entreverando el caudillismo anárquico del año 20 con las luchas civiles del 40 6 50, cuyos propósitos estuban ya definidos: en las condiciones de hecho más que en la conciencia misma de los caudillos.

Escuchemos à Ayurragaray, en algunos parrafos de sus paginas elecuentes.

«Si se Jucha es por la prepotencia de Sauvedra, de Alvear, de Artigas, de Dorrego, de Lavalle ó de Facundo; las tendencias son secundarias, y openas differen en la práctica; en todo caso el caudillo, una vez entronizado, dejará las divergencias de doctrina y los formularismos constitucionales, á los legistas y lachilleres del grupo, para que descansen de las fatigas del motio ó de las veladas del campamento, parairaseando en estatutos efimeros las lecturas fragmentarias y no siempre comprendidas de los filósofos europeos de la política... Bajo la advocación de estos conceptos abstractos se iba á la revolución, curo terrente devastador, una vez devuelto à su cauce, no dejaba en pos de sí, más que una simple subversión burocrática, sin cambio al progreso sensible de sistemas de gobierno. Las revoluciones audamericanas no son sino pronunciamientos, subversiones de grapos y de caudillos, sin orientaciones de ideales... Batir al adversario, derrocario, perseguirlo y conquistar el poder, eran actos de federalismo y unitarismo, según la clasificación del enemigo contra el cual se ejecutaban talca escandaios. Pero unos y otros eran incapaces para concebir los principios de su causa, sino à través de la adhesión personal del

caudillo... Ser unitario ó federal no implicaba una evolución en las actitudes mentales, ni en los hábitos que el determinismo histórico había impreso en el temperamento político argentino. Lo uno y lo otro no se traducian en sistemas netos y positivos de gobierno, y en general no pasaban de simples denuestos, que para lesionar su prestigio se lanzaban alternativamente las fracciones en lucha... En medio, pues, de la falta de verdaderas trascendentales disidencias de orden económico. político ó religioso, debido al «ausentismo» de intereses materiales y de fuerzas orgánicas sociales que pudieran promoverlos. las fracciones luchaban por el triunfo de sus caudillos y éstos. à su vez, por su preponderancia personal... Todos vivian en plena edad caballeresca y encaraban su misión con un sentimentalismo heroico. No inscribian en sas plataformas ninguna idea positiva de gobierno, ninguna tendencia econômica ni de politica orgánica y práctica... Y una vez triunfante, la idolatria de la fuerza no defarú caudillo de sable y penacho sin celebrarlo, como procer ó como mártir, y ostentarlo como troleo de raza. Esta exageración pueril de naestro espiritu fetiguista nos hará discernir palmas ann à comandantes secundarios à politiqueros subalternos ó mestizos, que por azar tavieron una acción efimera ò irregular en la anarquin argentina.

Junto con ese estado de cosas. Ayarragaray describe con acierto el estado de espíritus que necesariamente debió acompañarle. La hipérbole fué el rasgo fundamental de todo el lenguaje politico: A su impulso surgieron las organizaciones constitucionales. fastuosas y desmedidas fronte á la exiguidad de población é intereses reales llamudas à proteger. En el espíritu criollo todas las faces de nuestra vida social asumen proporciones hipertróficas, determinando el sentimiento excesivo de la futura grandeza del país junto con un concepto megalomaniaco de todos los hechos y teorias políticas; esta exageración suscitó un criterio de prosopopeya, que subvirtió el sentimiento político y crítico de todos los acontecimientos, de todas las empresas. Ese concepto heroico - ; heroicidad puramente verbal i - de la misión de los partidos y del poder, derivaciones del estado facciono y del jacobinismo criollo, produjo una política de legislación radical é instable. Ningun criterio real orientaba à los espíritu dirigentes. «Así sancionábanse las leyes con un criterio empirico, y á menudo inspirado en un concepto teórico, dentro de la lógica de doctrinas imperantes ó de especulaciones de autores en boga. Ninguna disciplina corrompió más profundamente nuestra intelectualidad rudimentaria, que la sabiduría ocasional». Y en nuestros antecedentes políticos ¿de qué sirven las buenas leyes si no corresponden à condiciones de hecho, à modalidades propias del ambiente, si no están en las costumbres nacionales? Vano orgullo es el que se funda en la obra literaria de nuestros textos legislativos, «instrumento inerte y frio de nuestras cláusulas legales, incapaces de tradacirse en hechos prácticos, con las disposiciones reales y vivas, incorporadas á la personalidad moral de los pueblos de cuyos nnales las copiamos».

Toda esa parte del libro es recomendable: la pintura del cuadro es precisa y nos lega la más exacta impresión de conjunto que existe en nuestra literatura histórica acerca del desorden político y la subversión total de los espíritus durante la anarquia argentina.

Pero, á partir de ese punto, no conseguintos retemar el bilo en todo el resto del capitalo. Repitense, muchas veces, los conceptos apuntados, siempre con el mismo descuido cronológico. La génesía de los partidos políticos argentinos no está explicada bajo ningun aspecto fundamental; sólo vemos maniobrar, en tornadizas marchas y conframarchas, esos mismos rasgos de psicología política, — individual y colectiva, — que para el sociólogo son exponentes y no causas de un estado social.

El mero valor secundarlo de los principios, las ideas, las opiniones de una época — es decir de su «estado psicológico» — no lo discierne Ayarragarsy, à juzgar por la importancia que le atribuye, analizàndolo detenidamente; más profunda torea nos parcee la de evidenciar de qué manera ese «estado psicológico» dependia de las condiciones materiales de la vida en ese momento histórico. Podría, con justicia, recordarse aquí las palabras de Fustel de Coulanges: «No es que las ideas de libertad y de derecho racional huyan pertenecido à esa época y hayan sugerido los medios más dulces de gobierno; nuestros estudios nos revelarán cuan poca acción han tenido las ideas y las teorias,

en todos los tiempos, para el mejoramiento de la existencia humana (1).

El hombre no es sano y fuerte porque tiene hienes ideas, ni presenta un físico degenerado perque es débil mental; la inversión de causa á efecto es evidente en esos casos. Sin embargo, en el orden sociológico, suele cometerse la inversión sin reparar en su absurdo; se estudian les «ideas» de un pueblo, los «principios» de un pertido, el «estado psicológico» de una época, como si fueran factores primordiales de la evelución sociel, mientras que en rigor son la simple «experestructura» de las condiciones de la vida material, el simple expenente de un memento histórico y no la causa de fenómenos sociológicos profundos y complejos.

¿Y qué decir de esta pretendida filiación de los partidos caudillistas, destinada à rematar en una alación partidaria: encarnar, actualmente, el caudillate en Roca? ¿Como asentar categra de sociología sobre la insegura terima de les pesiones políticas militantes? No es ciencia la que reepta los impulsos del sentimiento; la critica histórica se propone establecer una verdad. pero nunca traducir una antiput a. Roca no puede ser el propòsito de un libro sociológico sobre el caudillismo político; tal verro sólo se explica por ausencia de un concepto claro de las bases del sistema caudillista y de la psicologia misma del caudillo; muerto Alem, su ejemplar característico y más evolucionado es Pellegrini. Por eso en Alem y Pellegrini, sunone personalmente rivales, encontramos el mismo poder de fascinación sobre su entourage, la misma quapeza que tunto satisface à nuestro culto del valor personal, la miema acción impetuosa, la misma reacción intempestiva, la elocaencia sugerente, el gesto intenso, la expansividad mel inhibida. Son los prototipos de «meneurs en la política argentina de los últimos veinte años.

Arrastrados por Ayarragay, salimos de la cuestión sociológica, — el caudillismo y los partidos políticos, — para deflorar la valcología personal de los caudillos contemporáneos; y ese problema no debe ocuparnos en este ensayo crítico.

⁽¹⁾ Histoire des institutions politiques de l'ancienne Frances. Vol. I. («La Gaute romaine»), pag. 200.

La evolución de nuestra política demuestra una tendencia neta á la atenuación del caudillismo (sistema caracterizado por el predominio personal del caudillo) y hacia la organización gradual de verdaderos partidos (caracterizados por el predominio de intereses reales, principalmente económicos).

1.º Durante el primer cuarto del siglo XIX, mientros no está definida ni diferenciada la organización económica del país, cuando aun no se especifican los intereses, el ambiente político es amorfo; á la anarquía económica corresponde la unarquía política. Su expresión como sistema de gotierno es el caudillismo inorgánico, bien descrito por Ayarragaray, y cuyos tipos clásicos serían Facundo ó Artigas. Durante este período no existen partidos políticos sino agregados personalistas: la facción urbana y la montonera rural.

2.º En breve comienzan à diferenciarse intereses en el pais. El interior permanece entregado al pastoreo natural, «en pleno régimen feudal» (Sarmiento), sin producción organizada; en la capital é inmediaciones, y en la zona litoral (topográfica y geográficamente favorecidas), se organiza la producción en su triple aspecto de agricultura, ganadería é ladustrias, determinando un aumento de los intereses comerciales. Esos dos grupos de intereses, francamente antagonistas, determinan la lucha civil, inconscientemente disfrazada por las absurdas denominaciones de «unitarismo» y «federalismo». Los partidos políticos representan dos tendencias de la naciente burguesia criolla; el proletariado rural, ignorante en grado aumo, apoya á la tendencia más atrasada. Siendo más numerosos é importantes los intereses de la «barbarie» que los de la «civilización», para usar los términos Sarmiento, aquéllos predominan durante ei cuarto del siglo XIX. Su expresión como sistema de gobierno es el caudillismo organizado, que implica ya una fundamental evolución sociológica en el país. Serían exponentes de este periodo político Rozas ó Urquiza.

3.0 Durante el período siguiente el país se organiza de una manera estable; la burguesía naciente se constituye y define sus intereses. Los partidos políticos siguen traduciendo has dos tendencias del período anterior, pero muy evolucionadas ambas, muy «civilizadas». Los períodos de Mitre, Sarmiento y Aveila-

neda, representan una etopa de transición entre el régimen feudal y el régimen capitalista. El caudillismo persiste aún. En las provincios atrasadas es un fenómeno político normal; en los centros urbanos es anacrónico, acomodado al carácter y las pasiones de la masa inculta, más bien que á la natural evolución de la sociabilidad. El tipo deseollante de caudillo urbanizado fué, en ese período. Alsina, ya muy distinto, por cierto, de los caudillos de la anarquia.

4.º En el último cuarto del siglo pasado se produce en una parte del país la evolución bacia el capitalismo; surgen las industrias, se acrecienta el comercio, la actividad económica se nivela à la de los pueblos europeos más evolucionados. Al mismotiempo el resto del país tiende à transformar definitivamente su régimen feudal en un sistema de producción industrializado. rcemplazando el pastoreo natural por la agricultura y la ganaderia, Los interesos del país acentúan su escisión en rurales y capitalistas: los rurales predominan en todo momento, por ser mucho mayores: la agricultura y la ganadería cimentan la riqueza y el engrandecimiento del país. Roca, de una à otra presidencia, rerepresenta los intereses del moderno régimen de la producción rural, va evolucionado, encarnando la politica del interior, por algunos Hamados provincianista; Pellegrini podría representar la embrionaria tendencia al capitalismo, propia de los centros industriales, cuyos intereses son menos importantes que los agrarios en la economía del país. En el estado actual de la evolución económica, lógico es que el gobierno represente la gran masa de la producción nacional, puramente agropecaaria; la política propicia á los intereses netamente capitalistas ha sido y sería una política de especulación, pues en definitiva la base de la riqueza nacional está en la producción agricola y ganadera.

En ese período el sistema político va dejando de ser candillista, en el sentido verdadoro; sin embargo, los partidos son todavía empíricos. La representación política de los intereses diferenciados no es muy clara: acaso pueda ésto atribuirse á la producción abundante, á la riqueza excesiva, que embota la lucha entre los diversos intereses heterogêneos y atenúa los conflictos económico-políticos. El caudillismo ya no resulta de las condiciones del medio; no hay anabiente caudillista. Sólo hay caudillos por temperamento personal, siendo sus tipos más caracterizados Alem y Pellegrini.

5.º La política contemporánea es un producto de evolución de la política condillista; aunque ya hay intereses sociales diferenciados, los partidos actuales no representan claramente esos intereses. Flemos llegado, sin embargo, al periodo que prepara una caracterización más neta de los partidos políticos, debido al desarrollo enorme de la burguesía rural y al incremento del sistema de producción capitalista; además, ellos determinan la aparición de un proletariado con intereses propios, destinados à diferenciarse cada vez más, á medida que el país se civilice.

Podrá creerse que teorizamos demasiado, pretendiendo simplificar en claros esquemas sociológicos los problemas políticos, que suelen ser obscuros y complejos. Pero sirvanos de ejemplo la política australiana, por cierto más evolucionada que la nuestra. Las últimas elecciones generales (Diciembre 1903) fraccionaron la cámara de diputados en tres partidos numéricamente iguales: los socialistas (cuyo jefe, Watson, organizó en abril ppdo, el único ministerio socialista habido hasta ahora, fracasando en menos de tres meses), los libre-cambistas (actualmente en el poder, dirigidos por Reid, se titulan conservadores ó moderados), y los proteccionistas (se califican de liberales ó radicales, á cuyo frente está Deakin, anteceser de Watson). Esa es política científica, política de intereses bien definidos.

Por otra parte, si case discurrir de sociología aplicada á la política, se convendrá en que toda sociedad capitalista vive solicitada por fuerzas semejantes; donde ellas no existen, netamente definidas, puede inducirse que la evolución económica es incompleta. Cuando la República Argentina esté plenamente civilizada (dentro del periodo económico capitalista) su política parlamentaria traducirá dos tendencias fundamentales: conservadora y progresista, coadyuvadas por fracciones radicales y extremas, en ambos sentidos. Esa es la ley general de la política moderna en los países económicamente más evolucionados. A. Coste, en su acertada interpretación socioló-

gica del sistema parlamentario, (I) distingue cuatro grapos fundamentales. Dos partidos de gobierno: los conservadores (los tories, según la expresión británica) y los progresistas (los vehigs); coexisten con esos partidos básicos dos grupos de partidos extremos: los retrógados, que sueñan alguna restauración monárquica ó religiosa (inconcebible en la actual política argentina), y los impacientes, radicules y socialistas, de todo corte, que no retroceden ente la eventualidad de una crisis revolucionaria para apresurar la realización de sus ideas y suplir por la fuerza el número que les falta.- Esos cuatro partidos pueden subdividirse, naturalmente, en grupos más o menos numerosos, pudiendo combinarse en coaliciones pasageras, que crean situaciones muy delicadas. Pero en el funcionamiento perfementario más regular, tal como lo observamos en Inglaterra y Bélgica, los dos grandes partidos de gobierno, reforzados por sus acólitos extremos, se turban ordinariamente en el poder, templándose á su vez en la oposición y renovendo su programa. Entonces no es raro ver á los conservadores, llegados al poder, apropiarse de los proyectos de los progresistas, y que á éstos costaron al poder, realizando con más acierto v moderación las ideas que precedentemente habían combatido. Así, por elemplo, uno de los más grandes reformadores ingleses, Roberto Peel, iné un conservador que adopto parcelariamente las ideas del partido progresista.

¿Serán análogas las tendencias que balanceen muestra político venidera, cuendo la evolución destierre los últimos rastros del caudillismo, cuendo se cierre el libro de los manipuleos empiricos, enseñándonos á saber cómo vamos, donde vamos y porqué vamos?

Todos las previsiones sociógicas autorizan à creerio así. Lo inseguro es saber si transcurrirá una década ó medio siglo antes de que se definan los rumbos precisos de nuestro problema político, según ese ú otro criterio científico.

Y vano sería intentar apresurarlo; el ejemplo de Rivadavia puede eleccionar á los políticos sencillos y á los reformadores

 [«]L'experience despeuples et les previsions qu'elle autorise», pág. 512, Paris, 1904.

ingenuos. Los hombres de ciencia saben cuán ilusoria es la pretensión de apresurar ó retardar, en un sólo minuto, la evolución sociológica de los pueblos. Las convicciones deterministas diluyen los más generosos deseos políticos y sociales.

Solo es posible presumir la evolución y adaptarse á ella. Es tan abaurda la químera de impedirla como el deseo de precipitaria.

(1904).

IV:—FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO CRÍTICO SOBRE «NUESTRA AMÉRICA» (1).

1.--CRITERIOS DE LA CRÍTICA SOCIOLÓGICA

Toda vez que la critica sociológica escruta el pensamiento de nuestra producción en el orden de las ciencias sociales, diríase que la evolución histórica de los pueblos hispano-americanos encierra insondables enigmas, como no los tuvieron pueblos de más complejo desenvolvimiento, cuyo ritmo evolutivo no oculta su engranaje á la indagación perspicaz de la moderna filosofía de la historia, la sociologia.

Hemos hojeado tantas veces las «historias»— como se llama á estas enumeraciones cronológicas de acontecimientos— de nuestros narradores más ó menos bien informados é imparcintes, sin que nos sorprendiera un resplandor sintético ni asomara una interpretación elentifica de nuestra evolución. En sama son empíricos, perdidos en el complejo engranaje de fenómenos cuyo determinismo no parece preocuparlos. Bunge denuncia este mismo hecho: «Excepto unos pocos autores muy señalados, solo se escriben cronicones que pasan por historia y paisases que se pretenden sociología»; veremos si él ha sabido hacer excepción.

Sociólogo cerdadero, por intuición más que por sistema, es Sarmiento, con su Conflicto y armonias y su Facundo, ambos del

⁽i) Publicado en 1903, en la «Revista de Derecho, Historia y Letras».

mejor corte sociológico, obras de precursor genial. No en vano fué Sarmiento el único hombre de genio florecido en tierra americana cuando aún no habia brillado en su plenitud el moderno espíritu científico; y volcando en odres nuevos su vino viejo, vémosle en Conflicto, pretendiendo ser spenceriano, intentando por vez primera introducir criterios científicos en el estudio de nuestra evolución histórica.

Un estudio de sociologia argentina puede ser general à particular. Si es general cabe exigirle una interpretación sintética del origen, evolución pasuda y tendencias evolutivas venideras de la sociedad argentina; debe abarcar las diversas instituciones que constituyen la superestructura de muestro organismo social é indagar si evolucionan todas sobre la base de alguna predominante. Con ese criterio hizo Sarmiento su Conflicto p armonias de las razas en América, feliz intulción del criterio y el método sociológico contemporáneo.

Si es particular se reducirá à estudiar la evolución de una de las instituciones, aisladamente, à través de toda nuestra historia ó de alguno de sus per odos; ó bien tomará un «momento histórico» para indagar sus causas determinantes, sus manifestaciones y sus consecuencias. En este orden será siempre un ejemplo óptimo el Facundo.

Ambos tipos de estudios sociológicos—general y particular pueden estar tarados por el error, la parcialidad ó ser unitaterales; lo indispensable es que posean un criterio de interpretación; una visión sintética. Un estudio de sociolog a puede no ser exacto, pero una crónica desarrollada à través de impresiones subjetigas no puede ser, de ninguna manera, un libro de sociología.

Hemos bregado por ello desde que nos inmiscuimos en estas cuestiones. Sin esqueleto curitmico no puede existir buen enerpo. En el organismo humano, según enseñan los tratados de anetom a nrtistica, lo primordial para la belleza es el esqueleto; apliquese tal verdad á todo estudio del organismo social: la obra requiere buen armazón para ser eficiente. Nuestros escritores de historias tavieron teido adiposo, piel satinada algunos, tal otro buena musculatura, mas carecieron todos de esqueleto; encorvárouse halo in gravitación del dato y de la fecha, privados de un sostén fundamental.

No los penetró, siguiera, la sintesis evolucionista de Spencer en sus aplicaciones à los senómenos sociales. No basta—conste—haber seido à Spencer, ni bastaria citarlo con frecuencia; es necesario haber asimilado el «criterio evolucionista», posecrio como una modalidad del espíritu, como orientación mental permanente. Es lógico suponer que no poseyeron interpretaciones sintéticas especiales de un evolucionismo sociotógico que desconocieron.

Obsérvese que, como lo advierte Worms en uno de sus batances de la sociología contemporárma, desde la constitución de las ciencias sociales se presintió la existencia de una correlación íntima entre los diversos órdenes de lenómenos sociológicos. Numerosos investigadores intentaron unificarlos, conprendiendo la preponderancia fandamental de alguno entre ellos, que obraría como propulsor y guía de la evolución compleja del agregado social. Muchos sociólogos han extremado el concepto, atribuyendo á tal ó cual orden de fenómenos una importancia exclusiva; empero, aun los menos partidarios de la cristulización en sistemas exclusivistas, se ven forzados á reconocer que la interpretación sintética de la evolución de un agregado social conduce á determiner un orden de hechos predeminante: el organismo reclamo su columna vertebral.

Podría, en suma, considerarse verdaderamente sociológica toda obra inspirada en un criterio sintético y coordinada según el método científico. La sintesia interpretativa fué siempre el objeto de la antigua filosofía de la historia, precursora de la sociología.

En los modernos ensayos sociológicos se definen las tendencias más diversas, subordinando toda la evolución del agregado social à la de uno de sus factores principales. Pero de todo ese conjunto de doctrinas y criterios despréndese una inclinación general à eindir las interpretaciones subjetivas, dando importancia à la base mesológica, tendencia que también se delinea claramente en los tratajos históricos y en el criticismo de Trine y de Renán.

Los ensayos de reconstrucción histórica en llispano-américa carecieronde una iden-base, de un criterio interpretativo cualquiera indispensable para imprimirles verdadero carácter sociológico. ¿Es posible una interpretación sintética de nuestra evolución histórica?

Ninguna reticencia inhibe nuestra respuesta alirmativa. Una sintesis sociológica—después se descutirá si es exacta, probable, errónea ó inveros mil; clara ó abstrusa; completa ó unilateral—de la evolución histórica hispano-americana es posible. En áltima instancia solo se trata de poseer un criterio unitario, como lo poseyó Sarmiento al escribir las dos obras citadas.

Consideramos exacto el criterio llamado por Loria «economismo histórico» y hemos ensayado su aplicación à la historia sudamericana en general y porticularmente à la orgentina.

La base de la escuela sociológica cuyas doctrinas compartinios puede resumirse en poers palabras; el advenimiento y las transformaciones de los fenómenos económicos constituyen el principal elemento propulsor y directivo de la evolución de los agregados sociales, determinando los caracteres generales de las diversas instituciones—políticas, religiosas, morales, intelectuales, etc.— que constituyen la superestructura de la constitución social.

Esta interpretación sociológica de la historia — enyo génesis hace remontar Piechanow hasta Hotbach y Hefvetias — tuvo asidero en las concepciones, cain vez mejor orientadas, de Guizot, Quetelet, Thomson, Bagehot, Morgan, Rogers; llegó à esbozarse en Stein, alcanando uma expresión concreta en los escritos de Marx y Engels, recientemente ilastrados por las criticas de Sorel y Kantsky, y metodizados en tres ensayos aistemáticos de Labriola. Mas correspondió à Aquiles Loria, ya eminente por su laurenda obra Analisi della Proprietà Capitalista, dar cuerpo à la doctrina, elevándola à la dignidad de sistema multurio y sintético en Le Basi economiche della Costituzione sociale. No es ésta la oportanidad para insistir sobre las doctrinas del «economismo histórico», como Loria lo llama, ni sobre su invasora difusión en la sociologia contemporánea; (1) las reclentes

⁽¹⁾ Buste citar este parrafo de Loria: «E attorno à codesto indifizzo scientifico si è ragorupata negli ultimi anni una numerosa coorte di filosofi, di storici, di sociologi, i quali ripetono con infinite variazioni e commentano in mille chiose le derivazioni delle istituzioni sociali e politiche dai rapporti economici,

discusiones en la Sociedad de Sociología de París (!) y en el cuarto congreso del Instituto Internacional de Sociología, celebrado en la Sorbona en Septiembre de 1900, (2) diéronle la más completa consagración en el mundo científico.

Como ejemplo del valor practico de este muevo criterio general para interpretar los fenómenos históricos particulares, bastará citar, además de las tres monografías clásicas de Marx, la clara interpretación que acaba de dar Guillermo Ferrero de la historia de Roma, en dos tomos recientísimos, publicados en Italia, donde ha poco descifró Cicotti, con análogo criterio, iso causas que hicieron declinar la esclavitad en el mundo antiguo.

En varios articulos expositivos ó críticos hemos indiendo la

Nella Germania si addicono più o meno apertamente a tale indirizzo storico il Kiesselbach, lo Scheel, il Dietzel, il Weisengrün, il Gumplowics, mentre il Lamprecht lo assume a criterio direttivo nei primi volumi della sua Storia tedesca. Nell'Inghilterra la tesi economica é affermata dal sociologo conservatore Mallock, mentre agli Stati Uniti essa giovasi delle numerose e interessanti ampliazioni del Brock Adams, e ravvolorasi, per la incondizionata adesione dell' autorevole economista E. R. Setigman, In Francia il De Molinari, a furia di goffe esagerazioni, riesce a dare nulla più che una caricatura grottesca di quella tesi fondamentale: ma il Fustel de Coulanges, tracciando le origini del regime feudale, afferma che gli interessi materiali sono la base della storia. Nel Belgio il De Greef chiarisce egregiamente la preminenza del fatto economico su tutti i fatti sociali; e in Italia cotesta preminenza, enunciata coraggiosamente dal Puviani, affermata dal De Johannis e dal Vidari, è chiarita dal Mellasi, arricchita per opera del Labriola, dell'Asturaro, del Ferri, del Groppali, del Contento, e da altri molti di amplissimi commentari, e dottamente illustrata dal Cicotti, dal Salvemini e dal Arias con larghe e profonde ricerche sulle istituzioni políche dell'antica Grecia e della repubblica fiorentina. Finalmente nella Russia il Plechanow e lo Struve, nella Polonia il Kellez-Krauz, neli'Argentina l'Ingegnieros si fanno dotti campioni della mova dottrina, la quale vedesi per tal guisa salutata dall'unanime suffragio della giovine scienza nell'intero mondo civile».--Le Basi economiche della Costituzione Sociale, pug. 452,

⁽¹⁾ Revue Internationale de Sociologie, números 5, 8 y 7 de 1900.

⁽²⁾ Annales de l' Institut de Sociologie, tomo 8.

necesidad de aplicar ese criterio à la interpretación de nuestra historia; hícimos más: ensayamos dar las líneas generales de las bases económicas de nuestra evolución sociológica. En trabajos breves encaramos la evolución de la barbarie precolombiana al capitalismo contemporáneo, según el «economismo histórico», desarrollando el mismo criterio en otras publicaciones y estudios críticos. Posteriormente (marzo 1903), desarrollamos esas ideas en un trabajo sintético que aún espera nuestra propia ratificación critica para ser publicado; aparte de requirir nuevos estudios y ampliaciones. Es conocido por extractos, (1)

Citamos estos ensayos propios á fin de evidenciar que nos anima en la crítica un propósito sociológico ha fleimpo definido y no un improvisado «dilettantismo»; nuestra crítica tiende à cimentar ideas de que somos partidarlos decididos. Al exigir en la obra ajena, que pretende ser histórica y sociológica, cualidades que consideramos le son inherentes, estamos dentro de consideraciones ya viejas en nuestra mentalidad; al afirmar que no tenemos sociólogos, juzgamos con criterio definido.

Una viva simpatía nos inclina hacia este libro de Bunge, que es toda una obra de valiente y sincera disección de muestro corrupto ambiente político, y, en el concepto del autor, un enquiridión de propaganda social. Sin embargo, no podemos afirmar que Nuestra América es un libro genuinamente «sociológico»; encarado desde los diversos puntos de vista posibles en ta materia, encuentraselo deficiente. Como simple sociología descriptiva no es una coordinación de fenómenos descritos en series alstemáticas, exponiendo sus influencias reciprocas; tiene lagunas é intenta interpretaciores sintéticas que conceptuamos erróneas. No

⁽¹⁾ El Economismo histórico y la evolución sociológica americama, anunciado como sigue por Aquiles Loria á quien lo comunicamos: «Al congresso scientífico latino-americano, tenutosi á Montevideo nel Marzo 1901, il dottore ingegaleros, giá ben noto per importanti lavori sull'argomento, presento una dotta relazione in difesa dell' «economismo storico» che venne unanimemente proposto ad oggetto di studio di un prossimo Congresso».—Le Basi economiche della Costituzione sociale, pág. 452.

es un libro de crítica sociológica, pues en él no se tamizan interpretaciones de nuestra evolución histórica, ni puede serlo, pues no las hay. Como sociologia psicológica encuéntranse observaciones interesantes en el «libro primero», aunque menos exactas que interesantes; aparte de que su génesis está erroneamente interpretada. Obsérvase el propósito claro de dar una base étnica á los caracteres psicológicos, coincidiendo en ésto con Sarmiento; pero se atribuye á la influencia de raza un valor cardinal y excluyente, sin reparar en que las condiciones del doble amblente natural y económico influyen en la determinación de la psicologia de las razas. En fin, no es, ni pretende ser, una obra de interpretación sintética, sociologia histórica ó filosofía de la historia; es decir: no es una sociologia de los pueblos hispano-americanos.

Como no criticamos por prarito de poner en punto de solfa ni para abundar raidosos aplausos de zarabandista, hemos querido exponer previamente el criterio que guía estas notas de critica sociológica. Pasamos ahora al estudio de las ideas cardinales de Nuestra América, tomadas en sus grandes líneas, para señalar las facetas brillantes que presenta en su complejo poliedro, sin ocultar las mates y opacas,

Sea la crítica honesta, leal; así la hacemos y la esperamos. Sia que la palabra traicione al espíritu.

2. -- LA PSICOLOGIA DE LOS HISPANO-AMERICANOS

Interesante en muchas de sus páginas, el «libro primero» de Nuestra América merece análisis detenido; lieno está de observaciones originales y á menudo perpicaces. En ellas determinanse las características psicológicas de los hispano-americanos y se indagan sus causas.

Bien se orienta Bunge al inquirir la determinación de nuestro carácter presente, remontando el estudio á las raices étnicas que dieron su savia psicológica á nuestro organismo social. Sociólogos hay que imputan á la raza, exclusivamente, el desarrollo de las naciones; son los menos. Los más concédente influencia inicial — modificable por el ambiente — en la formación del «carácter nacional», llamando así á la resultante de los caracteres

psicológicos más difundidos é intensificados en el mayor número de componentes de un agregado social.

Sarmiento — en Conflicto y armonias de las razas en América — encaró con altísima intuición sociológica este problema; en las conclusiones enseño que la colonización española se distingue «en que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse à América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil» (tomo II, pág. 415). En su carta á Mr. Noa (tomo I, pág. 355 y siguientes), pone de relleve la infuencia que tuvo la incorporación de los indigenas à la vida nacional. Y en toda la obra esas ideas encuentran desarrollo profundo, dándoseles cardinal importancia.

Bunge sigue rumbos semejantes, aunque fácilmente se adivina que no ha leido Conflicto, de Sarmiento. En nuestra población hispano-americana reconoce la resultante de tres grupos étnicos. confundidos en estrecha amalgama, aportando cada uno las caracteristicas psicológicas que le son propias; pone en segundo término los otros factores étnicos que accidentalmente convergieron à su constitución. Mientras los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología ni conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron con mujeres indígenas, combinando sus taras psicológicas con las de la raza inferior conquistada; en la colonización de ambas Américas esa sería la diferencia fundamental. Los yanguis son europeos puros; los hispano-americanos están mestizados con indígenas y africanos, guardando la apariencia de europeos por simple preponderancia de la raza más fuerte. En nuestra resulfante psicológica colectiva, en nuestro carácter nacional, Bunde restrea los caracteres propios de las razas componentes: la psicologia del pueblo español en el tiempo de la conquista, la del indigena americano y la del esclavo africano; concuerda plenamente con las ideas de Sarmiento, compartidas también por alonnos escritores secundarios.

Generalmente Bunge observa y describe bien. Por desgracia atribuye importancia exclusiva à caracteres psicológicos que, aún siendo exactos, son secundarios en la evolución social de los pueblos, pues están subordinados à la influencia de otra clase de factores. Además no consideramos satisfactoria su interpre-

tación genética, ni razonable la terapéutica social propuesta.

Antes de comentarle conozcámosle, dando un extracto de sus ideas, tan claro y sistemático como puede merecerio un ensayo que, si peca, es por demasiado esquematismo y por tendencia á

á la símplificación.

. * .

Bunge señala cuatro caracteres fundamentales en el alcia española. El Decorum, gravedad formulista, explicable por antecedentes romanos; la uniformidad en ideas, en septimientos, en costumbres y hasta en trajes, emergida de las imposiciones de la inquisisición, prohibitivas del libre examen y enemigas de la originalidad individual; la arrogancia, que aún siendo originariamente bárbars, es una mezcla de orgullo germánico, gracejo árabe y verbosidad latina; la indolencia, de origen latino, atendido que la ético greco-latina consideraba el trabajo manual indigno del ciudadano libre. -- Fenómeno curioso es, sin duda, la discordancia de los diversos rasgos típicos del alma española. Bunge ríe de un allenista que ha creido encontrar en cada español un loco incipiente; pero olvida explicar esas discordancias del carácter que, según la teoría que aplica á los hispanos-americanos, debieron resultar de la compleifsima prosmicuación étnica que caracteriza al pueblo español, hecho señalado por Sergi en un trabajo reciente y ya intuido por Sarmiento,

Señala en los indigenas tres rasgos principales, propios tambien de los pueblos asiáticos; afinidad comprobatoria de la hipótesis que hace inmigrar del Asia oriental los primeros pobladores de América. Esos caracteres son la resignación, la pasividad y la venganza, atributos de pueblos enennallados por una opresión secular, persistentes después de la presenta inmigración al continente americano, característicos de la mentalidad de nuestrus razas indigenas. Esta observación es exacta y confirma otra de Sarmiento, que la cimentaba á su vez en opiniones análogas de Prescott, Wilson, Ullos y Depons.

Su psicología de los descendientes de africanas, importados en calidad de esclavos, es una página muy interesante; Bunge haría un buen boceto de psisología colectiva si reuniese, coordinándolas, sus felices observaciones acerca de la «psicología de los

mulatos». Sormiento caracterizó à la raza negra y su descendencia liamundola, servil y trepadora, (pág. 72 y sigulentes). Bungo la fipifica por tres rasgos. Tiene - dice - el servilismo de esclavos, propio de tribus fetichistas dirigidas por sanguinarios reyezuelos; son mateables, rápidos como gente de los trópicos; su aspirabilidad, dominada durante tantas edades, despierta con un hambre de siglos; à este fenómeno, típico en los mulates (africanos que han reforzado su sangre con elementos europeos). Hámaio Bunge: hincrestesia de la asnirabilidad. Se enam**oran** de la «diffina palabra» de los blancos y se hacen secuaces ardientes. con ardor tropical, tórrido. Fáltales, empero, el sentido moral cristiano, saptitud que los europeos heredan á través de veinte siclos de ascendencia y que no es posible improvisar en conciencias mestizas y malatas. Dondo mayormente se revelan éstas es, por desergoia, en la fatta de probidad; de abí los gobernantes de sangre y de rapiña». Parécenos excesiva esta execración de los mulatos y encontramos tan exagerada su influencia nefasta como sus malas cualidades psicológicas. Bunge resbala insensiblemente à affirmaciones paradòvicas como la siguiente: Rivadavia, inteligente y bien intencionado, no pudo ser probo; por atuvismo: Rozas, en cambio, á pesar de sas excesos inauditos, lo fué; por atavismo, «El uno era un blanco malo; el otro un mulato buenos. Hay exageración en estos irrevocables determinismos étnicos.

«Y sobre to los los rasgos communes del carácter de los hispano-americanos destacânse tres fundamentales que lo tiplican, que sostienen como inconmovibles colambas el «genio de la raza»: la Peneza, la Tristicza y la Arnogaveta».

La intolencia de los españoles,—arguye Bunge,—siendo una de sus más clásicas prerrogativas, combinôse con la incuria nativa de los indígenas y con la apat a de los esclavos negros: de alli nació la «pereza criolla». Tiene ésta caracteres propios; es ilsica y psíquica, implicando una falla de actividad mientras que la curopea es un derroche de actividad en cosas ociosas. Revista dos formas; la absoluta: inacción total, y la relativa: falla de disciplina, de método y de higiene en el trabalo. No se limita á una forma de actividad sociai; afecta á todas, es universal. Esta universalidad la hace mostrarse bajo diversos aspectos

siendo característica la mentira eriolla. Dos elementos la caracterizan: la exageración mórbida y la falta de precisión. «Es un continuo engaño de acomodamiento á una inacción instintiva; el dejar-hacer transformado en dejar-fingir; un amable sistema de distrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo. O sea, una fase ideológica y general del mal de raza; la pereza». La mentira europea, en cambio, sería un estimulo permanente á la acción, un enultecimiento del ideal realizable.

Para Bunge son típicos dos neologismos argentinos y sus derivados: atorrar y macanear. Atorrar es el movimiento de la pereza criolla; macanear, la palabra de la pereza criolla. «Atorrar» significa vagar y descanser sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino buscando el placer del movimiento y la quietad al ecaso; «macanear» equivale á disertar, mintiendo á la criolla, es decir, tartarineando y equivocándose en el clásico poco-más-ó-menos á un mismo tiempo. Los vocablos vegar y divagar no corresponden á caos dos conceptos de cepa genuínamente local.

Los primitivos pobladores de Sud América tenían por resgo común la tristeza. La raza conquistadora no es alegre. Solo el mulataje aporta elementos expansivos à la psicolog a de los hispano-americanos; mientras el indigena agonizada en las pampas y el blanco gemía bajo el yugo de Rozas, el mulato bailaba su tango, à son de candombe, en los arrabales de Buenos Aires; aqui también confirma Bunge la opinión de Sarmiento, para quien el negro era entusiasta y divertido de raza.

«El pueblo argentino no sabe reir», es la conclusión. El arte popular se condensa en músicas de singular melancolía; algunas se llaman «tristes». El gaucho tiene la tristeza de una civilización que languidece y se extingue. El mal pasa del campo à la ciudad. En las clases bajas urbanes y en las dirigentes nótase la misma falta de alegría. Los jóvenes parecen viejos gastados: no cantan, no beben, no rien. Las llamadas «fiestas sociales» son simples ferlas ó exposiciones del lujo burgués, cuando no redes que las mujeres tienden para atrapar al hombre en las mallas del matrimonio.

La arrogancia es española por excelencia, domina en toda la literatura castellana, á punto de haber desterrado su sentimiento

de contraste: la delicadeza. Por eso los españoles carecen del matiz, del semitono, de la nuance; esta ausencia, según Bungo, se refleia en su idioma. Cervantes termina el Ouijote lo mismo one Hernández el Martin Fierro: rompiendo el uno la péfiola v el otro la guitarra para que nadie, después de ellos, se atreva á «tocarlas». En las costumbres americanas la arrogancia asume dos formas características: la rura), sintetizada en el «culto del coraje», y la urbana, encarnada en el «respeto por la potencia sexual». Esas facetas del carácter criollo constituyen el reverso del carácter europeo, cuyas tres condiciones ideales serían: difigencia, alegría y democyacia. La cualidad madre del carácter europeo ideal es la diligencia: del criotto es la pereza. «El trabaio es el progreso; la pereza, la decadencia»... Si entre ambos no hay oposición, hay por lo menos diversidad. La pereza v la arrogancia no se contradicen: «la arrogancia es el orgallo de la pereza», como la tristeza, por su parte, nace de la inacción.

La combinación de esos tres elementos hispano-indigeno-africanos es designal en los diversos pueblos de Sud América, proviniendo de ello, y de la diversidad del ambiente, las diferencias de matiz que se observan en la psicología regional de cada uno.

Todos los progresos y todas los decadencias pueden, en suma, reducirse á la muyor ó menor actividad de los pueblos. En Sud América todo es pereza, todo es decadencia. La pereza dorada «trae la fulta de imaginación en las clases dirigentes, del poder y la fortuna; he ahi un principal enemigo del progreso». Además la pereza criolla, así como anula el trabajo práctico uniquila la labor del pensamiento, en las artes y las letras, circundando sus mejores productos de invadeables tinicbias....

Bange termina el «libro primero» preguntándose si el mal es incurable. Y encuentra un solo remedio: europeizarnos, por el trabajo. No se arguya que la europeización violenta nuestro carácter, «pues la indolencia no dá ni quita carácter; si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter, hagámonos un carácter!».

٠.

No insistiremos sobre la forma acentuadamente esquemática dada por Bunge á su «libro primero». Limitémonos á señajar sus inseguridades en la observación de los hechos y ante la crítica sociológica.

Primeramente, parece que Bunge atribuye demasiada importancia en la psicología actual de los hispano-americanos à caracteres que no son generales ni absolutos. No incurrirentos en la puerilidad de citar casos y defalles para probar que la pereza, la tristeza y la arrogancia no dominan de manera exclusiva nuestra psicología. Preferimos comentar brevemente su exactitud, para interpretar en seguida, genéticamente, la cualidad fundamental de los hispano-americanos: la pereza.

El criollo urbano es alegre, por lo general; documentar la afirmación significaria excursionar por nuestros innumerables focos de diversión. En ésto el pueblero muestra el reverso de la proverbial tristeza del paisano. Baste señalar à Bange la serie de articulos Como se divierte Buenos Aires, que está publicando «El Diario», en la seguridad que le asombrarán el número, la calidad y las modalidades de las diversiones bonaerenses. Comprendemos, empero, que un factor enteramente personal puede haber induclao en error à Bunge: la observación del ambiente que ha frecuentado, ambiente frivolo y donde le inundó la tristeza propia de las compañías inarmónicas, en cuyo seno es imposible la reciproca compenetración de los dustos y aspiraciones. Anegado por qua medlocridad que le es antipático y á la que no pudo ni sepo adaptarse. Bunce ha visto la vide de los argentinos á través de un espeso tul de tristeza. Otros, que han frecuentado selectos cenáculos de bohemios intelectuales donde olyidase la semiprobreza en desbordes de imprevisora jovialidad, encontrarán que los argentinos somos alegres y espirituales.

Admita Bunge que no todos los argentinos son tristes; muchos somos los alegres. La generalización es inexacta, en este rasgo; un observador de fenómenos psicológicos colectivos no tiene el derecho de invertir la realidad objetiva al filtrarla por impresiones sentidas subjetivamente. Bunge no ha vivido alegremente, por eso ve tristeza en todas partes.

La «arrogancia» está menos difundida de lo que Bunge cree, neutralizándola el vicio opuesto, el «panurgismo», que conceptuames hijo legítimo de la pereza, mientras la arrogancia parece tener

filiación ilegitima ó adulterina. Probará nuestro aserto toda la politica caciquista del mismo Bunge, que está denunciando la falta de arrogancia civica de nuestro pueblo. ¿Arrogancia hay, anaso, en que se haya mirado sin asombro la propuesta de dotar de Presidente á cinco millones de habitantes, sla más ceremonia que la convención de un puñado de comanditarios de nuestro cacleazgo político? Entendemos que la arrogancia debe buscarse en las diversas manifestaciones de la psicología nacional, y no solamente en la «parada» del compadre suburbano ó en las hazañas antipoliciales de Juan Moreira....

Nos detendremos en la pereza-Bunge la declara base de la trinidad psicológica-para disentir de la génesis y la interpretación que le atribuye.

Para el autor toda la causa de la pereza está en los factores étnicos que entran á componer el puedlo hispano-americano. Prescindamos de que él mismo confiere á una de las tres razas—la negra--hiperestesta de la aspirabilidad», cuya menifestación necesaria es—y no puede ser otra-la hiperactividad. El mulato rampante, canallescamente trepador, necesita multiplicarse para alcanzar su objetivo; su actividad no es, ni puede ser pereza, ni conducir á ello. Esta objeción, con ser de peso, la reputaniós secundaria.

Nuestra objeción fundamental es otra; sin negar la influencia de la raza en la formación del carácter nacional, pues ello equivaldria à negar la herencia psicológica, la consideramos secundaria, subordinándola à la influencia que ejerce el doble ambiente natural-económico sobre la raza y sus caracteres psicológicos.

El error de Bunge está en atribuir á la raza,—abstractamente considerada, con independencia del medio en que actúa,—el origen de la pereza, sefialada tembién por Sarmiento.

Entendemos que la pereza no es un sentimiento venido de la nada al cerebro hamano; es una representación psicológica de la inercia orgánica. Nuce de la falta de actividad; es, pues, una desviación de la fisiología, es una enfermedad. Puede ser directamente psicológica: representación de una inactividad ya habitual; puede ser secundaria y tener un substratum mórbido, resultante de una enfermedad orgánica que impide la actividad.

La pereza colectiva, excluida la hipótesis de una enfermedad orgánica, es una pereza directa: la representación psicológica colectiva del hábito de no trabajar. Expliquémonos.

Sociológicamente, la actividad colectiva de caelquier ugregado social está en razón directa de lus dificultades que ofrece la
explotación de la naturaleza, para extraer de ella las subsistencias; en otros términos, la cantided mínima de trabajo que debe
desarrollar un agregado social depende de las resistencias que
opone el ambiente á la producción de los medios de subsistencia; es la fórmula de la lucha por la vida correspondiente á las
especies biológicas con relación al medio físico. El medio modifica las especias, las razas, los agregados sociales, los individuos; toda raza ó grupo social que no se adapta al medio sucumbe en la lucha por la vida.

Si la naturaleza es rica, la producción de las subsistencias es fácil y basta poco trabajo para vivir; si es pobre requièrese desplegar muelta actividad y la selección vital es más intensa. Podría formularse lo siguiente: La actividad ó pereza de una reza está en razón directa del esfuerzo requerido para producir los medios de subsistencia. Tal ley es absoluta; una raza perezosa sucumbe inevitablemente en un embiente de dificil explotación, á menos que se convierta en laboriosa por supervivencia de los mas aptos, de los mas activos, transmitiendo éstos hereditariamente su actividad, como carácter psicológico adquirido en la lucha por la vida.

«Es un clima húmedo y frio como la Galia, la Germania, la Inglaterra, la América del Norte, el hombre come demasiado: necesita casas más sólidas y mejor cerradas, trajes más calientes y espesos, más fuego y más luz, más abrigos, viveres, instrumentos é industrias. Se hace necesariamente industrial, y como sus exigencias numentan con sus satisfacciones, encamina tros cuartos partes de su esfuerzo hacia la adquisición del bienestar». (1) Luego es la conquista de las subsistencias la que obliga á los pueblos á ser trabajadores, de igual manera que su superabundancia los inclina á la pereza.

⁽I) Taine - «La Scuipture en Grèce», pât, 159 y sig,

Veamos en que condiciones se emancipa el hombre del trabalo y surge la posibilidad del ocio.

En la fase primitiva del trabajo social, cuando lu capacidad productiva del hombre es pobre, el individas apenas produce lo necesario para la subsistencia personal; la pereza es imposible; no pescar, no cazar, no depredar, equivale á sucumbir en la locha por la vida, que en ese per odo preséntase en las mismas condiciones que entre las demás especies biológicas. Pero el fenómeno característico de la evolución superorgánica es la aparición de un ambiente económico artificial» el desarrollo de la capacidad productiva y del instrumento de trabajo;-canado esa capacidad numenta, superando el producto individual à la necesidad individual, aparece la posibilidad de que algunos vivan sin producir, aprovechando el exceso de producción individual de los demás; ese es el origen de la división de in sociedad en castas ó clases, quedando las inferiores sujetas à la taren de trabajar, mientras las superiores se posesionan del poder político, organizan las instituciones religiosas, cultivan las artes, formulan la ética, etc., constiturendo la «superestructura» del agregado social sobre la base de las condiciones económicas de producción y repartición de la riqueza.

Ese desenvolvimiento económico de la capacidad productiva, permitiendo que sigunos individuos sean redimidos del trabajo, determina la inactividad, el ocio, cuya representación psicológica es la pereza. Redecir á su minimum el trabajo necesario para vivir, es toda la historia de la evolución humana, la historia de la civilización, paes ma y otra son epifenómenos de la historia del perfeccionamiento productivo.

Decimos, que gracias al atilhje oconómico, el desarrollo de la capacidad productiva individual permite redimir progresivamente al hombre del trabajo. La tórmula sociológica de la pereza hispano-americana es, necesariamente, ésta: la riqueza del ambiente natural, en relación con el desarrollo de las sistemas productivos, determina una capacidad de producción tal que basta «poco» trabajo paro obtener «muchas» subsistencias. De allí nace nuestro «derecho à la pereza».

Coundo el agregado social no está nún dividido en clases, la pereza es colectiva: todos trabajan poco para vivir; cuando apa-

rece la división en clases la pereza se localiza en las clases poseedoras de la tierra y los instrumentos de producción; los productores trabajan mucho para obtener su propia subsistencia y la de aquellos que no trabajan en la producción.—Estos, á su vez, pueden ejercer funciones de simbiosis ó convertirse en parásitos, según desempeñen funciones de utilidad social ó se limiten á quafractuar las ventajas del sistema económico.

Si no existiera exhuberancia de capacidad productiva individual, la lucha por la vida haría desaparecer á los inactivos, triturados bajo el engranaje sin escape de la selección. Esta verdad, en sociología, tiene valor axiomático.—Aqui es donde mejor se observa que los fenômenos económicos no son, en última instancia, nada más que una forma superior y compleja de simples relaciones biológicas.

En suma, para concretar muestra crítica á la interpretación étnica que dá Bunge de la pereza hispano-americana, diremos sintéticamente su fórmuda y la nuestra.

Dice Benge: herencia psicológica por fusión de elementos étnicos que ya poseen el hábito de la pereza.

Respondemos: el ambiente natural permite mucha producción de subsistencias con poco trabajo y determina la posibilidad del ocio, cuya representación psicológica en el carácter de la raza es la pereza colectiva; si la pereza colectiva preexiste en las razas colonizadoras, su persistencia está directamente subordinada á las condiciones mesológicas enunciadas.

Ese es el origen de la pereza colectiva respecto de la capacidad de producción.

Veamos sus manifestaciones respecto de la capacidad de consumo.

Las necesidades de las razas inferiores son escasas; la actividad redúcese á vivir, sin tener las que podríamos titular «necesidades superfluas», fruto de la civilización y patrimonio de las razas superiores. El ocio de éstas es entretenido; el de aquellas inerte. Bunge intuye acertadamente este fenómeno, aunque no lo explica: la pereza europea es derroche de la actividad humana, mientras que la nuestra es una simple falla de la actividad. El autor ilustra el hecho con pl siguiente episodio y su respectivo comentario: «A un gaucho que pasaba los días

*sestéando» y jugando las noches, exhortôle Darwin, de viaje por la Confederación Argentina, á que emplease mejor su tiempo, á que trabajuse... Y el gaucho contestó ¡Es tan largo el dial—He ahí una contestación bien típica. Equivale á decir: Dejemos todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante; tiempo me sobra...—Un vividor europeo hubiese contestado lo contrario: ¡Es tan corto el dial... es tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla, divirtiéndose cuando se pueda! — Aquel no trabaja porque el día es demasiado largo; éste porque es demasiado corto. El uno está cufermo de pereza total; el otro, si no obra es por pereza parecial, por no querer desgastar sus fuerzas sino en placeres... El uno porque carece de actividad; el otro porque quiere dar otro empleo à su actividad».

Consideramos que el verdadero problema sociológico de la pereza colectiva debe plantearse á la inversa de como Bunge lo plantea. Descurtando la parte de finisima íronia contenida en et fotleto de Lafargue titulado «El derecho á la Pereza», es evidonte que más conviene seguir las ideas expuestas por este sociólogo. El trabajo es una necesidad: á medida que se perfecciona aumenta su capacidad productiva, bastando un strabajo necesario» cada vez menor para prover á la subsistencia; la civilización tiende á emancipar ul hombre del trabajo, dándole el «derecho á la pereza».—La pereza es, pues, un derecho; emancipa del trabajo necesario, crea la posibilidad de ocupar la actividad humana en trabajos no indispensables: científicos, artísticos, éticos, etc. y la civilización convierte, progresivamente, en necesario pura el hombre evolucionado lo que fué superfluo para el primitivo.

En suma: In pereza es el indice psicológico de un estado sociológico caracterizado por exaberante capacidad productiva; ya sea por exceso de riqueza natural, ya por refinamientos de los medios de producción.

Todo ésto no impide reconocer que la pereza europea es preferible à la nuestra; por el contrario, reconocemos en la primera la forma propia de los pueblos más evolucionados y en la segunda la característica de los atrasados, de los que tienen pocas superfluidades necesarias. Pero ¿qué hacer? El sociólogo no arregia la sociedad; solo puede señalar las modalidades de sus (enómenos y suponer las tendencias de sus evoluciones futuras. Modificarias, nunca: sería modificar su determinismo, debido á una causalidad infinitamente compleja que escapa á nuestra intelección. Los hombres no hacen la historia, no guían la eyolución social: la conocen ó la ignoran. Nada más.

Surge, aquí, otra objeción. Bunge — y le acompañan machos buenos sociólogos en semejante ilusión anticientífica — cree que los sudamericanos, por simple deseo podrán modificar su carácter, ó crearse uno si no lo tienen. El prejuicio librearbitrista inspira estos deseos, tan loables como se quiera, mas, en suma, verdaderas inocentadas cuando pretenden ser terapéutica para los males del agregado social. Idéntico error obliga á sonreír antes las apresuradas panaceas de los socialistas, católicos y anarquistas, anegados en proyectos líricos que violan el curso de la evolución social.

Así como el hombre no es libre en ninguno de sus actos, no lo es ningún agregado social. Somos como somos, actuamos como actuamos, y por nuda ni por nadie podríamos ser, actuar ó pensar de distinta manera. La simpática candidez de todos los terapeutas de sociedades enfermas no encuadra en la sociología determinista.

Un complicadisimo engranaje de causas determinantes, que na podemos eludir ni modificar, pues preexisten, anima la evolución sociológica de los agregados sociales. La «europeización» no es, en nuestro concepto, un deseo, como para Bunge; es un advenimiento inevitable que se produciria munque todos los hispano-americanos quisieran impedirlo. Nace de causas determinantes que ya existen, ajenas à nuestro deseo: por una ley sociológica inevitable los agregados sociales más evolucionados se sobreponen à los menos evolucionados, toda vez que consiguen adaptarse al ambiente en que se plantes la lucha entre ambos,

Nos europeizaremos, pues, oportunamente, como lo preveía Sarmiento: «¿Que le queda à esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media» (II, pág. 414).

La sociologia solo puede conocer los fenómenos, su evolución, su determinismo y presumir el curso futuro de sus transformaciones.

III. LA POLÍTICA HISPANO-AMERICANA

En el estudio crítico de la spolítica hispano-americana» óyese el ritmo de una verbu fustigante, de temple altivo, sana y libre. Tiene chasquido de cilicio cruzado con mano resuelta sobre la desnudez vergonzosa de nuestra espulda política, sangrante en la dolorosa inquietud de Jacras innúmeras. La palabra de Bunge, en el segundo libro de Nuestra América, tiene resplandores de apostolado tribunicio y á menudo la simpática virilidad de las saludables invectivas. Pulido el estilo y afinada la iron'a, tendriamos un recomendable modejo de paníleto político.

Tal la intención; bien la acompaña el gesto. Bunge describe manejando rica paleta de colorista: en la doble fusta que engrime pende una trenza de Javenal y otra de Bakounine. La javenálica se exhibe en misantroplas retóricas, nacidas de un espiritu amargado por la degradación política de los conciudananos; tiene en la de Bakounine implacable panofobia, que nada excluye de la hecutombe, ni hombres ni instituciones.

Este elogio, sin restricciones para el libro de propaganda politica, es reticente para la interpretación sociológica del sistema caciquista. Bunge desconoce las causas primeras de la politica enferiniza que pinta con mano experta, como las ignoran todos nuestros mal llamados historiadores. Solo Sarmiento—siempre Él—las entrevió, sin definirlas, pues su intucción no llegó á concretarse en ninguna fórmula sociológica; si para su época habria sino una exigencia precoz, en nuestros días es una razonable pretensión de la critica.

Veamos, por de pronto, como planten Bunge el problema según las premisas de la parte precedente. Los caracteres psicológicos que atribuye á los hispano-amoricanos debian—con fatalidad lógica—arrastrarle á una explicación deficiente del fenómeno de patología política representado por el régimen caciquista, que tan britiantemente describe.

man of the special states of the same

a salah 19 Sepansian

;

Ponjendo la pereza como rasgo fundamental del carácter criollo, era inevitable atribuir el sistema á una pereza colectiva. La turba de indolentes permite descollar al más activo: una verdadera delegación de autoridad; el más activo es el más apto: temido por unos y querido por otros. La sociedad caciquista suele acompañar á quien mejor se impone, deslumbrándola con supuestas ó superficiales virtudes. Si el feudalismo fué un régimen regular, el cacicato es una entidad caprichosa y veriable. El «régimen cacical» es un engranaje de cacicatos, superposición de feudos, federación de clases; del engranaje resulta la irresponsabilidad individual de cada cacique por sus actos públicos, irresponsabilidad cimentada por la inconstitucionalidad de tales funcionarios.

Lo antoridad del cacique es el eje mismo de la horda; los cacicatos no se instituyen por ideas, sino por personas. Los partidos caciquistas son siempre personales. No hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni libre-cambistas, ni demócratas, ni republicanos; hay partidarios personales de hombres conceptuados indíspensables ó providenciales. La conclusión es que el éxito político estriba en saberse enfeudar en un cacicargo.

Bunge Ilama, pues, política criolla á la actividad de los caciques hispano - americanos. Esa política — observa — es infidente, enmascarada por frase sonoras; el escique no cesariza: romaniza. Nunca dará el frente á la opinión, ni la espalda; la toma de costado y la espia de reojo. El parlamentarismo es una ficción dentro de la política caciquista. No hay ideales: las gentes sin ideas los tienen en el vientre; la pereza induce á rehuir la lucha: transar es fácil, sacando un bnen bocado, se entiende. Por la inercia colectiva el caciquismo es sinónimo de paz, casi de patriarcado; por anomalía hay caciquismos sangrientos. Las reacciones de opinión son convulsivas, ingaces, creando ese género de revoluciones que no dejan huella, que tienen el impetuoso é imprevisor automatismo del ataque epiléptico.

Como sietema, el caciquismo no es necesariamente retrógrado y tumultuario; caciquismo no es anarquia, es pereza. Dos rasgos lo tipifican: es consuctudinario y es tácito; arraiga en la costumbre y es consensual: no está en las leyes sino en el espiritu indolente de los sometidos. Los hay—es claro — grandes y pequeños, tiranuclos ó piratas de aldea ó provincia, al lado de otros ya expandidos, déspotas de pueblos que alcanzan influencia internacional; los grandes imponen vasallaje á los pequeños ó los destruyen.

La historia de todos los grandes caciques americanos, dividela Bunge en tres períodos, bien caracterizados. En el primero se produce el encambramiento; es el periodo de fascinación, toda una conquista por la hipocresia: los súbditos piden un cacique, el más hábil gana la plaza mediante el talento de la oportunidad. En el segundo período se consolida el encubrimiento por medio de arbitrariedades; defraudadas todas las promesas, la violencia apuniata la tirania y llega al Terror. Si una reacción estertorosa no interrumpe la carrera del cacique, éste llega al tercer período: el gobierno pacífico, un plácido estancamiento de aguas. Después viene la muerte ó la derrota y la expatriación, cuando no la apoteosis.

He ahí, en sintesis, el cuadro esbozado por Bunge. Esta página descriptiva es magnifica y paréceme que hasta ahora nadie ha pintado mejor la política caciquista. En sus lineas generales tiene el vulor de un documento histórico; fuera maldadosa la critica que penetrara los meandros del detalle por el simple prurito de señatar accidentes que nada quitan á la belleza descriptiva del capítulo y al valiente gesto con que Bunge ha sabido enfestar contra un sistema de corrupciones y de renunciamentos.



La honestidad critica impone decir les discordancias tan abiertamente como el clogio merccido. Las causas que Bunge considera determinantes del «caciquismo» nos parecen erróneas,

La pereza — y sus tributarias la tristeza y la arrogancia — no es una causa primordial en nuestra vitalidad, como Bunge afirma, sino una manifestación de nuestra superestructura psicológica, germinada sobre el anmus fundamental do la evolución sociológica: las modalidades y trans'ormaciones del ambiente eco-

nómico. La pereza es un fenómeno secundario de nuestra psicología, como el caciquismo lo es de nuestra política; no dependen el uno del otro, pues ambos están subordinados el fenómeno primario: el económico.

Ese es el hecho esencial para la vida y la evolución de un agregado humano, pues solo es el perfeccionamiento del fenómeno biológico al pasar del orden orgánico al social. Consideramos que la interpretación económica de la historia es hija del más puro evolucionismo spenceriano; si alguna vez volvemos á estas especulaciones será para analizar la filiación biológica de la sociología económica, que no ha preocupado á los partidarios del economismo histórico.

(1903).

RESUMEN

·----

El presente ensayo es una historia con factores sociológicos y sin héroes, con períodos evolutivos y sin fechas, con luchas de razas y sin batallas, con intereses de grupos y sin revoluciones.

La humanidad es una especie biológica que lucha por la vida en un medio limitado, la superficie de la tierra. Un agregado social es una parte de la especie humana que vive y se reproduce procurando conservar su unidad. La política internacional es la expresión de la lucha por la vida entre los agregados sociales; la política nacional es la expresión de la lucha por la vida entre los grupos que componen un agregado. Por ser la humana una especie viviente, está sometida á leyes biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales, se

subordina á leyes sociológicas que dependen de aquéllas; por ser apta á transformar y utilizar las fuentes naturales de energía existentes en el medio en que vive, evoluciona según leyes económicas especializadas dentro de las precedentes.

La historia es la enumeración de las incidencias por que atraviesa un grupo humano al evolucionar en un ambiente propicio á su vida y reproducción. La existencia de la especie y su repartición en grupos sociales es un accidente de la evolución biológica y carece de finalidad. Las necesidades materiales de la vida son el móvil de la actividad de los grupos sociales y sirven de base á la diferenciación de los fenómenos económicos. La economía politica es una aplicación á la especie humana de leves biológicas fundamentales que rigen la lucha por la vida. El economismo histórico paede interpretarse como una simple especialización de la sociología biológica en el estudio de las sociedades humanas.

Así como la evolución ontogenética reproduce en el individuo la evolución filogenética atravesada antes por la especie, la formación de los agregados sociales recientes resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros grupos han durado muchos siglos. Por eso el examen de la evolución sociológica argentina—considerando á la nacionalidad como un agregado de individuos de la especie humana que se desarrolla dentro de ciertas condiciones naturales comunes—puede constituir un ilustrativo ensayo de biología social.

 Π

La formación de las nacionalidades americanas es un episodio de la lucha entre las razas para adaptarse á las condiciones del medio cósmico, caracterizada por la expansión de la raza blanca y la extinción progresiva de las razas indigenas.

Factores geográficos hicieron de Inglaterra y España los núcleos colonizadores del continente americano. Las dos corrientes de raza blanca se encontraban en diversas etapas de evolución económica, por cuyo motivo contribuyeron á formar ambientes sociológicos heterogéneos.

El régimen colonial español determinó un desequilibrio de intereses entre los conquista-

dores y los nativos, traducido por conflictos económico-políticos que se resolvieron en la constitución de nacionalidades independientes, sin intervención directa de las razas aborígenes.

La ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de una organización cualquiera del trabajo productivo, impidió en el primer período de vida autónoma la formación de verdaderos partidos; la anarquía económica tuvo su exponente político en el caudillismo anárquico.

Cuando la producción comienza á desarrollarse, delíneanse vagamente en el país diversos intereses económicos. El feudalismo inorgánico tiende á convertirse en un feudalismo organizado, sustituyéndose á la anarquía de los caudillos un régimen caudillista sistematizado, que refleja la gran mayoría de los intereses económicos en formación. Las condictones geográficas determinan desquilibrios en el grado de desenvolvimiento de las diversas regiones, traduciéndose por conflictos civiles que se han atenuado progresivamente.

Tras un breve paréntesis en que predominó el titulado partido unitario, el titulado federal recuperó la hegemonía política, por correspon-

der á los intereses feudales que representaban las grandes fuerzas económicas del país; el titulado partido autonomista nacional se asienta en las provincias mediterráneas, como antes el federal, mientras las instables agrupaciones opositoras encuentran simpatías en la zona aduanera y fluvial, que avanza hacia formas de producción más evolucionadas. Esas fuerzas políticas no tuvieron conciencia de su función económica; la riqueza excesiva del país, debida á su generosa producción agropecuaria, no dejó transparentar los conflictos económicos ó les quitó esa violencia que los caracteriza en países menos ricos.

La evolución presente de la vida económica argentina prepara una diferenciación más clara de los partidos. Los intereses de la clase rural son los más importantes del país, pues se refieren á la riqueza agrícola y ganadera; los intereses del capitalismo naciente, propios de las industrias y el comercio, se desarrollan con rapidez; el proletariado industrial y rural comienza á constituirse con intereses propios. Esas tres fuerzas económicas pueden contener los gérmenes de los partidos políticos del porvenir.

Ш

El desenvolvimiento económico de la nacionalidad argentina permite entrever su función dentro de la futura política continental. Su capacidad de producción, su aumento populativo y las condiciones mesológicas en que evoluciona, preparan su hegemonía en la américa latina. Los países que pupieran disputarle ese predominío—Brasil y Chile—se desenvuelven en condiciones étnicas ó geográficas desfavorables.

La política internacional es la expresión concreta del conflicto entre los intereses comunes á lodos los componentes de una nación y los comunes á los componentes de otras naciones que coexisten en el tiempo y la limitan en el espacio. Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la política imperialista; la formación de vigorosos organismos políticos amengua ó anula el rol social de los pequeños estados, cuya actividad queda subordinada á la desenvuelta por las grandes potencias.

El predominio en Sud América corresponderá á la nación más favorecida por la convergencia de cuatro factores naturales: la extensión, el clima, la riqueza y la raza. Chile carece de

extensión y de riquezas naturales; al Brasil le faltan el clima y la raza; la Argentina reune los cuatro elementos: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca. El estudio de todos los factores objetivos del progreso revela que el Brasil solo conserva las ventajas inherentes á su extensión y población mayor; la Argentina progresa relativamente más que el Brasil; Chile queda relegado cada vez más al tercer puesto. Considerando el porvenir inmediato del Brasil y la Argentina, según su desarrollo actual y teniendo en cuenta los factores climatérico y étnico, se advierte que en breve la superioridad argentina se acentuará en todas las manifestaciones.

La hegemonía argentina depende de su engrandecimiento económico y tiene sus mejores ventajas en la paz internacional, siempre propicia á los que crecen más rápidamente; solo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que su distanciamiento sea insalvable. Su extensión territorial, su fecundidad, su población blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los demás pueblos del continente.

SUMARIO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I	
PREMISAS PARA UNA SOCIOLOGÍA ARGENTINA. 1.—Formación de la Sociología.—2. La Sociología como ciencia natural.—3. Función sociológica de la política nacional é internacional.—4. Los dos problemas de la Sociología argentina.	21
CAPÍTULO II	
FORMACIÓN ECONÓMICA DE LA NACIONALI- DAD ARGENTINA. 1.—La invasión europea.—2. La formación colo- nial. —3. La emancipación. —4. El caudillismo anárquico.—5. El caudillismo organizado.—6. El paréntesis unitario.—7. Hegemonía de la burgue- sía rural.—8. La iniciación del capitalismo.—9. Bases económicas de la futura política nacional. CAPÍTULO III EL DEVENIR DEL IMPERIALISMO ARGENTINO.	45
 r.—El imperialismo ante el materialismo histórico. —2. Génesis de la política imperialista. — 3. Los núcleos del imperialismo contemporáneo. — 4. La hegemonía Argentina en Sud América. 	
APÉNDICE	
Objetivos económicos de la Revolución de Mayo	109
El «Plan Económico» de Echeverría	112
el caudillismo,,,	114
La raza y el medio en la psicología de los hispano-	150
americanos	179